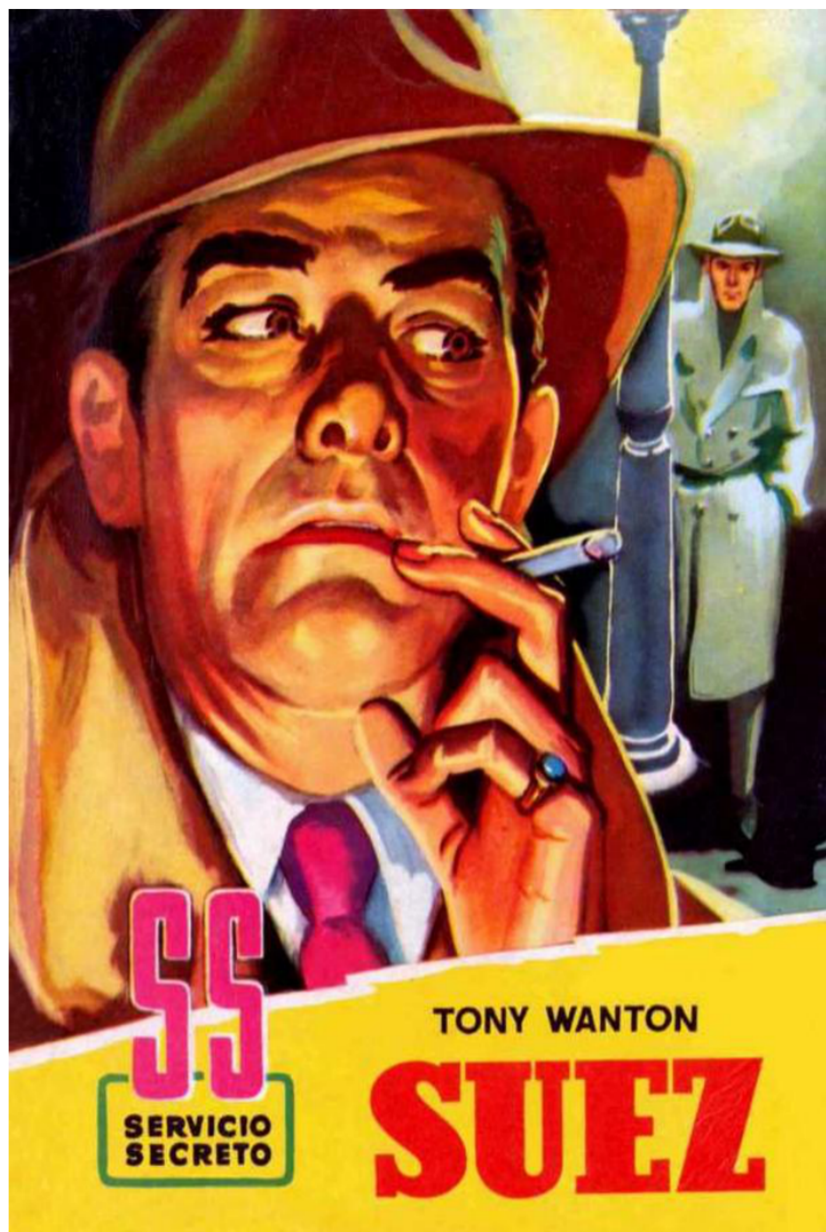

SS
SERVICIO SECRETO
TONY WANTON
SUEZ

TONY WANTON

SUEZ

1ª EDICIÓN
NARZO 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

3 — Servicio Especial. 9 — Contraespionaje. 23 — La zorra del desierto. 30 — M. I. 5. 35 — Corea. 41 — Yo acuso. 48 — La implacable amenaza. 50 — Obscuro dominio. 75 — Acorralado.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

SUEZ

por TONY WANTON



CAPÍTULO I

El por qué, no habría sabido explicárselo en aquel momento, pero lo cierto, era que a Cullie K. Pyle, le iba resultando fastidiosa la persecución de que le hacía objeto aquel zambo de los demonios.

Entreabrió los párpados un segundo para mirarle, y volvió de nuevo a embutirse en el sillón, con los ojos cerrados, mientras desfilaban por su mente caravanas de camellos, largas filas de palmeras, veladas mujeres con los ojos más negros que el pelo, y este bastante más que la conciencia de cualquier judío de los muchos que llevaba vistos en los bazares de El Cairo.

La terraza del
«Sheapeard's»
se le antojó pequeña en aquel instante a causa, de la cantidad de tipos que iban reuniéndose allí, miembros sin duda de la Liga Árabe, y que parecían haber establecido su cuartel general en aquella parte del famoso hotel.

Apuró a sorbos el vaso de cerveza dinamarquesa que tenía delante, y entreabrió de nuevo los párpados para mirar al tipo que le seguía desde que llegó a la ciudad de los faraones. Era rechoncho, peludo, con una cara que le recordaba haberla visto en un cuadro célebre de Velázquez —no podía precisar si el Bobo de Coria o la enana de las Meninas—, pero desde luego, estaba seguro de haberla visto plasmada por el pincel del insigne artista sevillano. Los ojillos parecían pequeños agujeros hechos con una broca, por donde brillaban unas pupilas redondas de singular fijeza, con cierto aire pícaro en la mirada. La grasa que le rodeaba el cuello, era ciertamente más de la que precisaría un *chef* para condimentar cien platos distintos, y la boca, un desgarrón bermejo por debajo de la alcachofa con forma de nariz, daba la sensación de estar continuamente húmeda, pegajosa, como todo aquel montón de carne empapada en sudor que se cubría apenas con un arrugado y

sucio traje de hilo color crema.

En aquel momento le miraba de soslayo, como si quisiera dejar bien patente en el ánimo de Kenny (así le llamaban sus íntimos) que no le quitaba ojo, y que tampoco le importaba mucho que el joven se diera cuenta de la observación a que le sometía. Entornó los ojillos, y se volvió de cara clavando en él una mirada atrevida y desvergonzada al mismo tiempo. Luego se enjugó el rostro con un pañuelo que parecía el toldo de un carro, y se llevó a la boca su vaso de ron con hielo y agua de Vichy.

Kenny bostezó, y se incorporó en el sillón de mimbre, dispuesto a marchar. Le iba cargando el tipo. Un sirviente del hotel, con el *fez* cabalgando en el occipucio como sobre la giba de un dromedario, se le aproximó en aquel instante, hablándole en *grippy*[1]. El joven depositó, en la mano obsequiosa que se le tendía, unas piastras, y se alejó de la terraza del
«Sheapeard's»
en, el momento que entraba en ella Pull Bey, el italiano, secretario particular del rey Farouk, en compañía de éste.

Bajó por la imponente escalinata que daba entrada al edificio, abriéndose paso por entre el numeroso grupo que se había formado rodeando el «Buick» del rey Farouk, cuya presencia allí, en el hotel, a aquellas horas del día, parecía sorprender a sus súbditos. Kenny, también estaba sorprendido. Sabía, poco más o menos, que las relaciones entre Egipto y la Gran Bretaña no eran muy cordiales, pero… esperaba que tampoco resultaran tirantes del todo. Pensando en esto, avivó el paso, dispuesto a llegar al hotel donde se alojaba, hasta que el calor del sol, la transpiración que le humedecía la frente por debajo del casco colonial, y la vista de los mosquiteros con que fustigaban el aire algunos de los viandantes que se cruzaban con él, le hizo recordar que, en la parte del Globo donde él se encontraba, la vida había que llevarla a un ritmo más lento.

Consecuente pues con la reflexión que terminaba de hacerse, aflojó la marcha. Verdaderamente, no tenía prisa en llegar al hotel donde encontró alojamiento y que se hallaba a un *futlong*[2] escaso del
«Sheapeard's».
Continuó andando, recreándose en el colorido de la abigarrada muchedumbre que se cruzaba con él, solazándose con la idea del

baño que pensaba darse en cuanto llegara a sus habitaciones. Pensando en ello, se olvidó del tipo que le seguía, de la misión que le había llevado a Egipto, y hasta de que existiera en el mundo cierto individuo llamado Cullie K. Pyle por más que éste fuera con él desde que lanzó el primer berrido al aparecer en la vida.

Penetró en el *hall* del hotel de segundo orden donde se alojaba, con la misma indiferencia y el mismo aire desenfadado que lo hubiera hecho en el «Pera», de Constantinopla. Con el «salacot» en la mano, y al tiempo que se quitaba las gafas de sol con la otra, se aproximó al escritorio. Una sonrisa que partía la cara en dos al desmirriado tipo con *fez* que se encontraba a la otra parte, acogió la llegada de Kenny. Éste le enseñó los dientes como para demostrar que tenía el teclado completo, y preguntó, por pura fórmula, si había algo para él.

La sonrisa aquélla se extendió hasta el límite, llegando de oreja a oreja, como si la hubieran hecho con una hacha.

—¿Quiere decirme el señor su nombre?

—Cullie K. Pyle.

—Cuarto número 322, ¿verdad? Sí, hay una carta.

Se la tendió sin dejar de sonreír, y Kenny pensó que los laboratorios más acreditados del mundo en dentífricos, se habían perdido hasta la fecha el mejor anuncio para sus productos.

Rasgó el sobre. Lanzó una mirada al hombre sonrisa, y se alejó unos pasos dispuesto a leer la carta a la vez que se dirigía al ascensor. Antes de llegar, se detuvo. El texto le dejó perplejo unos instantes. Lo releyó, tratando de adivinar entre líneas. Decía así:

> «No queremos alarmarle en vano, pero tenemos la seguridad de que alguien más que nosotros anda metido en el asunto. Si la "cosa" se complica mucho dígalo; Percy terminó ayer, y tendrá usted que manejarse sólo por ahora. Procure que el sol no le dañe, y olvídese de todo lo que se refiera, personalmente, a cierto sujeto que calza los zapatos que usted lleva».

Firmaban la carta con una inicial, y debajo de ella:
«W. Carrigan & Stephen,
Corporation». Estaba fechada la misiva ocho días antes, por lo que

dedujo Kenny que el amigo Percy hacía ya nueve que había pasado a disfrutar de mejor vida… si es que, lo que cuentan ciertas gentes desaprensivas que se tienen por sabías, era cierto.

En aquel momento, volvió la cabeza. El tipo gordinflón, zambo, y con cara velazqueña, terminaba de entrar en el *hall* del hotel, y clavaba en él la vista, sonriendo, a la vez que continuaba el masaje de la frente y carrillos con el pañuelo-toldo que usaba. Por unos segundos dudó Kenny si volverse a él y decirle las cuatro cosas que estaba pensando, pero reflexionando mejor, se dijo que no merecía la pena que se preocupase tanto… mientras no tuviera verdadera necesidad de hacerlo. Se guardó la carta en uno de los innumerables bolsillos de la chaqueta, y se encaminó hacia el ascensor aceptando la muda invitación que le hacía el encargado del aparato.

Mientras ascendía hasta el piso donde tenía reservadas las habitaciones, pensó en el contenido de la carta. No cabía duda de ningún género que la había escrito, si no toda ella, por lo menos parte, Clement, el encargado del Departamento, ya que las frases últimas destilaban la misma ironía disfrazada que empleó con él cuando le puso en antecedentes del asunto que sirvió de motivo para enviarle a El Cairo. Con ellas no hacía más que recordarle, una vez más, que no era aquel viaje de turismo precisamente, y que debía estar alerta y abrir bien los ojos si no quería que le sucediera algo parecido a lo de Percy, por más que no llegaba a adivinar si el mencionado había muerto por «voluntad propia» o por iniciativa de alguien que estuviera interesado en ello.

Salió del ascensor respirando fuerte, y sintiendo que la transpiración le inundaba la ropa. Anduvo por el pasillo hasta llegar frente a la puerta de sus habitaciones, y antes de meter la llave en la cerradura lanzó una mirada al número colocado encima del dintel, para cerciorarse de que efectivamente era el 322. Luego hizo girar la llave y abrió tranquilamente volviendo a pensar, al hacerlo, en la caricia del agua. La habitación estaba completamente a oscuras, las persianas estaban echadas del todo, y el zumbido del ventilador le llegó a los oídos. Se detuvo un segundo en el umbral. Habría jurado que cuando salió a la calle, dispuesto a tomar un refresco en la terraza del «Sheapeard’s», las persianas no estaban echadas completamente ni el ventilador lo

había dejado en marcha. A tientas dejó el casco y las gafas de sol encima de una mesita, y cruzó la estancia dirigiéndose al ventanal, dispuesto a entreabrirlo un poco para que dejara entrar la luz.

Al hacerlo, miró a la calle con los ojos entornados. El sol mordía en las retinas, y una vaharada caliginosa le llegó a los pulmones. Se echó hacia atrás, agobiado por el calor y dañada la vista por las reverberaciones solares, maldiciendo entre dientes el día que se le ocurrió aceptar la proposición que le hicieran, una vez acabada la guerra, de ingresar en el Servicio. Lentamente se volvió con las manos en los bolsillos y, al hacerlo, le faltó poco para que cerrara los ojos de nuevo, temiendo ser víctima de una pesadilla.

En su cama, tendida cuan larga era y dormida al parecer, se hallaba una chica pelirroja, de piel tostada, cuerpo cincelado que resaltaba bajo la blusa blanca, y unas pantorrillas que parecían querer escaparse de las revueltas faldas.

Kenny permaneció, durante unos segundos, observándola. Le pareció a poco que comenzaba a sudar más que antes, que la ropa se le pegaba al cuerpo, y que el ventilador no era lo suficiente como para remover el aire dentro de la habitación. Se quitó la chaqueta, y se aflojó el cuello de la camisa… Andando sobre las puntas de los pies se aproximó al lecho, quedando unos segundos más, contemplando el rostro que tenía delante y que le pareció pertenecer a un crío, aunque se dijo en su fuero interno no haber visto nunca críos como el que estaba en la cama. Por lo menos, con una boca como la que aquél tenía y unos ojos así de grandes.

Se fue acercando en silencio, hasta dejarse caer sentado sobre el colchón al lado de la muchacha, que se le antojó no tendría arriba de los dieciocho años, y por espacio de cierto tiempo estuvo haciendo apuestas sobre si le sonreiría cuando se despertase o bien no; si tendría los ojos azules u oscuros, y qué idioma sería el preferido de ella. Decidió averiguar todo a la vez, y dejar para luego las apuestas si es que se le ocurrían. Se inclinó sobre la pelirroja hasta juntar su boca a la suya, y cerró los ojos. Los abrió al instante. La chica se había despertado como si terminaran de clavarle un alfiler en determinada parte de su anatomía, y el sopapo que largó a Kenny resonó como si dos tablas se hubieran golpeado.

Kenny sonrió. Contempló un momento a la pelirroja sentada ante él, y le pareció que todo daba vueltas como en la cabina del

avión que tripulaba en Okinawa, segundos después de que uno de los «Kamikazes»[3] se le echara encima. ¡Gachó y qué «clisos» usaba la nena! Eran azules, desde luego, pero si el cielo se podía ver desde algún sitio, indudablemente era a través de aquellos ojos. Sin pensarlo dos veces, la cogió por los hombros, y la volvió a besar como si la vida le fuera en ello. Se repitió el sopapo. Esta vez le pareció que acentuado quizá, y, decidido a comprobar si era cierto o se había equivocado en los cálculos al juzgarla, la besó de nuevo, prolongando la caricia. La bofetada que recibió ahora fue de marca, dada sin titubeos de ninguna clase, y, desde luego, por una mano experimentada en el ejercicio. Soltó a la chica, y se la quedó mirando. Sí; efectivamente no se había equivocado antes. Los dos últimos sopapos habían sido dados deliberadamente más fuertes y con un aumento gradual que probaba la intención de la pelirroja. Se le ocurrió a Kenny pensar hasta qué límite podría llegar ésta en el reparto, y se dispuso a tomar nuevas papeletas, pero ya la chica se había tirado de la cama y le miraba como si quisiera comerle. Ahogando un suspiro, se puso en pie y la cogió de nuevo. Sintió que ella se ponía tirante como la ballesta de un coche recién salido de la fábrica, y tuvo necesidad de sujetarla bien para que no se llevara esta vez en ambos carrillos el resto de los boletos para la rifa.

—¡Bárbaro! ¿Quiere soltarme de una vez?

Lo hizo al oírla. El tono de voz de la muchacha era grave, cálido y por lo menos dos registros por debajo de lo que había constituido su ilusión hasta aquel momento en una garganta de mujer. Parpadeó sorprendido, diciéndose que valía la pena haberla escuchado aún a costa de las bofetadas, y llegándose hacia la mesita donde dejó al entrar el salacot y las gafas de sol, sin perder por eso de vista a la pelirroja, echó dos dedos de *whisky* en un vaso de la botella que se veía próxima, ofreciéndoselo con una sonrisa que habría puesto crispaciones de cólera en Clement, el encargado del Departamento, si hubiera podido verla en aquel instante.

—Toma, guapa: después del *match*, supongo que te sentará bien esto.

Ella le miraba aún. Sus manos, unas manos morenas, gordezuelas y alargadas, se escurrían falda abajo, arreglándose las arrugas que se produjo al acostarse; el pecho aparecía un tanto alborotado dentro de la blusa, y las piernas se delineaban

graciosamente ceñidas por la tela hasta el nacimiento de las mismas una cuarta por debajo del talle. Le lanzó una mirada y se dirigió hacia la puerta. Kenny la cerró el paso.

—No, eso no, pequeña; antes me gustaría que bebieras conmigo.

La ceja izquierda de la pelirroja se arqueó de una forma interrogativa. Continuó él:

—Convendrás que ha sido una sorpresa para mi encontrarte en mi cuarto, y no voy a dejarte salir sin más ni más. Bebe primero, y contesta después a unas cuantas preguntas que voy a hacerte. Desde luego —añadió, al ver la expresión que tomaban los ojos de ella— que puedes negarte a hacerlo o jugar a los acertijos, pero voy a ilustrarte en algo que ignoras. Primero: si te negases a contestar, llamaría a la dirección del hotel, y ésta enviaría a un agente, el cual, estoy seguro, no gastaría muchas delicadezas al interrogarte. Segundo: los acertijos son mi fuerte, y me los sé todos. Con que hazme caso y bebe. Se te aclarará la voz, y te encontrarás más animada. Por cierto —dijo— que, a juzgar por la forma y rapidez como mueves los brazos, no creo que necesites mucho para ello. El Bombardero de Detroit se ha perdido la mejor de las lecciones por no haberte conocido.

—¿Me dejará salir si bebo, señor Pyle?

—Cullie K. Pyle, preciosa; Kenny para ti. Y… aunque sospecho que sabes de carrerilla mi nombre y todo lo demás, me gustaría enterarme a qué obedece tanto interés por mi humilde persona. Hace apenas unas horas que estoy en Egipto, y de haber tenido idea que estabas aquí, no me habría entretenido en la terraza del «Sheapeard's» bebiendo cerveza.

Dio unos pasos para acercársele. Ofreciéndola el vaso, que ella tomó. Le indicó con un gesto que se sentara y mientras lo hacía, él se sirvió *whisky* en otro vaso. Con él en la mano se dejó caer en un sillón, cerca de la puerta, sin perder de vista a la muchacha. Elevó el recipiente, brindando, y se lo llevó a la boca. Paladeó durante unos segundos el líquido, y esperó a que ella hubiera apurado el suyo.

—Bien. Si te parece, podemos empezar. Ante todo, ¿cómo te llamas?

—Carol Farr.

—Me gusta. ¿Qué has venido a hacer en mis habitaciones, y cómo sabías…?

La pelirroja dejó el vaso de *whisky* apoyado en el brazo, y sonrió a Kenny, de tal manera, que éste sintió que volvía a marearse de nuevo. Indudablemente, la chica sabía sonreír entre otras muchísimas cosas que posiblemente dominara, y la batalla de Okinawa resurgió en la mente de Cullie como la primera vez. Se agitó un segundo en el sillón de mimbre, y tuvo necesidad de realizar un esfuerzo para recordar que no había llegado a El Cairo dispuesto a jugar a las cuatro esquinas con las primeras faldas que se tropezase. Entornó los párpados, y movió el pulgar de la mano derecha hacia arriba, indicando a Carol que esperaba la respuesta.

Ella se levantó de la silla, cruzó la habitación, pasando por delante de Kenny, y fue a dejar el vaso vacío sobre la mesita. Luego volvió a tomar asiento otra vez y poniendo una pierna sobre otra con un gesto tan natural, que produjo un escalofrío de placer en la medula de Kenny comenzó echándose hacia atrás:

—Por lo que veo, no sabe nada de mí, Kenny, aunque tenía la esperanza de que así no fuera. Mi padre me dijo…

—¿Qué es lo que te dijo tu padre, pimpollo? ¿Qué vinieras a buscarme tal día como hoy?

El tono de él irritó a la muchacha. Plegó los labios que tenía entreabiertos para hablar, y la sonrisa desapareció como si se hubiera eclipsado.

—Creí que quería enterarse —replicó.

—Desde luego que sí, preciosa; pero también me pareció haberte advertido que no trataras de meterte en acertijos, porque me los sabía todos. Estamos los dos solitos en mis habitaciones y… una de tres: viniste huyendo de alguien o entraste para verme. No creo que sea lo primero, ya que ninguna chica de las que conocí que pudiera parecérsete algo, lo hizo nunca de esta manera. Y no es que tú seas más que ellas en ese sentido, no; lo que sucede es que soy un tipo bastante desconfiado, y sé que las mujeres no tienen originalidad ni para dar un beso. Y… si viniste a verme, espera a que cierre las persianas y cuelgue el cartelito en la puerta de «No molesten». Por mi parte, te prometo que no hablaré de papá y de mamá mientras estemos juntos.

Carol se sonrojó, y el tono que empleó al hablar era acre:

—¿Cuál es la tercera?

—Pues… que quizá entrases en el cuarto buscando alguna cosa y, al no encontrarla, decidiste esperarme y averiguar si yo la llevaba encima. ¿Acierto?

—Suponiendo que así fuera —dijo ella, volviendo a sonreír—, ¿qué haría?

—Aconsejarte, nada más. Es lo único que se me ocurre.

—¡Vaya! Veo que la falta de originalidad es contagiosa. ¿Qué más?

—Te lo diré luego, si decides quedarte conmigo.

Carol se levantó de la silla, y le lanzó una mirada que le hizo más daño que un zurriagazo en pleno rostro. Kenny recordó en aquel instante las bofetadas, y se preparó a repeler la agresión. Estaba empezando a cansarse de aquel juego, y le pareció que si daba tiempo a la chica para que comenzara a mover los brazos, le iban a tocar todos los números de la tómbola.

—Bueno, ¿qué partido tomas? —preguntó, levantándose, sin perder ninguno de sus movimientos.

—Prefiero irme. Tenía entendido que el hombre que venía a Egipto para reunirse con mi padre, era otra cosa.

Dio unos rápidos pasos con dirección a la puerta, y se quedó con la mano en la manija. Kenny la había sujetado nuevamente por los hombros, y la hizo dar la vuelta hasta quedarse cara a él. Durante unos segundos, se contemplaron como el ratón y el gato. Claro que él se preguntó luego, en más de una ocasión, cuál de los dos era el gato y cuál el ratón y terminó por quedarse con las ganas de saberlo hasta que fue demasiado tarde.

—Espera, rica; acabas de decir que yo venía a reunirme con tu padre. ¿Quieres aclararme eso?

Carol le empujó suave pero firmemente, poniéndole las manos en el pecho para que se separara. Le volvió a mirar como si fuera en aquel preciso instante cuando se diera cuenta de que le había visto, y preguntó con voz cortante, quedando de espaldas a la puerta:

—¿Puede demostrar de algún modo que usted es Cullie K. Pyle?

La pregunta desconcertó a Kenny. Aquello se estaba poniendo interesante. Mucho más de lo que se había figurado. La miró de nuevo a los ojos. La chica no los apartó de él, esperando la respuesta.

—Podría hacerlo —dijo despacio.

Se echó a un lado, indicando con la cabeza que volviera a sentarse, y esperó a que ella se dejara caer en la silla, antes de alargar el brazo para recoger la chaqueta que se quitó momentos después de ver a Carol en la cama. Con el paquete de rubios en la mano, se aproximó hasta colocar un cigarrillo en los labios de la joven. Tomó él otro, y los prendió fuego.

—¡Bueno! —exclamó—. Me parece que llegaremos a entendernos, por fin. Hemos adelantado poco, pero hemos adelantado. Tú te llamas Carol Farr, una chica bastante bien presentada. También tienes padre, lo que no deja de ser un obstáculo en determinadas ocasiones, y, a lo que parece, tu viejo me espera por algún motivo que no acierto a comprender, aunque no creo que sea para ofrecerme un bombón, por más que tú seas un dulce de órdago. ¿Cómo se llama tu padre, nena?

—Estoy esperando que me pruebe que es usted el hombre a quién busco.

Chasqueó Kenny la lengua, y fue a tomar asiento en el borde de la cama.

—¡Ya! Volvemos a los acertijos, ¿no? Escucha, monada: Tú bien sabes que yo soy yo, ya que no puedo ser otro. Sabías mi nombre antes de que yo te lo dijera, y también el número del cuarto que ocupaba en el hotel. Hace apenas unas horas que llegué a El Cairo, y son contadas las personas en el mundo que saben en estos momentos dónde me encuentro. Así que no le des más vueltas, y abrevia: ¿Cómo se llama tu padre?

—Supongamos que se llamara John. ¿Le diría eso algo?

—No.

—Tampoco a mí lo que termina de decirme. Efectivamente, sabía el nombre de la persona que ocuparía estas habitaciones del hotel, desde hace nueve días, pero… ¿quién me asegura que usted lo sea? Mi padre me dijo que, posiblemente, el hombre que llegara a Egipto, fuera un tipo alto, fuerte, de anchos hombros y mandíbula cuadrada, con todas las características de los yanquis y quizá no joven. En cambio… usted, fuerte no digo que no sea, pero se parece más a un italiano o a un español, es demasiado joven y… parece que confía mucho en su persona.

El moreno rostro de Kenny se iluminó como si terminara de

escuchar el más cumplido de los elogios.

—Continuamos avanzando, pequeña; ¿de modo que esperabas a un yanqui?

—Eso he dicho.

—Y yo, ¿qué soy? ¿Tártaro? —Dio una chupada al cigarrillo, y expelió el humo con fuerza—. Bien, por lo que termino de oír, me toca a mi jugar esta baza. De que soy norteamericano, no hay duda. Nací en Ohio, y aún recuerdo la cara de despiste con bigote y gafas de Thurber cuando éste trabajaba en la redacción de «The New Yorker» antes de que escribiera «La vida secreta de Walter Mitty»; tienes razón en lo que se refiere a mi estatura y demás. Hay algo de españoles en mi sangre pero ¡tan lejano! que no serviría para plasma racial en el caso de que la necesitaran para hacer una transfusión al último descendiente de los, descubridores de América. Joven… no digo que no lo sea, ya que a ti te lo parezco. Y las mujeres entendéis de eso tanto o más que de abrocharos ese diminuto botón a la espalda al extremo de una, cinta. Y, en cuanto a que confíe en mí… puede que así sea. Ya me di cuenta, apenas me atizaste la primera vez, que parecías sorprendida un poco al no ver colgando de mi hombro izquierdo la funda de una pistola. Pero… sigamos jugando a los crucigramas: Hemos quedado en que te llamas Carol Farr, en que eres una chica lista así de guapa, en que tu padre te mandó a mí como si fueras una tarjeta de visita en relieve, sin pensar que a lo mejor, para mí, naturalmente, podría darme por pasarte revista de arriba abajo, hasta estar completamente seguro de que eres de una sola pieza y no tienes postizos; también hemos quedado en que quieres algo de mí, aunque aún no me has dicho de qué se trata y… para terminar, paso porque otro sujeto pudiera querer hacerse pasar por Cullie K. Pyle, y ese sujeto fuera yo. Aunque así fuere, tu situación seguiría siendo la misma. Has entrado en mis habitaciones, no estando yo en ellas, seguramente forzando la cerradura, por más que he de reconocer que lo has hecho de una manera bastante hábil, ya que no me di cuenta al meter la llave al abrir; al no encontrar lo que buscabas, decidiste esperar mi vuelta, y no titubeaste para ello en utilizar mi cama como si se tratase de la tuya. —Dio una nueva chupada al cigarrillo, y lo tiró después al suelo, aplastándolo con el pie—. ¿Qué más? Has dicho que yo venía a reunirme con tu padre y… no estoy

muy seguro de que no sea cierto. ¿Quieres decirme el nombre, de una vez, o llamo por teléfono para que envíen al agente de servicio?

—Ya le he dicho que podía ser John.

—Pero no lo es. ¿Continuamos, o prefieres que, entre otro a tomar parte en el juego?

—Si es usted la persona a quién vine a buscar, sabrá contestarme a esto: Kartum.

—Gordon.

La rápida respuesta de Kenny hizo que Carol volviera a sonreír, enseñando unos dientes diminutos y prietos como los de un cachorro.

—¡Por fin! —dijo.

Él se levantó despacio. La contraseña que le dieron para identificarse a su llegada a Egipto, había salido de sus labios sin darse cuenta. Comprendió que se había precipitado un poco al darla, y que no era precisamente a una mujer a quién iba destinada, según le dijeron en el Departamento antes de que se embarcase rumbo a Oriente. Sus negros ojos centellearon un segundo al acercarse a la joven, sin que por ello dejara de corresponder a la sonrisa de ella. De pronto, bruscamente, la cogió por un brazo levantándola de la silla, y la oprimió con fuerza contra él, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Cómo sabías eso?

Carol se debatió inútilmente, entre los brazos de Kenny durante unos segundos, hasta comprender que no podría libertarse de ellos. Entonces, apretó los labios para no chillar. Él la sacudió con rudeza, aproximando su cara a la de la joven.

—Habla. ¿Cómo sabías eso?

—Me lo dijo mi padre.

—¿Tu padre? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Se llamaba Percy.

Las manos de Kenny se aflojaron, y ella se separó de él, restregándose el dolorido brazo con los dedos. Estaba pálida, y parecía hacer esfuerzos por no llorar. Lentamente, se le aproximó. Iba a decir algo, cuando llamaron a la puerta con los nudillos. Le hizo una seña para que se echara a un lado de la pared mientras él abría, y la miró de soslayo para convencerse de que le había comprendido. Entonces alzó el picaporte, y la puerta se abrió con

cierta lentitud empujada por una mano, mientras las dos de Kenny se elevaban por encima de su cabeza. La cara velazqueña del zambo asomó por el hueco, sonriente. Empuñaba una pistola, con la que apuntaba a Kenny, y sus ojillos se habían achicado. El inglés que salió de su boca, al hablar, parecía el usado por un chiquillo a los primeros días de ir a la escuela.

—Pase, señor, pase; ¿no irá a dejarme aquí?

Esperó hasta que Cullie retrocedió unos pasos dentro de la habitación, para entrar él cerrando la puerta. Sus ojillos se dirigieron una milésima de segundo hacia el lugar donde estaba Carol, quien se había apartado de la pared al oírle, y rápidamente dijo unas cuantas frases en la jerga del país, que fueron contestadas por ella al segundo, a la vez que se ponía a su lado. Kenny continuaba con los brazos subidos, pero los empezó a bajar dispuesto a aprovechar la menor oportunidad que se le presentase. La pistola del zambo le obligó a inmovilizarse.

—Estese quieto, Kenny —ordenó Carol, acercándose a él—. Popadopulus podría tomarlo por lo trágico, y apretar el gatillo —continuó acercándose y le sonrió burlona—. Bien —dijo—. A veces la excesiva confianza pierde a los hombres. Voy a irme enseguida, pero antes voy a decirle algo, Kenny; mi padre me envió a buscarle a usted, poco antes de morir, asegurándome que le encontraría en este hotel y en el cuarto número 322. Le asesinaron de un tiro, una noche que se olvidó de algo que llevaba siempre: la pistola. Como le digo, voy a irme; si quiere saber algo más, se lo diré la próxima vez que nos encontremos. Ahora, adiós. No se fíe tanto, y recuerde que a mi padre le mataron por la espalda.

Se cogió a cada una de las dos puntas del desabrochado cuello de la camisa de Kenny, y elevándose sobre las puntas de los pies, le dio un beso. Luego le soltó de pronto, y fue a reunirse con el zambo, quien había abierto la puerta lanzando antes una mirada, de reojo, al pasillo. Carol salió tras aquél, sin dejar de sonreír, vuelta de cara a Kenny. Éste continuaba con los brazos en alto. Preguntó ella, antes de cerrar:

—¿Qué, ha sido original el beso?

Kenny bajó los brazos y le lanzó una mirada despectiva. Repuso, sonriendo suave:

—¿Qué beso, nena?

El portazo retumbó en las habitaciones del hotel. Cullie se encogió de hombros, y parsimoniosamente se dirigió a la puerta, que se batía aún a impulso del vigoroso golpe para cerrarla. Luego se acercó a la mesita para servirse *whisky*, y lo apuró de un trago. Prendió fuego a un cigarrillo, y pensando en que cualquier crío con faldas podría hacerle pasar las de Caín si se lo propusiera, se dirigió hacia un mueble próximo. Tiró de uno de los cajones, y sacó del fondo una pistola con funda sobaquera. Se pasó la correa por el hombro izquierdo y, acercándose a la cama, se dejó caer en ella, tumbado, al tiempo que sacaba el arma quitándole el cargador. Examinó éste durante un segundo, y lo volvió de nuevo a la culata encajándolo con un seco golpe. Puso un proyectil en la recámara, y se cercioró de que no estaba echado el seguro. Contempló la pistola con cariño, y la volvió a la funda en el momento que le parecía oír cómo la respiración de una persona que estuviese agazapada detrás de la puerta. Se incorporó sin hacer ruido llegándose a ella, y la abrió de golpe a la vez que aparecía la pistola en su mano.

No había nadie. El pasillo estaba solitario y en silencio. Algo, sin embargo, creyó escuchar, y salió fuera. Oyó el débil roce que producía una puerta al cerrarse pero sin poder determinar de dónde llegó el ruido. Kenny entornó los ojos y se volvió dentro, pensando, mientras se tumbaba de nuevo en la cama, que iban siendo muchos ya los que se proponían jugar con él al escondite, sin que le hubieran dado china para tomar parte en el juego.

CAPÍTULO II

Jo, el «barman» del «Long Bar», estaba acodado en el mostrador por la parte de dentro, cuando Kenny se dejó caer por allí con su impecable traje de hilo y su pinta latinoeuropea. Jo, apenas si le dirigió una mirada. Parecía muy entretenido escuchando la palabrería de un fulano pequeñito, aupado en una alta banqueta y frente a una botella de Coca Cola.

Kenny se los aproximó. Sentóse en una banqueta que se hallaba libre, y pidió un *brandy* con *seltz*. Mientras se lo tomaba, escuchó, haciéndose el distraído, la charla del fulano, quien al parecer pertenecía a la T. W. A., donde prestaba sus servicios como ingeniero. Kenny no tuvo necesidad de esforzarse mucho para saber cuál era la misión del tipo aquel. Estaba encargado de las instalaciones de radar del país, precisamente de aquellas instalaciones que el ingeniero jefe de la T. W. A. compró un día a su colega de la «B. O. A. C.» (British Overseas Airlines Corp), mediante una fabulosa suma.

Kenny sonrió al pensar lo que significaba para Norteamérica la adquisición de las mencionadas instalaciones.

Lanzó una nueva mirada a Jo. Éste continuaba acodado en el mostrador del bar, callado como una esfinge, con los párpados entornados y una cara de póker difícil de superar aún por los tahúres, más experimentados. Verdaderamente, Jo era «alguien». No hacía falta más que mirarle una vez para darse cuenta de que aquel hombre que parecía no oír nada, no fijarse en nada, no prestar atención a nada, tenía un cabal concepto de su obligación, cualquiera que ésta fuese, y que, entre los buenos, resultaba de lo mejorcito con que Kenny hubiera tropezado en su vida.

Allí estaba tras el mostrador, impasible, aburrido, con el gesto de un hombre que llevara casado once años con la misma mujer, sin dirigir más que raras veces la vista a determinados tipos que entraban o salían del bar del «Sheapeard's»; ingleses, americanos, sauditas, transjordanios, franceses de la zona del canal, sirios, libaneses y egipcios. Parecía no fijarse en ninguno de ellos, y, sin embargo, no se le escapaba nada que mereciera la pena. Era un zorro experimentado, con muchas horas de vuelo a las costillas, y ya fuese un correo secreto del rey Saud, un emir, el miembro de una misión oficial, o comisión económica, o perito de una empresa particular de paso por El Cairo, quedaba fotografiado en sus retinas.

Kenny recordó haber oído muchas cosas respecto a Jo, y también que fue éste quien siguió paso a paso los devaneos amorosos del general Ritchie con la bella Aminah el Barandi, mientras se desencadenaba la desastrosa batalla de Tobruk; quien primero se dio cuenta de la importancia que tenía para Norteamérica la compra de las instalaciones de radar inglesas en Egipto; quien supo de la trascendencia de la visita de Churchill y de Roosevelt, como también la de un célebre sujeto que construyó la ciudad artificial y petrolífera de Darhanl en la costa del golfo Pérsico. Kenny recordó todo esto, y recordó, igualmente, que todos estos tipos de largas alas se habían alojado allí, en el «Sheapeard's», en el departamento número 157, donde celebraron sus importantísimas reuniones.

Jo, indudablemente, era un gachó de mucha pupila. De tanta, que cuando la mayoría de las gentes comenzaban a darse cuenta de que se había producido un incendio en las cercanías, él ya había dado la alarma, estaba de vuelta, y se guardaba el silbato en el bolsillo.

Apuró Kenny su *brandy*, y se dispuso a fumar un cigarrillo en el *grill-room* del hotel, dándole vueltas en la cabeza a la idea que había estado madurando durante el tiempo que transcurrió desde que se encontró con Carol, hasta que ésta salió, en compañía del zambo Popadopulus, de las habitaciones que, él ocupaba. Se iba a alzar de la banqueta pensando en la forma más rápida de dar con la

pelirroja, cuando un individuo sentado junto a él y que no había dejado de observarle desde que llegó al bar, le dirigió una sonrisa al tiempo que le preguntaba, bastante bruscamente por cierto:

—¿Usted, qué vende? ¿Aparatos de radio? —le preguntó bruscamente Popadopulus.



¿Usted qué vende? ¿Aparatos de radio? Le preguntó bruscamente Papadupulus.

Kenny tuvo la respuesta justa en la punta de la lengua, pero se contuvo. No quería ni le interesaba que se fijaran demasiado en él. Replicó, por encima del hombro:

—No, amigo; se ha equivocado de puerta.

Dejó unas monedas sobre el mostrador, rechazando el cambio con un gesto, y ya iba a deslizarse al suelo para marchar, cuando le pusieron una mano en el codo.

—Perdón —dijo el mismo tipo—, no quise ofenderle.

Se volvió a él. La sonrisa del fulano había desaparecido, y daba la sensación del hombre que ha cometido una torpeza, y está dispuesto a presentar toda clase de excusas.

—No me ha ofendido en nada; simplemente, no vendo.

—¿Compra?

Los ojillos que se fijaban en los suyos, reflejaron ahora cierto interés.

—Tampoco —rechazó Kenny—. No compro ni vendo.

—Me lo temía. Por unos instantes, albergué la duda pensando en que pudiera resultar usted uno de tantos como vienen a Egipto para hacer negocios y… —Bajó la voz— estaba dispuesto a ofrecerle algo de verdadero interés. —Terminó en un susurro—: Se trata de acciones, ¿sabe?

Kenny no movió un solo músculo del rostro. Se limitó a sonreír levemente, por más que se daba cuenta de que algo se estaba cociendo en aquel instante para que él se lo comiera. Pensó en las pocas frases que le dedicó Clement, allá en Washington, antes de despedirse de él: «Póngase en contacto con Percy, nada más llegar a El Cairo; necesitamos las acciones que él indica, cueste lo que cueste, si verdaderamente son las que dice. El tipo que las tiene en su poder puede deshacerse de ellas de un momento a otro, y es preciso que usted se haga cargo de las mismas cuanto antes. Alójese en el Fuad Hotel; la habitación número 322 la tiene reservada. Percy se presentará allí, dándose a conocer de la forma que hemos convenido. Lo demás queda de su exclusiva incumbencia».

—¿Ha dicho acciones? —preguntó Kenny, dejando para más adelante sus reflexiones sobre el particular.

—¡Chisss! —siseó el tipo—. No es necesario que grite tanto.

—No me interesan —repuso Cullie—. Ya le he dicho que no compro ni vendo.

A la vez que hablaba, miró por el rabillo del ojo a Jo. Éste no se había movido del sitio que ocupaba en el bar, pero el oído izquierdo lo tenía enfilado en aquella dirección. Posiblemente no fuera más que un detalle sin importancia, pero Kenny había salvado el pellejo varias veces por bastante menos que por un simple detalle, y sabía el verdadero valor de éstos. Inició de nuevo la marcha. Volvieron a sujetarle por el codo y, por un momento, pensó en lo que haría con el tipo, como éste siguiera optando al premio que se olfateaba. Se le quedó mirando fríamente, hasta que aquél retiró la mano.

—No se enfade, señor; me llamo Carlin, L.
S. Carlin.
Dígame que no se ha enfadado conmigo.

—¿Por qué me iba a enfadar?

Los ojillos de Carlin brillaron un segundo.

—No lo niegue, amigo; se ha enfadado, y no sabe lo que lo lamento. Le he dicho cómo me llamo, y aún estoy esperando que me devuelva la cortesía. Lo habría hecho usted ya, de no haberse incomodado —hizo un ademán rechazando la protesta que adivinaba en la boca de Kenny, y prosiguió diciendo—: ¿Qué puedo hacer por reparar mi torpeza? Reconozco que no me he conducido nada bien.

—¡Bah! —concedió Cullie—. No tiene por qué darme satisfacciones. Mi nombre es Cullie K. Pyle. ¿Le dice algo?

Carlin movió la cabeza negativamente, a la vez que Kenny volvía a mirar, de la misma forma que antes, a Jo. Le pareció que el oído izquierdo de éste vibraba.

—Bien, señor Pyle —dijo Carlin—. Encantado de conocerle. —Hizo una seña a uno de los empleados del bar para que se les aproximara—. Permítame que le invite. ¿Qué quiere tomar? ¿Otro *brandy* o una copa de *bourbon*? No le detendré más, se lo aseguro.

Kenny forzó una sonrisa.

—Prefiero *brandy* —manifestó—. Él y yo nos conocemos de hace tiempo.

Les sirvieron las bebidas. Carlin abonó la consumición una vez que se la hubieron tomado, y antes de que Kenny se alzara de la banqueta, lo hizo él, dispuesto a marchar. Se inclinó un tanto al hacerlo.

—Le repito mi satisfacción por haberle conocido, señor Pyle. Si

alguna vez le interesa mi oferta, me encontrará aquí, aproximadamente, a la misma hora de hoy.

Enseñó los dientes al sonreír y se alejó a buen paso. Kenny le siguió con la vista durante un segundo. Estaba convencido de que, tan pronto como aquel hombre saliera del hotel, o quizá antes, empezarían a ocurrir cosas. Comprendía que lo de las acciones no había sido más que un anzuelo y, al no picar en él, le lanzaron otro para que lo mordiera. No era tan tonto como para no darse cuenta desde el principio de que, al dar su nombre, se metía el cebo en la boca, pero también sabía que, de no hacerlo, quedaría enganchado de igual modo, ya que la ocultación de su nombre no serviría de otra cosa que para delatarle abiertamente.

Prendió fuego a un cigarrillo, y echó a andar. En aquel momento, alguien dijo tras él:

—¡Eh, oiga, señor!

Se volvió al instante. Uno de los empleados del bar, el mismo que les sirviera, se inclinaba sobre el mostrador, indicándole con el gesto que se acercara. Kenny pensó si se le habría olvidado algo, y se aproximó a él metiéndose una mano en el bolsillo.

—Perdone, señor: ¿Es usted Cullie K. Pyle?

Afirmó Kenny con la cabeza, clavando la vista en quien le hacía la pregunta.

—Hay esto para usted, señor —dijo el empleado, ofreciéndole un cerrado sobre.

Sonrió al dárselo, y se guardó la propina que Kenny le echó al aire lanzándola con el pulgar. Durante unos segundos, el joven contempló el sobre que terminaban de entregarle, examinándolo detenidamente. Era alargado y estrecho y, al aproximárselo a la nariz, mientras lo abría, le pareció percibir cierto aroma que ya notó horas antes, en su cuarto del hotel, a poco de descubrir a Carol. Desvió la vista un segundo. Jo había clavado en él las pupilas, tras cambiar una imperceptible seña con el empleado del bar que le había dado el sobre. Kenny volvió a afianzarse, al verlo, en la impresión primera que había sacado de Jo. Éste sabía trabajar; parecía ciego, mudo y sordo, y sin embargo, el pájaro que se la diera, no volvería al nido cantando y con plumas. Lo más probable sería que se las dejara entre las manos de Jo.

Rasgó el sobre. Dentro de él encontró un pliego escrito. Decía lo

siguiente:

> «Vaya al jardín del café Groppi. Si no estoy, será que no he podido esperarle, y tendrá que ir al sitio que le indique de nuevo, si quiere hablar conmigo. Conviene que siga el consejo que le di antes de marchar, y no sea tan confiado».

Al terminar de leer la carta, alzó la vista. Jo no parecía prestarle atención alguna, atento a la charla del fulano que tenía ante él. Kenny sacó un fósforo prendiendo fuego a la misiva y al sobre, hasta que cayeron a sus pies convertidos en cenizas. Las pisoteó, tranquilamente, y echó a andar de nuevo, dirigiéndose hacia el *grill-room* del
«Sheapeard's».
Al llegar a éste tomó asiento en un sillón que vio libre, diciéndose que le convenía, antes de ir al lugar donde le había citado Carol, repasar un poco en la mente los últimos acontecimientos para trazarse la línea a seguir.

En primer lugar, Clement le decía en su carta que Percy había muerto y que él, Kenny, tenía que manejarse solo. También le decía algo referente a que alguien más andaba metido en el asunto, y le «advertía» pintorescamente. En segundo lugar, Carol se había presentado a él como la hija de Percy, dándole la contraseña que le indicaron en Washington serviría para que llegaran a conocerse Percy y él. Desde luego, fuese o no Carol la hija de aquél, lo que no cabía duda era de que estaba bien enterada de todo. Ahora bien: ¿qué juego se traía la chavala? ¿Por qué había salido tan precipitadamente de sus habitaciones con el zambo griego, y qué se ocultaría tras de los dos? En tercer lugar, no cabía duda alguna de que otra persona o varias más, sabían de idéntica forma su llegada a El Cairo y la misión que le llevó a Egipto. La prueba se la habían dado hacía poco, por medio de L.
S. Carlin;
y… por último, creyó recordar encontrarse en la misma situación que el chico que da vueltas en el centro de un círculo, con los ojos vendados, jugando a la gallinita ciega. Todos estaban enterados de quién era él, y lo que andaba buscando, pero él no sabía a dónde dirigirse que acertara. Por si fuera poco, ignoraba de qué clase de

acciones había de hacerse cargo caso de que diera con ellas, ni si el individuo de que le habló Clement las conservaría aún en su poder o bien se las habría entregado a otro.

Terminó de dar una chupada al cigarrillo, antes de tirarlo y resumió, acertadamente, diciéndose que, cuantas más vueltas diera al asunto, peor; el único camino que le quedaba libre era el de proseguir el juego hasta que se cansara o hasta que se cansaran los demás.

Se alzó del sillón. Dirigió la vista disimuladamente a su alrededor durante unos segundos, contemplando lo que tenía visto un millón de veces en los más elegantes hoteles del mundo. Gentes de rostros inexpresivos, aire cansado y mirada turbia, que parecían aburrirse de una forma terrible. Sin embargo, no se dejó engañar. Cualquiera de ellos o la mayoría tal vez, estaban en El Cairo por motivos parecidos a los suyos. Las damas elegantísimas, los caballeros de inmaculado traje blanco, los beys y los pachás, los elegantes nativos que hacían ostentoso alarde del *fez* con que se cubrían, estaban alerta, espiándose los unos a los otros, tratando de averiguar noticias o de darlas sin ser observados, practicando el antiguo juego de la simulación y de la intriga.

La mayoría de ellas, eran damas de un pasado equívoco y de un presente que se abría por medio de una interrogación. ¿Qué hacían en el
«Sheapeard's»?
¿Qué habían ido a investigar allí? Sus rostros no le eran desconocidos por completo, ya que algunos de ellos los vio en el «Gran Hotel» de Roma, en el «Gran Bretaña» de Atenas, el
Gi-Ri,
como dicen los griegos, en el «Rey David», en… cualquiera de los múltiples hoteles de lujo donde se reúne la élite de la sociedad del mundo de las finanzas, de la política y de la guerra.

Atravesó el *grill-room* saliendo al bar otomano establecido junto a la terraza, lanzando una mirada, al pasar, a los que allí se hallaban sentados a las mesas. Al hacerlo, a punto estuvo de lanzar una interjección. Un tipo grande, sanguíneo, de rostro jovial y, penetrantes y retozones ojos azules, se encontraba sentado teniendo frente a sí, en la mesa, un cuaderno abierto, en el que tomaba notas con una estilográfica a una velocidad increíble.

Aceleró el paso, dispuesto a alejarse cuanto antes del hotel, y, en el momento que pasaba cerca del tipo, éste levantó la vista. Se le quedó mirando un segundo con evidentes muestras de sorpresa. Luego abrió la boca, que se ensanchó con una sonrisa grande de niño, y, dejando el cuaderno y la pluma, apartó la silla hacia atrás con un impulsivo movimiento de su cuerpo.

—¡Que entre en picado, si lo que ven mis ojos no es el teniente Kenny de la base del Pacífico! ¿Cómo estás, grandísimo bribón?

Un par de enormes brazos se apoderaron de él, y durante unos segundos tuvo que hacer esfuerzos para que le dejara respirar la mole de carne y músculos que se le echó encima.

Sonrió conejilmente Kenny, separándose.

—¡Caray, Pop! Otro abrazo como ése, y lo que no hicieron conmigo en la guerra, lo habrías conseguido tú en pocos minutos. No me querrían en el mercado ni como chatarra.

Pop le palmeó amistosamente en los hombros, sin dejar de reír.

—¡Vaya, vaya! ¿De dónde has salido?

—Pues verás: Termino en este momento de aterrizar en el hotel, y me disponía a ir a mi tienda. ¡Supongo que no la habrán mudado de sitio!

Volvió a reír Pop, más estruendosamente que hasta entonces.

—Siempre serás el mismo, Kenny. —Le cogió de un brazo, arrastrándole con él hasta la mesa—. ¡Bien! No pienses ni por un momento que voy a dejarle escapar. Vas a estarte conmigo hasta que termine de hacer lo que tengo entre manos, y luego nos iremos por ahí a dar una vueltecita y remojar el gaznate. Tengo unos deseos enormes de saber lo que ha sido de ti durante este tiempo, desde que nos separamos hasta ahora. ¡Ven! Toma uno de esos sillones, y acércalo. Enseguida acabo.

—Lo siento, Pop; como te he dicho, iba a mi tienda, y no me detendrá ni una escuadrilla de cazas. Ya tendremos tiempo de hacer todo eso que dices.

—¡Cómo! ¿Pero te vas a ir, Kenny? Espera un segundo tan solo, y soy contigo. No me faltan más que unas cuantas palabras por escribir, y podré cursar el despacho. Es cuestión de…

—Escucha, Pop: ¿Qué haces aquí?

—¿No lo sabes? Practicando mi antiguo oficio. De corresponsal de guerra he pasado a ser simplemente corresponsal del «New York

Herald», y aquí me tienes metido de lleno en este embrollo del petróleo. Estoy seguro de que si alguna vez vuelvo a Manhattan y me encuentro en el «Pavillon» o el «Chambord», los platos que me sirvan olerán a nafta. Estoy de oleoductos, de campos y refinerías, hasta, más arriba del tupé. —Sacudió a Kenny cariñosamente por los hombros—. Pero bueno: tú, ¿qué diablos haces en El Cairo?

—No lo sé aún. Me embarqué en un asunto de momias egipcias, y he venido a tantear el terreno. Creo que conseguiré hacer negocio.

Los azules ojos de Pop se achicaron un segundo, contemplando a su amigo fijamente. Chasqueó la lengua, y se echó a reír de nuevo.

—A otro perro con eso, Kenny: no me sirve. Siempre dije de ti que donde tú te hallabas, olía a chamusquina, y no marré nunca. Has nacido para meterte en jaleos, y me huele a algo gordo. ¿De qué se trata?

—Te lo diré si me sueltas.

Pop dejó caer los brazos al instante, y Kenny se echó hacia atrás.

—¡Agárrate, que nos zambullimos! Voy detrás de la reina de Saba.

Parpadeó Pop un instante como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza y Kenny aprovechó el momento para salir antes de que su amigo se hubiera repuesto. Bajaba las escaleras del «Sheapeard's», cuando le gritó aquél, desde arriba:

—¡Eh, oye! ¿Dónde le alojas?

—En el Fuad Hotel —repuso el joven, sin detenerse, al tiempo que saltaba a la acera y se mezclaba con los transeúntes, apretando el paso.

Resopló cuando se hubo alejado lo bastante, y una vez convencido de que Pop no le seguía, aflojó la marcha. De continuar andando deprisa, terminaría por bañarse en sudor, y no era ése precisamente el baño que le resultaba agradable en ningún momento. «¡Vaya con Pop! —pensó—. Lo que menos me podía figurar, era que me lo iba a encontrar aquí. Ese diablo de reportero, está visto que cualquier día me lo encontraré en la sopa, si me descuido».

Prosiguió andando tranquilamente, admirándose de la cantidad de mosquitos que había en aquel país, y maldiciendo el calor que parecía salir del suelo y subírsele por las perneras de los pantalones

hasta la garganta. De vez en vez volvía la vista para encontrarse con ojos negros que parecían clavarse en los suyos, y adivinaría en todos ellos la misma expresión de odio que le sorprendió en principio, desde su llegada. Entró en el jardín del café Groppi, y sorteando las mesitas ocupadas por una heterogénea muchedumbre, paseó la vista durante unos segundos, esperando ver a la pelirroja.

Al fin, cansado de mirar en vano, se dejó conducir por un *maître d'hôtel* de corteses maneras, y *fez* más rojo que una guindilla, hasta una de las mesas que se hallaban libres. Acomodóse en el asiento pidiendo que le sirvieran «arak», y por espacio de unos minutos se entretuvo en la contemplación del dueño del establecimiento, un imponente berberisco ataviado de blanca túnica y ancha faja carmesí. Paladeó el líquido, y miró a su alrededor. Todas las miradas convergían en él, como si fuera la diana de un blanco. Disimuladamente se rozó con el codo en el costado izquierdo para asegurarse de que llevaba la pistola y prendiendo fuego a un cigarrillo se dispuso a consumirlo, esperando de un momento a otro ver aparecer a Carol, o el zambo griego que se fue con ella.

Una «gachí», con un escote que le descubría toda la espalda, le lanzó una mirada que estuvo a punto de subirle el pavo: Expelió el humo con lentitud, y volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron con otros más atrevidos, negros como la noche y agrandados con sabios retoques de líneas negras y azules. Su propietaria, musulmana a juzgar por el «yabrah» de seda que la cubría, corto y abierto por la parte inferior dejando ver una falda europea y al extremo de esta unas piernas enfundadas con medias de nylon, le sonrió, descocadamente, por entre el «hegah»[4] blanco.

Kenny la contempló un segundo. No estaba mal la hija del Profeta, pero se dijo que no estaba él allí para el estudio del Corán, por más que se prometió hacerlo, a la primera ocasión, en un libro como aquél, sin importarle que fuera de segunda mano. Continuó dando largas chupadas al cigarrillo, sin dejar de observar a su alrededor. Las conversaciones interrumpidas a su llegada, habían vuelto a comenzar. Tan pronto se escuchaba un *Parbleu*! galo, como un *Thank you* inglés o reconcentradas exclamaciones en «grippy», en árabe, en griego, en hebreo o en turco. No parecía sino que todas las razas de la tierra se hubieran dado cita en aquel lugar, y Kenny

se imaginó durante un segundo el bollo que se armaría en la Torre de Babel, cuando trataran de entenderse, sin conseguirlo, los fulanos que se empeñaron en construirla.

En aquel momento creyó ver, mejor dicho, sentir, la mirada de alguien que estaba a sus espaldas, y se volvió víctima de un extraño malestar. La sensación desapareció tan pronto como giró en la silla. Las personas que se hallaban tras él no parecían fijarse demasiado en su cogote. Recuperó la posición normal en el asiento, y de nuevo volvió a sentir la misma inquietud, el mismo malestar, idéntica sensación de ser observado por alguien que se ocultaba. Pensó que se estaba poniendo nervioso, y maldijo en su fuero interno a la pelirroja y al endemoniado asunto que le llevó a Egipto.

Aplastó el cigarrillo en el plato que tenía delante, y llamó con un ademán al camarero para hacer efectivo el importe de la bebida. Se iba a levantar, cuando le oyó decir a aquél, en un inglés detestable:

—Perdone, señor; me han dado esto para usted.

Era una nota. Una simple nota escrita en un trozo de papel doblado en cuatro pliegues. Había una sola palabra en ella, que se agigantó a sus ojos.

«Kartum».

Nada más que eso. Kenny arqueó las cejas fijando la vista en lo escrito, y trató de salir de su estupor. Los rasgos de la escritura no eran los mismos de la carta de Carol. Estudió éstos un instante y, finalmente, convencido de que sus conocimientos de grafología no eran muy amplios, decidió dejarlo como estaba. Por lo visto, la dichosa palabreja que le dieron en Washington como medio de reconocer al agente Percy, era más popular en El Cairo que las pirámides, que las moscas y que el partido de Nithas Pasha.

En aquel momento volvió a sentir el mismo malestar de antes, y giró en la silla con rapidez. Allá, tres o cuatro mesas detrás de la suya, unos ojos le miraban fijos, y un rostro moreno le sonreía, invitándole a que se aproximase. Kenny dobló la nota lentamente, alzándose de su asiento. Con ella en el hueco de la mano se aproximó al desconocido, un tipo delgado vestido a la europea pero tocado con el nacional *fez*. Al acercarse el joven, aquél se levantó, haciéndole una cortés reverencia, a la vez que le invitaba a que tomara asiento. Acto seguido dio una palmada, y el mismo camarero indígena se les aproximó, arrastrando la babuchas. El

desconocido pronunció una frases en «grippy», y el camarero se retiró con la misma precipitación que se había acercado.

Kenny permaneció contemplando durante unos segundos al tipo que tenía en frente. Su rostro era de un color de chocolate sucio, con unos ojos como brasas. No era mal parecido, y parecía fuerte y ágil a pesar de su contextura.

—¿No quiere sentarse, señor?

Kenny se abstuvo de responder. Sabía demasiado bien cómo manejarse en circunstancias semejantes. Sonrió por un extremo de la boca, y continuó mirándole fijo.

Las oscuras facciones palidecieron, tornándose grises, y las pupilas que le miraban, se achicaron. Por espacio de unos segundos, algo vibró en el aire como si fuera a reventar de un momento a otro. Luego, aquél repitió:

—¿No quiere sentarse?

Kenny entreabrió la mano, mostrando la nota que tenía en ella.

—¿Ha sido usted quien me ha enviado esto?

—Sí —dijo el desconocido, mientras la sonrisa revoloteaba en sus labios.

El camarero se les acercó, portando unos refrescos que dejó encima de la mesa. Kenny y el desconocido tomaron asiento, y transcurrieron unos minutos durante los cuales se observaron ambos de reojo mientras bebían. Por último, y mientras Kenny prendía fuego a un cigarrillo, el tipo del *fez* fijó la mirada de sus negros ojos en el joven, al tiempo que se inclinaba hacia él.

—Me llamo Ismail Abdull —declaró—. Tenía noticias de que llegaría usted a El Cairo, y pensaba ir a visitarle mañana…

Dejó que transcurrieran unos segundos antes de proseguir con suave tono:

—¿Hizo bien el viaje?

Kenny fingió un bostezo, y expelió el humo con lentitud.

—Si lo que le interesaba era saber cómo hice el viaje —dijo—, puedo garantizarle que lo realicé mejor de lo que esperaba. —Llevó a cabo un movimiento para levantarse de la silla—. Encantado de conocerle, amigo; quizá nos volvamos a ver.

Ismail le detuvo con un gesto, a la vez que hacía un ademán para impedir que se marchase. Su sonrisa se ensanchó, y le brillaron los dientes.

—No lo tome así, señor Pyle; como comprenderá, no le envié la nota para esto.

—¿Quiere decirme qué significa lo que escribió en ella?

—¿No lo sabe? Bien. Permítame que repasemos algunos puntos.

Se acodó en la mesa, entrelazó las manos, y contempló un segundo a Kenny.

—En primer lugar, usted se llama Cullie K. Pyle, agente de… digamos de un Departamento poco conocido de los Estados Unidos. Ha sido enviado desde Washington para ponerse en contacto aquí, en Egipto, con un compañero suyo: el agente Percy. Llegó hoy procedente de Port Said, y se hospeda en el Fuad Hotel, donde tenía reservadas de antemano la habitación número 322. El objeto de su viaje es el de hacerse cargo de unas acciones que el citado agente Percy le proporcionaría, y que son de vital importancia en estos momentos para su país. ¿Acierto?

—Continúe. Veremos hasta dónde llega.

La sonrisa de Ismail se hizo mayor, y sus negras pupilas relampaguearon.

—Perfectamente. Apenas aposentarse, se lanzó a la calle, dispuesto a dar unas vueltas por la ciudad, y cansado del ejercicio o como consecuencia del calor, se instaló en la terraza del
«Sheapeard’s»,
donde hizo que le sirvieran una cerveza. Se fue usted de allí al hotel. Al llegar a éste, el chico encargado del *comptoir* le dio una carta, que usted leyó antes de dirigirse a sus habitaciones. Se metió en ellas y… —Otra sonrisa— cuando salió más tarde, apenas hará una hora, volvió al
«Sheapeard’s»,
y se encaminó al «Long Bar», donde se hizo servir un *brandy* con *seltz*, y trabó conversación con un tal L.
S. Carlin,
quien le habló algo respecto a la venta o compra de acciones. Separáronse a poco, y cuando iba, usted a salir para dirigirse al *grill room*, uno de los empleados de Jo, el «barman», le entregó una carta que quemó usted después de haberla leído. Luego se vino usted para acá y… ¿Conforme todo, señor Pyle, o es preciso también que le recuerde esa nota que aún conserva en la mano?

—No, no es preciso; lo que sí me gustaría saber, en el supuesto

de que yo fuera la persona que usted busca, y resultara igualmente cierto cuánto me ha dicho respecto a lo de Percy, Washington y todo lo demás, es el significado de lo que escribió en la nota.

—¡Ah, eso!… Se me había olvidado lo principal, y le ruego que me perdone. La orden que usted recibió al salir de Washington, fue la de que reconocería al agente Percy por medio de una palabra que él le diría, y a la que usted contestaría con otra que ley identificaría a su vez. La palabra que yo escribí en esa nota, es la que correspondía decir al agente Percy.

Kenny achicó los ojos, y se llevó el cigarrillo a la boca.

—Bien. ¿Quiere decirme —y seguimos con las suposiciones— por qué ha sido usted y no Percy quién se ha puesto en contacto conmigo?

—Lo sabe usted tan bien como yo. Percy ha muerto hace nueve días.

—Y… continuando con las hipótesis, ¿cómo, si él ha muerto, usted sabe…?

Ismail Abdull no le dejó que terminara.

—Comprendo su punto de vista, señor Pyle; el hecho de que yo me encuentre en el lugar que correspondía al agente Percy, obedece a un motivo: He sido enviado aquí por la señorita Farr, la hija del agente mencionado.

Kenny se quedó con el cigarrillo a punto de llevárselo a la boca, y miró a Ismail con redoblada atención. Ahora comprendía por qué no se encontraba Carol en el jardín del café «Groppy», ya que había enviado a aquel tipo para que se entrevistase con él. Desde luego no le hacía gracia ninguna, y el fulano, aunque no mal parecido, no pertenecía a la clase de pescados que constituían su plato favorito. Le sobraba algo y le faltaban otras muchas cosas que él consideraba imprescindibles.

Se echó hacia atrás en la silla, y rompió la nota en pequeños trozos ante la vigilante mirada de Ismail.

—Bueno —dijo—. Y… ¿qué es lo que quiere de mí la señorita Farr?

Aquél se incorporó.

—Le espera a usted, señor Pyle; mi misión habrá terminado cuando le haya llevado junto a ella, si no se opone y quiere seguirme.

—¿Dónde se encuentra la señorita Farr?

—Cerca de aquí, en el «Mena House».

Se alzaron los dos al tiempo. Kenny volvió a tantearse la pistola con el codo y echó a andar tras Ismail, quien se le había adelantado, hacia la puerta. No le gustaba el tipo, y hubiera preferido habérselas con la pelirroja, pero pensando en que dentro de unos minutos podría hacerlo, se encogió de hombros y continuó andando. Tomaron un «taxi» a la salida, y le pareció a Kenny, antes de que el coche arrancara, distinguir un bulto que se escurría por entre las sombras. Le vio un segundo nada más, mas fue lo suficiente para reconocer en él a Popadopulus. Por lo visto, el zambo griego le había seguido hasta allí, para convencerse de que acudiría a la cita.

Se volvió disimuladamente en el asiento, mirando de reojo por la ventanilla posterior, y acertó a ver, antes de que el «taxi» se alejara del jardín de «Groppi», como el zambo se secaba la frente con el descomunal pañuelo, y hacía señas a un auto que pasaba cerca. Sonrió Kenny y miró disimuladamente a Ismail Abdull. Éste no se había dado cuenta o trataba de aparentar que no se había dado en que les seguían. Fuese como fuese, la cosa no terminó de gustarle al joven. Continuaba haciendo de gallinita ciega, y se iba cansando. Si alguien quería tocar el tambor, que buscara a otro que no fuese él para que hiciera de parche.

Se apearon al llegar a la puerta del «Mena House», y Abdull sonrió a Kenny al tiempo que pagaba al conductor del «taxi», despidiéndole. Penetraron en el hotel, dirigiéndose al ascensor, y segundos después se detenían en el segundo piso. Atravesaron un largo pasillo, y al doblar un recodo, un egipcio empleado del hotel se les echó encima antes de que le hubieran oído aproximarse, y los negros ojos de Ismail brillaron un segundo de una forma peligrosa, al tiempo que empujaba rudamente al chocolate con babuchas y túnica blanca que les había atropellado. Mientras éste quedaba pegado a la pared haciendo más reverencias y genuflexiones que si hubiera tropezado con la tumba de Mahoma, llegaron ante una puerta, a la cual, Abdull llamó con los nudillos. Se oyó un ligero roce en el piso, al otro lado de la puerta, y ésta se abrió por fin, pasados unos segundos.

Kenny parpadeó sorprendido. Los ojos que le miraban eran los

más grandes que había contemplado en su vida, y la mujer que ocultaba el rostro tras el «burkoh»[5], sujeto por un cilindro dorado entre las cejas, le pareció sencillamente maravillosa. Dejó que Ismail entrara primero, para asegurarse, siguiendo el principio que constituía su lema de no dar la espalda a ningún tipo mientras lo pudiera evitar, y siguió a éste, penetrando, en la habitación.

La puerta se cerró tras los dos hombres, y Kenny se hizo a un lado. Durante unos segundos contempló fijamente a la dama del velo y el fulano del *fez*. Esbozó un bostezo de hastío y dijo a Ismail, a quién no perdía de vista:

—Bueno, amigo; no creo que me haya traído a este hotel para que nos estemos mirando como si no nos hubiéramos visto nunca. En el «Groppi» ya tuve ocasión de estudiarle a mi manera, y usted no se quedó corto. ¿Era para presentarme a esta dama para lo que me hizo venir o para que me entrevistase con la señorita Farr? Le prevengo que me encuentro algo cansado del viaje, y no son horas éstas para andarse con cortesías. La etiqueta me parece bien en un salón, pero aquí ni usted ni yo llevamos pechera almidonada —y lanzó una mirada a la mujer—… la señora no creo que vaya a obsequiarme con la danza del velo estando usted presente.

Abdull iba a decir algo, pero la aludida movió un brazo en el aire, que parecía hecho a torno, y avanzó unos pasos hacia Kenny, al tiempo que se destapaba.

—Tiene usted razón, señor Pyle, no voy a danzar para usted; si le hice venir, fue porque tenía necesidad de hablarle.

Kenny lanzó un silbido de sorpresa. Si los, ojos de la desconocida le habían gustado, su rostro, al quedar al descubierto, le produjo el mismo efecto que si se hallara en la cubierta de un buque y hubieran echado en ella bolas para que las pisase. Tuvo que recostarse contra el mueble que tenía detrás, para no perder la cabeza e ir al suelo. ¡Cristo, qué hembra! La examinó detenidamente, con ojos de experto, durante unos segundos, de arriba abajo, llegando a la conclusión de que las mujeres que había visto hasta entonces se parecían a aquélla lo mismo que unos zapatos viejos a una casa de treinta pisos. Era joven, muy joven, tanto o más que Carol, y los ojos que se fijaban en los suyos no necesitaban ir pintados de *kohd* para ser más hermosos ni parecerlo. Pues ¿y la boca?… La examinó de nuevo entornando los párpados,

y se dijo que una chica así tenía más cosas juntas de las que cualquier tipo quisiera dos veces por semana.

Se inclinó ligeramente dirigiendo una mirada, al hacerlo, hacia donde se encontraba Abdull.

—Escuche, guapa; ya le he dicho a su amigo que estoy cansado del viaje, y no quisiera repetirlo. Si quiere hablar conmigo puede hacerlo en otra ocasión que estemos solos, y le aseguro que no se quejará por falta de palique. Ahora, tengo algo más importante qué hacer.

—¿Más importante que hablar con la hija de Percy?

Kenny sonrió.

—Es posible —dijo—. De todas maneras, no está ella, y no tengo tiempo para esperarla. Cuando vean a la señorita Farr, díganle que puede ir a verme. Es fácil que tenga algo que decirle.

—La señorita Farr soy yo.

Kenny se inmovilizó. Miró por encima del hombro a la chica del velo, y quedó junto a la puerta con la mano a punto de alcanzar el picaporte. Giró en redondo de súbito, y se la quedó mirando. Volvió a sonreír.

—No esperará que me lo crea, ¿verdad? Oiga esto monada: Cullie K. Pyle podrá ser tonto, pero no es ciego, y usted se parece tanto a Carol como un huevo a una castaña.

Dio media vuelta para salir pero le detuvo otra vez la voz de ella, al decir con el mismo tono dulce y acariciador que le sorprendió al principio, haciéndole pensar que procedía de un concierto de violines:

—Ya sé que Carol es pelirroja y yo no, pero lo que usted no sabe es que ella y yo somos hermanas.

Se volvió despacio. Ismail había ido a dejarse caer en un sillón, sonriente, y en aquel momento se llevaba un largo cigarrillo a la boca. Indicó, antes de que Kenny se hubiera recobrado de la sorpresa:

—Sí, señor Pyle, permítame que le presente a Nagada Farr; la otra, Carol, no tiene nada que ver en el asunto.

El joven clavó la vista un segundo en el tipo del *fez*, y luego en la muchacha. La cosa se estaba poniendo complicada en extremo, y no era él partidario de descifrar crucigramas antes de matarse las pulgas. Adoptó la única postura posible en un caso como aquél.

Contempló a los dos con despectivo gesto, y preguntó burlón, mirándoles de hito en hito:

—¿Y a mí, qué me dicen? ¿Se creen que yo he venido a El Cairo para hacerme cargo de un lío de familia?

Ismail quedó con el mechero en alto a punto de encender, y la sonrisa desapareció de sus labios. Iba a contestar, cuando Nagada le impuso silencio con una mirada. Ésta sonrió deliciosamente a Kenny, y le indicó un sillón próximo.

—Siéntese, señor Pyle; tenemos mucho que hablar, y necesariamente tendremos que hacerlo de mi familia. Me doy cuenta de su confusión, y reconozco que no le faltan motivos. En primer lugar, le diré que mi padre, al morir, me confió su secreto, dándome el encargo de que le buscara a usted, y diciéndome el día, la hora y el lugar donde podría encontrarle. Me dijo que una palabra bastaría para darme a conocer, y esa palabra es «Kartum». Usted respondería con otra: «Gordon»… —Hizo una pequeña pausa, al tiempo que se alejaba unos pasos. Luego se volvió a mirarle de nuevo, y elevó uno de los soberbios brazos desnudos para indicar con la mano el sillón que le ofreció antes—. Pero siéntese, ya le he dicho que tenemos mucho que hablar.

Él no se movió de donde estaba. Arqueó las cejas y sonrió. Se le había ocurrido una idea, y la puso en práctica al instante. Manifestó:

—Sigo sin comprender, nena; Kartum y Gordon no significan para mí más que dos nombres, y me parece haberlos leído en alguna parte, posiblemente en esos papelillos que sirven de envoltura a los chocolatines helados. Por lo demás, ignoro lo que quieren significar, y no me preocupa en absoluto.

Nagada, sonrió ahora, y Kenny se dijo que la chica sabía hacerlo.

—¿Quiere dar a entender con eso, señor Pyle, que renuncia a las acciones que vino a buscar?

—Oiga, encanto: ¿si tanto le interesan esas acciones, por qué no se las pide al que las tenga? Quizá le resultará más fácil la cosa, y hasta es posible que se hiciera con ellas sin costarle mucho.

—¿Cuánto?

La pregunta sobresaltó al joven, aunque la esperaba. Comprendió que su idea le había dado buen resultado, y decidió seguir explotándola por más que maldito si sabía a dónde le habría

de conducir. De una sola cosa estaba seguro: pisaba terreno firme.

—¿Qué ofrece por ellas?

—Digamos cincuenta mil dólares —contestó Nagada.

Chasqueó la lengua, y se aventuró más en el juego.

—Me parece poco; sé de quien da el doble y se quedará con las ganas.

—Pongamos doscientos mil, y ni una palabra más.

—Bonita cifra; le aconsejo que la inserte en los periódicos, en el «Al Misri», pongamos por caso, y que espere a ver lo que resulta —sonrió burlón, dando unos pasos hacia la puerta—. ¡Hasta es posible que le contesten! —concluyó.

Ismail saltó en el asiento como si le hubieran abofeteado, tratando de avanzar hacia él. Kenny le detuvo fríamente.

—¡Quédese quieto, mono! Sé salir sin necesidad de guía.

La cara de L. S. Carlin apareció en aquel instante por el hueco de la habitación que comunicaba con el *hall* de entrada. Sonreía desagradablemente, y llevaba en la mano una pistola con la que apuntó a Kenny.

—Adelante, Ismail —dijo—. Acércate al «pollo», y aligérale los bolsillos. Le tengo encañonado.

Abdull inició el avance de nuevo, enseñando los dientes al sonreír, mientras Carlin entraba en el *hall* sin dejar de apuntar a Kenny con la pistola. En aquel momento, la puerta de entrada se abrió de golpe, y la figura de Popadopulus se recortó en el marco. Los ojillos le brillaban y aparecía empapado en sudor, pero, no obstante, mantenía firme el arma con la que amenazaba a todos. Carlin soltó un taco, desviando la vista del joven para fijarla en el zambo griego, a la vez que su pistola se desviaba igualmente. Aquel instante lo aprovechó Kenny para dejar la habitación a oscuras, y saltar extendiendo el brazo hacia adelante, golpeando con fuerza. Oyó un gemido de dolor, y la explosión amortiguada de un disparo. Rápidamente echó a correr por el pasillo, encontrándose minutos después en la calle. Ya en ésta, mandó parar un «taxi» que pasó cerca, y dándole al chofer la dirección del hotel, se arrellanó en el asiento.

Miró hacia atrás. Durante unos segundos observó a través de la ventanilla por si era seguido, y al convencerse de que no lo era, se acomodó tranquilizado, a la vez que sacaba un cigarrillo y le

prendía fuego. Su cerebro trabajaba velozmente. Que había adelantado algo, no le cabía duda. Ya sabía, poco más o menos, lo que pretendían de él. Tanto Carol como Nagada estaban interesadas por su persona, y eran las dichosas acciones la culpa de ello. Pero… ¿dónde diablos estarían las acciones? Él no las tenía, y, sin embargo, acertó al primer tiro cuando dijo aquello de… Sonrió entre dientes y le pareció que la situación, durante las últimas horas, se había aclarado bastante. Había estado equivocado hasta entonces. No era él la gallinita ciega, ni había corro; por el contrario, había varias personas con la venda puesta, y corrían tras él dando palos de ciego por alcanzarle. ¡Y el caso era que se habría dejado coger de tan buena gana por cualquiera de las dos hermanitas…!

Chasqueó la lengua y movió la cabeza, pensativo. Cuando llegara el momento, trataría de averiguar cuál de los dos bombones era el que tenía más azúcar.

El «taxi» se detuvo a la puerta del «Fuad Hotel», y Kenny dejó unas monedas en la mano del conductor. Atravesó el vestíbulo, saludando con un movimiento de cabeza al hombre-sonrisa una vez que éste le hubo entregado la lleve de sus habitaciones, y se introdujo en el ascensor que le esperaba. Al llegar al piso, echó a andar con dirección a su cuarto y, al aproximarse a él, le pareció ver luz. Pensó que ya iban siendo muchos los que tomaban aquello por una sucursal de la O. N. U., y decidió que ya era hora de tomar medidas drásticas.

Frunció las cejas y apretó las mandíbulas. Con un rápido movimiento se llevó la mano hacia la funda de la sobaquera, sacando la pistola; y andando sobre las puntas de los pies, se acercó a la puerta, escuchando a través de ella durante unos segundos. Alguien estaba dentro, y al parecer se movía silenciosamente. Empuñando firmemente el arma, empujó la puerta, abriéndola con suavidad. El fulano que vio le gustó poco, pero el resto le gustó menos. El tipo estaba vuelto de espaldas, y en aquel instante se agachaba como si buscara algo. Kenny agarró la pistola por el cañón a manera de maza, y dando un salto tremendo cayó sobre el, dispuesto a golpearle en la nuca.

Se detuvo, con el brazo en alto. El intruso se había vuelto al

oírle llegar, y los ojos azules y la sonrisa de niño grande de Pop, el reportero del «New York Herald», acogieron su impetuosa entrada en las habitaciones.

CAPÍTULO III

Lentamente bajó el brazo y se quedó mirando a su amigo, quien se había incorporado del todo. Giró luego la vista en derredor abarcando con ella la terrible confusión que se veía en el cuarto, y enfundó la pistola.

Pop, en tanto, sin perder la sonrisa, había logrado hacerse con una botella y se la aplicó a la boca, echándose al coleto cuatro dedos de su contenido. Se limpió con el dorso de la mano, y se la alargó a Kenny.

—¡Bueno! —exclamó—. Creí que tenía que ir pensando en poner un anuncio para dar contigo, en el supuesto de que aún continuaras con vida. ¿Quieres decirme qué significa esto? Porque no creo que te hayas vuelto loco y te haya dado la manía por destrozar los muebles.

Kenny bebió de la botella otros cuatro dedos más, y buscando un sitio donde sentarse, lo hizo al fin, en un sillón que parecía haberse salvado del terremoto. Dejó la botella en el suelo, y miró a su amigo.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿Aquí? ¡Tú lo sabrás! Lo único que puedo decirle es que hace más de media hora que terminé de cursar el despacho y me dije que no me vendría mal un poco de charla contigo. Así que, me vine para el hotel, pregunté a ese mico con pimiento morrón que hay a la entrada, por el número de tus habitaciones, y al llegar a la puerta y ver que no estaba cerrada, entré sin llamar, pensando que habrías abierto tú para dejar correr el aire. Me sospeché algo y no bueno, al ver que no contestabas cuando te llamé, y di la luz. —Abarcó la estancia con un movimiento de manos—. No está mal, ¿eh? El tío que hizo el trabajito parece que se ensayó antes en un *speah*[6] de Chicago, durante los tiempos Al Capone. —Dio unos pasos por la habitación, que semejaba en aquel momento a un campo de batalla,

y quedó plantado frente a Kenny—. Oye: ¿Quieres decirme dónde me siento? Porque el único sitio útil lo ocupas tú, y era donde yo asentaba las posaderas antes de que llegases.

Kenny lanzó una mirada por el cuarto, yendo a detenerla al fin en los restos de lo que constituyó su cama. Indicóle con el índice el desgarrado colchón, y se retrepó en el asiento.

—Hazlo ahí, Pop. Como verás, este hotel no tiene muchas comodidades.

Alargó el brazo para coger la botella, y echó un nuevo trago, lanzándosela a su amigo. Éste la terminó de apurar y luego, con un profundo suspiro, la estrelló contra la pared.

—¡Bien! —exclamó a poco—. Ya habrás visto los resultados de ir detrás de esa socia que me dijiste: su amigo no te lo perdona.

—¡Paciencia, Pop! La chica me gusta, y he de conseguirla aunque me cueste.

—¿Vale mucho?

La pregunta fue hecha sin intención al parecer, pero Kenny sabía con quién tenía que habérselas, y no descubrió su juego.

—Para mí sí. Es una buena pieza.

—Lo supongo; no le irías detrás con la artillería a punto, de lo contrario. Por cierto que, si me descuido, me atizas. Oye; ¿es costumbre tuya recibir a los amigos manejando el revólver como un martillo?

—A los amigos, no, pero… ¿cómo iba a suponer que eras tú quién estaba en mis habitaciones?

—Es verdad. —Se levantó de donde se hallaba, y, con una sonrisa jugueteando en los labios, se aproximó a Kenny. Le contempló en silencio durante unos segundos—. ¿Qué piensas hacer?

Kenny se alzó sin decir nada, y recorrió la habitación, fijándose en los destrozos que había en ella.

—¿Qué te parece si nos largáramos? A lo mejor, el fulano que hizo esto no terminó su trabajo del todo, y le gustaría concluirlo a su manera. Hasta es posible que esté esperando vernos salir para volver de nuevo.

—¿Le conoces?

—No; pero, como verás, ha dejado su tarjeta.

—Cumplido el tipo, ¿eh? ¿Qué te parecería, Kenny, si antes de

salir, echaras un vistazo a lo poco que ha dejado de tus efectos personales? Me pareció haber visto algo de lo que fueron tus maletas, en alguna parte, y…

—No necesito hacerlo, Pop: lo que haya quedado de ellas y su contenido, no nos serviría de gran cosa en estos momentos. Creo que lo mejor que podemos hacer es ir a echar un trago. Tú sabrás dónde, ¿no?

—Desde luego.

Kenny tomó del brazo a su amigo, y salió con él después de convencerse de que allí no dejaba nada que pudiera servir a un gato para afilarse las uñas.

Bajaron hasta el vestíbulo, dirigiéndose hacia el escritorio donde el empleado les acogió con la sonrisa de costumbre, y abrió éste una boca de a palmo cuando Kenny le dijo poco más o menos la situación en que se encontraba el cuarto número 322. Prometió que tendría dispuestas nuevas habitaciones a Cullie K. Pyle cuando éste volviera, y salió corriendo en busca del gerente del hotel, moviendo las babuchas a una velocidad increíble sin que se le salieran de las apisonadoras donde las llevaba.

Ya en la calle, echaron a andar sin que mediara palabra entre ellos. Pop miraba a su amigo, y éste parecía enfrascado en la contemplación de cuánto veían sus ojos, por más que se preguntaba una y otra vez quién habría sido el vándalo que había llevado a cabo la hazaña de dejarle exclusivamente con lo que llevaba encima. Indudablemente, pensó, se iba haciendo popular en El Cairo, y de continuar allí mucho tiempo, terminarían por no admitirle en ningún hotel como no fuera para hacer propaganda de una Compañía de Seguros.

Se encaminaron, siguiendo por la céntrica calle, hasta llegar a un bar situado a la entrada de uno de los cincuenta y tres «harah» o barrios de la ciudad árabe, en el término del moderno barrio, y tomaron asiento en la barra ante sendas copas de *brandy*. Lo paladearon un segundo, lanzando una mirada circular al establecimiento, el cual, se hallaba casi desierto a aquellas horas, volviendo luego la vista al barrigudo sujeto con *fez* que se hallaba tras el mostrador, y que parecía muy atareado en darse cachetes para espantar las moscas que se lo comían.

—¡Bueno! —exclamó Pop, cuando dio fin a la segunda copa—.

¿Cuándo has llegado?

—Hoy.

—¿Hoy? ¡Chico y qué manera de trabajar! ¿Lo anunciaste por la radio?

Negó Kenny con la cabeza. Pop le puso una mano en el brazo, y miró de reojo al dueño del bar para convencerse de que no les prestaba mucha atención.

—Escucha, viejo —dijo—. Me importa poco lo que te haya traído a El Cairo, y menos aún lo que pueda ocurrir, pero tú sí me importas, y precisamente por eso estoy ahora contigo. Las cosas no marchan bien en Egipto, y yo diría que muy mal en todo el Oriente. No es necesario que te ilustre en lo que seguramente sabes ya, y, precisamente por ello, no hago historia. Ahora bien, estamos en un país extranjero, el brazo del Tío Sam es muy largo, pero a veces no puede estar en todos los sitios o, por lo menos en el sitio donde te encuentres tú en determinado momento y en determinadas circunstancias. La Liga Árabe anda haciendo de las suyas, y por su parte ciertos países que no pertenecen al bloque, se mueven como si estuvieran atacados de epilepsia. Los que tomaron parte en la guerra pasada con nosotros como aliados, continúan pareciéndolo pero no lo son. Cada potencia sabe a dónde va, y vete a saber cuál de ellas empezó el lío que se avecina. Si has venido aquí, como supongo, para tomar parte en el juego, mejor será que andes listo y no te duermas antes de que te veas tocando el arpa. Me disgustaría saber que te había ocurrido algo y que tenía que borrar tu nombre. Si vas a volar, revísalo todo y no te olvides del paracaídas.

—Lo sé, Pop; ya hice todo eso que dices antes de salir de los Estados.

—Conforme, entonces. Si algo necesitas de mí…

—Lo recordaré. Quizá pudiera llegar a necesitar un socio.

—Ése soy yo. No ando muy fuerte en egiptología ni me ha gustado nunca hurgar en hipogeos, pero si alguna momia se atraviesa en mi camino, procuraré sacudirla como a una alfombra antes de averiguar su nombre. ¡A propósito de nombres! ¿No sabes cuál es el del tío que fue a visitarte en el hotel antes de que yo lo hiciera?

—No. —Se llevó la copa a los labios, y chasqueó los dedos para que el barrigudo del *fez* les volviera a servir—. Oye, Pop —dijo,

cuando aquél volvió a entretenerse de nuevo con las moscas, que al parecer constituían su pasatiempo favorito—: ¿podrías decirme algo de un tal Percy Farr? Tengo entendido que lo mataron hace nueve días… no sé dónde.

Las pupilas del reportero se achicaron, y se reconcentró un segundo. Al cabo de él, movió la cabeza con lentitud, y como pesaroso por no hallar la respuesta que quería.

—Lo siento, Kenny; no puedo decirte nada; ¿es por ese Percy por lo que has venido?

—En parte, nada más; parece ser que era algo popular el hombre, y me hubiera gustado saber algo de su vida.

—¿Dónde le mataron?

—Lo ignoro. No sé más de él que lo que termino de decirte. ¡Ah! Puedo añadir que lo hicieron de noche, y por la espalda. No es mucho, ¿verdad?

Pop se echó al coleto de un trago la copa de *brandy*, y se le animaron los ojillos.

—Escucha esto, Kenny: Si tú andas tras los que hicieron la faena con ese Percy, y bien veo que sí, lo haré contigo, y al diablo todo. Estoy harto de enviar artículos a Nueva York hablando de petróleo y de la nueva *pipe line* a lo largo del Canal. Desde que acabó aquello del Pacífico, no sé lo que es un fregado gordo, y ya voy teniendo ganas —sacudió en el mostrador con el puño—. ¡Eh, amigo! ¿No ha visto que nos hemos quedado secos? ¿Qué hace con la botella?

El del *fez* aplastó una mosca que se descuidó en el despegue, y se levantó del taburete como movido por un resorte. Llenó las copas hurtando la nariz a los pegajosos insectos que habían tomado su cara por un campo de aterrizaje, y se iba a llevar consigo la botella, cuando Pop se la arrebató de entre las manos. Continuaron él y Kenny bebiendo hasta apurarla, y cuando la hubieron dado fin, el reportero propuso ir a un sitio que conocía, no lejos de aquél, y donde podrían matar unas cuantas horas y trabar conocimiento con nuevas botellas. Salieron del bar cogidos del brazo, y se internaron por una calleja donde las azoteas de las casas dejaban, de un lado a otro, el espacio justo para ver un trocito cuerno de la luna que parecía la pulida hoja de una cimitarra.

Cuando Kenny dejó a Pop a la puerta del hotel donde éste vivía, para dirigirse al suyo, se sentía otro hombre. Siguió al mejor

exponente dental del mundo hasta las nuevas habitaciones que le habían destinado, y antes de cerrar la puerta dejó unas monedas en la mano del sonriente individuo. Entreabrió las persianas porque se ahogaba de calor, y tras observar someramente las habitaciones, y ver que se diferenciaban de las que había ocupado antes de que éstas no habían servido de objetivo a la bomba atómica, se acercó al lecho. Sentóse en él, procediendo a quitarse los zapatos, una vez despojado de la chaqueta, y, cuando se hubo desvestido casi de una manera total, sacó el revólver, colocándolo debajo de la almohada. Prendió fuego a un cigarrillo, tumbado boca arriba en el colchón, y entornó los párpados. Con la imaginación puesta en Carol y en Nagada, se quedó dormido soñando que las dos «chavalas» se disputaban estar junto a él y que se peleaban por besarle.

Le despertaron los ruidos de la calle, el sol que le dio en la cara y el zumbar cielos insectos. Abrió primero un ojo que cerró al punto, deslumbrado, y se llevó las manos a la cabeza.

Mientras se duchaba, recordó que había bebido bastante la noche anterior y que, de continuar haciéndolo, no progresaría en la misión que le encomendaron en Egipto. Decidió que ya iba siendo hora de ponerse en contacto con el Departamento, lo que equivalía a decir con Clement, que tenía necesidad de pensar o hacer algo que acelerara los acontecimientos. Ya que se había convertido en la figura principal de lo que él denominaba «la carrera por las acciones» forzaría la marcha hasta conseguir que alguno de los que tomaban parte en ella, se saliera de la pista.

Terminó de vestirse, no sin revisar de nuevo el revólver, que metió en la funda colocándose la correa de esta sobre el hombro izquierdo, y, tras dejar echadas las persianas y asegurarse de que el ventilador estaba parado, salió del cuarto cerrando con llave la puerta, convencido de que serían inútiles las medidas que adoptase para impedir que pudieran entrar en él.

Rehuyó las explicaciones del hombre-anuncio cuando llegó al *hall* del hotel, empeñado el pobre en hacerle saber que la gerencia tomaba a su cargo el indemnizarle por los desperfectos sufridos en los artículos de su propiedad, y calándose las gafas de sol, salió a la calle, encaminándose al
«Sheapeard’s».

Ya en éste se dirigió a la estafeta de Correos allí establecida, y

cursó un despacho a la firma «W. Carrigan y Stephen, Corporation», solicitando aclaraciones para desenvolverse en su cometido. Luego se acercó al bar de Jo, y al ver que éste parecía adormilado como de costumbre, y que apenas si le dirigió una mirada atento a los preparativos de sus empleados y a los escasos clientes que tenía, abandonó el «Long Bar», saliendo a la calle de nuevo.

Se entretuvo durante un rato en los jardines del Ezbekyeh y en la plaza de Saladino, contemplando en ésta los rápidos giros de los milanos y su velocísimo vuelo. Anduvo por espacio de varias horas recorriendo la ciudad codeándose con astrosos mendicantes, con turbas salidas del corazón de África o de la Arabia, con limpiabotas que parecían quererle despojar de los zapatos, y con veladas mujeres que se le antojaban hermosas y que le miraban de reojo, al pasar.

Cuando el sol calcinaba la tierra y la transpiración le empapaba la piel, regresó al Fuad, no sin antes haberse provisto de nuevas maletas, de un par de trajes, varias camisas de «*sport*» y dos pantalones cortos. Cargó con todo ello un chiquillo con patas de jirafa y unos ojos que parecían el exponente de una mina de carbón inglesa, que galopaba diez pasos por delante de él, vociferaba sin cesar, y le abría camino como si fuera un tractor en un campo de manglares.

Terminaba de hacerse cargo uno de los berberiscos del hotel, de los bultos que portaba el chiquillo, y éste se retiraba haciendo zalemas a la vista de las monedas que le dio Kenny, cuando descubrió el joven, apostado frente a la puerta del hotel a Popadopulus. El zambo griego tenía un ojo de luto, y Kenny se dijo que debía ser en memoria de cierto golpe que atizó a ciegas en el «Mena House» y en las oscurecidas habitaciones de Nagada.

Pensando en ésta y en Carol, se dirigió al comedor, y cuando hubo satisfecho a medias su apetito, subió a sus habitaciones dispuesto a pasar las horas que le quedaban libres, antes de ir a reunirse con Pop de nuevo, de la única manera que podía hacerlo en un país como aquél, donde los rayos ultravioleta los daban gratis y en gigantescas proporciones.

Apenas si se había quitado la chaqueta y prendido fuego a un cigarrillo, cuando le pareció que arañaban en la puerta. Lanzó una mirada al revólver que había tirado encima de la cama, titubeando

entre tomarlo o no, y se acercó a abrir diciéndose que era pronto para emplear la artillería.

La cara de la pelirroja, le sonrió desde el marco.

—¿Puedo pasar, Kenny?

—¡Adelante, monada! Ya iba siendo hora de que nos encontráramos de nuevo.

Se hizo a un lado para dejarla, pasar, no sin antes lanzar una mirada al revólver. Cerró la puerta de la habitación indicando a Carol con la mano que podía sentarse, y se dirigió en busca de la botella de *whisky*. Llenaba parte de un vaso para ofrecérselo, cuando ella le detuvo.

—Si es para mí, no se moleste Kenny; no pienso beber.

—¿No, rica? ¿Tan mal te sentó la vez que lo hiciste conmigo?

—No es eso, Kenny; simplemente, no bebo.

—Bien, lo haré yo por ti, y en paz. —Se llevó el vaso a la boca, apurándolo, sin dejar de observarla—. ¡Bueno! Ya podía esperarte en el jardín de Groppi. Creí que me habías mandado allí para entrevistarme contigo y no con el mono que me estaba esperando. ¿Vienes enviada por tu hermanita, o lo has hecho pensando en mí tan solo? Te advierto que ya me voy acostumbrando a veros, y el día que no tenga a alguna de las dos al lado, me voy a sentir más solo que un gorrión en una colmena. —Dejó el vaso y contempló a Carol como si la terminara de ver—. Oye: ¿has vuelto para admirar mi nueva residencia o para convencerte de que existo? Si es por lo primero, te diré que las habitaciones que ocupaba no me gustaron, y decidí trasladarme a éstas y, si es por lo segundo, te autorizo a que me pellizques hasta que estés segura de que no me falta ningún trozo.

—¿Quiere callar?

—Lo haré cuando hables tú. Desde que has entrado, no haces más que mirarme como si mi cara fuera una exposición de dibujos de Walt Disney.

Ella permanecía aun en el centro de la pieza. Le dirigió una mirada sin que pudiera precisar Kenny su alcance, y dándole la espalda se encaminó al lecho. Él la atajó antes de llegar. Se apoderó de la pistola, y sonrió a la muchacha.

—No quisiera que pudieras hacerte daño con este juguete. Las chicas como tú sois aficionadas a los despropósitos, y pudiera darte

por jugar y apretar el gatillo.

—¿Piensa que iba a hacerlo?

—¡Quién sabe, nena! Lo mejor será que no lo intentes. Soy algo bruto cuando me desbarato, y te advierto que, aunque no parezca yanqui, no quisiera hacerte demostraciones en ese sentido. Nunca me ha gustado arrear a una dama más allá de los azotes necesarios para hacerle ver cuál de los dos era el encargado de dirigir la orquesta.

Se echó la funda sobaquera al hombro, y contempló a Carol de nuevo. Ésta se había dejado caer en la cama, y Kenny se dijo que la chica parecía haberle tomado afición. Por lo menos, lo que no dejaba a lugar a dudas era que se encontraba bien allí. Tan bien, que si a él le garantizasen hallar chicas como aquélla en los propileos, se pasaría la vida yendo de un templo a otro.

Con el cigarrillo entre los dientes, fue a sentarse en un sillón sin perderla de vista.

—Cuando quieras, guapa; tómate el tiempo que necesites.

—¿Qué le dijo Negada?

—¡Ah! ¿Ya has reventado al fin? Estaba haciéndome la idea de que no ibas a hablarme de eso. Bueno, ya que lo quieres, te diré que la charla que sostuvimos careció de importancia. Se redujo todo a un estira y afloja, hasta llegar a cierta cantidad.

—¿Puedo saberla?

—¡Por qué no, preciosa! Doscientos mil del ala.

—¿Y usted?

—Indiqué a tu hermanita cierto periódico para que insertase esa cantidad y la que tú pudieras ofrecerme. ¿Cuánto te parece que valgo yo?

—Aún no lo sé.

—No tardarás en averiguarlo, nena; claro que tienes que darte prisa en hacerlo, si quieres tratar conmigo. El mejor día me marcho sin decirte adiós, y no vuelves a verme el pelo en tu vida.

—No lo hará sin las acciones.

—¿Quién te ha dicho que me iría sin ellas? Están bien seguras en mis manos.

Carol sonrió, y entornó los ojos. Le miró por entre las pestañas, y Kenny se dijo que, como continuara haciéndolos jugar de aquella manera, se vería obligado él a reconocer su fracaso en la partida.

La pelirroja le estaba resultando un jugador de ventaja.

—¿Me da un cigarrillo, Kenny?

Buscó el paquete de rubios, y alargó uno a Carol sin alzarse del sillón. Ella, sin dejar de sonreír, abandonó la cama para ir a cogerlo. Esperó con él en los labios a que el joven le diera lumbre, y volvió a entornar los ojos mientras expelía el humo.

—No me ha preguntado aún por qué no fui al Groppi. ¿Es que no le interesa saberlo?

Él se echó hacia atrás en el sillón, levantando la cabeza para mirarla. No le gustó la expresión de burla que vio en las pupilas de Carol, y, por un momento, pensó si la visita de ella no tendría otro objeto que ése.

—¿Por qué iba a creerlo? —replicó incisivo, mirándola de través —. Supongo que pensaríais Negada y tú que el tipo que fue allí era suficiente para lo que teníamos que hablar.

—Yo no envié a Ismail a buscarle, Kenny, precisamente porque él se encontraba en el Groppi, no entré yo, aplazando la entrevista que había convenido.

—¡Hola! ¿Entonces, cómo sabía él que yo acudiría?

—No lo sabía. Carlin avisó a Ismail, y éste le siguió hasta el café. Popadopulus me advirtió a tiempo.

—¡Ah, el zambo! Ahora que me hablas de él, guapa, te diré una cosa: Procura que no vuelva a encontrarse conmigo, si quiere conservar sano el otro ojo. A veces me da por liarme a mamporros para ejercitarme, y pudiera cerrárselo. Ese griego me cansa más que una carrera de diez millas con zancos y vallas. Si supiera que esa morsa era el culpable de haberme tenido que trasladar aquí, le iba a dejar el pellejo para que hicieran odres con él los que se dedican a regar las calles de El Cairo.

—Popadopulus no registró sus habitaciones.

—Fuiste tú, ¿no?

—No. No necesitaba hacerlo. Sabía que no encontraría nada.

—¿Te refieres a las acciones, quizá?

—Me refiero a las acciones. Yo sé que usted no las tiene aún, pero Negada no estaba muy segura de ello, o por lo menos de no encontrar algo que pudiera servirle para saber dónde se ocultan.

Kenny la miró ahora rectamente a los ojos.

—¿Tú lo sabes?

Carol se llevó el cigarrillo a la boca, con lentitud. Dio una larga chupada, y dejó salir el humo por los abiertos labios. Volvió a sonreír, burlonamente.

—De eso quería hablarle —dijo—. Ya le expliqué la vez anterior que mi padre me envió aquí antes de su muerte para…

—¿No sabes otra clase de cuento, rica? Ése ya me lo han dicho por partida doble en el término de veinticuatro horas, y me va resultando aburrido. Nagada lo cuenta tan bien como tú.

—No lo dudo. Nagada oyó algo de lo que mi padre me decía, pero no todo. Ella y yo no nos hemos llevado bien nunca. Por lo menos desde…

—¿Desde qué?

—Desde que ella empezó a frecuentar cierto trato de gentes, y a interesarse demasiado por los asuntos de mi padre.

—¿Y tú, qué? Por lo que veo, no sólo te interesabas por los de él, sino que también lo haces por los míos. Escucha, monada… ¿por qué no lo dejas todo y te vuelves a casita? Tu mamá te estará esperando, y sería una lástima que te ocurriera algo no estando ella delante.

Sonriendo, la pelirroja, se dirigió hacia la puerta.

—En eso estaba pensando, Kenny —dijo por encima del hombro, al pasar por su lado—. Me vuelvo a casa. Claro —añadió— que no lo haré sola. Usted me seguirá en el momento que se dé cuenta de que sin mí no consigue nada de lo que vino a buscar a Egipto. Mi padre, por lo menos, así me lo prometió antes de morir y, que yo recuerde, nunca faltó a una promesa. —Se volvió a él—. Ya que no me lo pregunta, le diré dónde me puede encontrar. Vaya a Kartum, y alójese en el «Gordon Hotel». No tardaré en enterarme de que ha llegado.

Kenny se alzó del sillón con parsimonia, y se acercó despacio. Ya junto a ella, la miró fijo a los ojos.

—¿Has terminado ya, verdad, cielito? Pues bien, mi contestación es ésta: No iré a Kartum. Y ahora, ¡lárgate de una vez y no vuelvas a entrar en mi cuarto! El papel de hombre bueno no me va, y tú eres capaz de hacer perder el equilibrio a un alambrista.

La cogió de una muñeca con fuerza empujándola hacia la salida. Abrió de golpe, y la plantó en medio del pasillo. Cerró la puerta tras Carol, mientras ésta se acariciaba la parte lastimada, y apoyó los

hombros en la madera. La voz de la pelirroja le llegó en un susurro:

—Irá a Kartum, Kenny. Acuérdese de lo que le digo: Irá a Kartum. Cuando lo haga, abra bien los ojos y no sea tan confiado.

Oyó los pasos de ella alejarse, y, lanzando un suspiro, se aproximó a la botella de *whisky*, sirviéndose un trago de la misma. Miró hacia el ventilador colocado en el techo como si quisiera impulsar sus revoluciones, y cerró por completo las persianas. Lentamente se dirigió al lecho, tumbándose en él, colocando la pistola debajo de la almohada, al alcance de la mano, diciéndose que quisiera haber visto a Clement en su lugar delante de la pelirroja, apretó los párpados, dispuesto a dormir, empleando para ello el viejo sistema de recordar párrafos enteros de los libros de texto que hubo de leer cuando cursaba las primeras letras en un colegio de Ohio.

Semidormido ya, le pareció oír un pequeño roce en el cuarto, y abrió los ojos tratando de incorporarse. El cañón de una pistola se le clavó en las costillas, y la voz de L.
S. Carlin
le contuvo.

—No se mueva, Cullie; sea buen chico, y estese quieto. No queremos hacerle daño.

El hombrecillo le hablaba con suave voz, pero el brillo de los ojos desmentía el significado de sus palabras. Cerca de él le contemplaba, con la fijeza de una serpiente, Ismail Abdull. Las manos de éste recorrieron su cuerpo, vaciándole los bolsillos. No encontrado en ellos lo que buscaba, le quitó los pantalones volviéndolos del revés para mejor examinarlos, tanteando pliegue por pliegue, costura por costura. Terminó por arrojarlos lejos con un rugido, y clavando la vista en Kenny, le quitó los zapatos y los calcetines. Una vez examinado todo ello con prodigiosa meticulosidad lo tiró igualmente al suelo, procediendo a registrarle la chaqueta. De allí pasó a recorrer la habitación, deteniéndose en cada uno de los sitios que le pareció podía ocultar algo, y en breves minutos, el cuarto de Kenny presentaba un aspecto desastroso.

Volvió el joven la vista seguido por la vigilante mirada de Carlin, quien le puso ante las narices el feo tubo de un silenciador ajustado al cañón de la pistola, y pudo ver las maletas recién compradas hechas tiras, su ropa nueva destrozada y amontonada en

un rincón, y los cajones de los muebles por el suelo, volcados. Kenny pensó que los tipos sabían hacer bien las cosas, y que no las dejarían sin terminar pudiéndose tomar tiempo para ello. Y tenían tanto como él, con la particularidad de que ellos daban las cartas, y a él sólo le correspondía observar el juego.

Presionó con la cabeza en la almohada para convencerse de que no le habían quitado la pistola, y trató de hacer un movimiento encaminado a apoderarse de ella. Se arrepintió en el acto. Carlin le atizó en los dientes y, de no tener cerrada la boca en aquel momento, se habría visto obligado a masticar durante el resto de su vida al disponerse a hacer la digestión.

—Podría ahorrarse muchas molestias —dijo el hombrecillo, golpeándole de nuevo—. ¡Con lo fácil que resultaría la cosa! —dejó la mano en el aire, amenazando con repetir la serie, y le sonrió con los ojillos—. ¡Vamos, chico listo, ayúdenos! ¿Dónde están?

Kenny separó los labios pero no habló. Carlin achicó las pupilas, y dejó caer la mano. Esta vez el golpe fue más fuerte, y le aplastó la nariz haciendo que las lágrimas asomaran a sus ojos. Otro igual, y cualquiera que le viera en aquel momento podría tomarle por un rorro a quién le hubieran quitado el chupete de la boca.

—¿No quieres decírnoslo, Cullie? —Acompañó la pregunta con un metido de parecida potencia dado con el borde, y Kenny se dijo que si continuaba la función, terminaría por no ver a los cómicos—. ¿Qué hace? ¿Proseguimos la solfa, o se decide de una vez?

—¿No le parece que podría cansarse, amigo?

Carlin sonrió ahora abiertamente. Le zumbó con el cañón del arma entre los ojos, y gorgoteó una risita en su garganta.

—Si es eso lo que le preocupa, Cullie, puede estar tranquilo. Aún me queda cuerda para rato —enarcó las cejas y se inclinó hacia él, poniéndole el cañón de la pistola debajo de la barbilla—. ¿Qué, va a hablar o seguimos repasando la lección?

—Primero me gustaría saber de qué lección se trata, para no parecer tan torpe. Si he sacado bola, estoy esperando que me diga el número.

—¡Oh, si no es más que eso!… Se trata de unas acciones, Cullie, de unas acciones que usted vino a buscar, y que podría o no tenerlas pero que, desde luego, sabrá dónde se ocultan.

—¿Qué clase de acciones?

Carlin le arreó un zurrióloy suspiró bajo.

—¡Vamos, no me haga reír! Sabe usted tan bien como nosotros la clase de acciones que son, y no va a hacernos perder el tiempo dándoselas de ignorante —cambió una mirada con Ismail, quien se le había unido y miraba a Kenny como una zorra a una gallina, y prosiguió—: Bueno, ya le he dicho el número de la bola; ahora repase la papeleta, y suelte, la lección de carrerilla. De lo contrario, va a ver más estrellas juntas que en el reparto de una producción de Samuel Goldwyn.

Kenny trago saliva. La posición en que se encontraba no era la más a propósito para dárselas de héroe, y la decoración que habían preparado para que representara el papel, le iba menos que hallarse sin pantalones y en camisa. Aquellos fulanos no entendían de arte una palabra, y se dijo que, como llegaran a cansarse, podían hacer de él algo que sería difícil de identificar por los investigadores más calificados del Departamento.

Movió la boca para decir que el cañón de la pistola le imposibilitaba hablar con desenvoltura, pero unos golpes dados a la puerta de la habitación con los nudillos, y la presión que la mencionada arma hizo sobre él, le obligaron a permanecer quieto, conteniendo la respiración. Los golpes, se reprodujeron, y la voz aflautada del hombre-sonrisa, se escuchó a través de la puerta.

—Señor Pyle. Señor Pyle… ¿Está usted, señor Pyle?

De buena gana hubiera dicho que sí; pero Carlin no parecía dispuesto a dejar que lo hiciera, y en cuanto a Ismail, daba la sensación de que iba a saltarle al cuello de un momento a otro. Prefirió hacerse el mudo y el sordo, hasta que tuviera ocasión de demostrar lo contrario, y albergó en su mente la esperanza de que, al anuncio dental, le diera la ocurrencia de abrir para echar un vistazo.

Más por lo visto, el tipo no era curioso, y se largó pasados unos minutos. Se oyeron sus pasos alejándose, y Kenny sorprendió una señal de inteligencia en las miradas que cruzaron Carlin y el del *fez*. El cañón de la pistola dejó de ejercer presión en su garganta, y la tuvo ante los ojos antes de que se hubiera dado cuenta de ello. La vio alzarse en el aire, y le pareció que algo estallaba dentro de su cabeza. Hizo un movimiento de rebeldía, pero le volvieron a atizar de nuevo. Creyó oír algo así como ¡plof! y se quedó despatarrado en

la cama.

Cuando despertó, tuvo la impresión de que se había mareado o de que tenía los tornillos sueltos. Se tiró de la cama haciendo más eses que una carretera de segundo orden, y cómo pudo se llevó la botella de *whisky* a la boca. Apuró a pequeños tragos lo que de ella restaba, y dejándose caer en el sillón, esperó a que el líquido hiciera su efecto. Cuando consideró que podía probar a ponerse de pie, reunió las energías que le quedaban, y bamboleándose como si se hallara en la cubierta de un buque en un día de borrasca, se acercó a donde estaban sus zapatos y los calcetines.

Un cuarto de hora después salía de la habitación, dirigiéndose al encuentro del hombre-sonrisa, quien desorbitó los ojos al contemplar las señales que presentaba Kenny en la cara como resultado de la sesión privada que había tenido. Antes de que el joven hubiera podido hablar, le tendió una carta que éste tomó, fijándose en el remitente del sobre. Al leerlo, lo abrió, sacando dos pliegos de papel. Uno de ellos estaba escrito a máquina, y no le fue difícil deducir quién se lo había enviado. Decía así:

> «Asunto Percy se aclara, aunque no del todo. Cuando le remitimos a usted la anterior, recibimos esta que acompañamos para que la lea. Si continúa con la cabeza en su sitio, sacará de su lectura algo de interés. De lo contrario, mejor será que lo comunique y le reservaremos pasaje en el primer avión. Recuerde que hay un museo en El Cairo dedicado a la conservación de antigüedades».

Sonrió Kenny al terminar de leer la carta a él dirigida, y se dijo que Clement, el día que éste muriera, buscaría la forma de zaherirle desde el infierno. Desdobló el otro pliego de papel, y recorrió las escasas líneas escritas a mano, con celeridad. No era mucho su contenido. Apenas si unas cuantas palabras trazadas aprisa, con rasgos firmes.

> «Temo que vaya a ocurrirme algo. Busquen en Kartum. Kartum. Allí están las acciones.
>
> »*Percy*».

Lo volvió a leer. Miró al desmirriado tipo de detrás del escritorio, y se informó por este de cuándo salía el primer tren para la capital del Sudán. Al enterarse de que faltaba media hora para la partida, salió corriendo hacia el ascensor, con dirección a su cuarto. Ya en éste revolvió un segundo por entre lo que quedaba de sus efectos personales, y cerrando la puerta salió con ellos bajo el brazo, diciéndose que le gustaría ver la cara que pondría el gerente del hotel cuando viera el estado en que quedaba la habitación bis que le habían habilitado para que la ocupase.

Rápidamente trazó unos renglones en un papel de cartas que solicitó del risueño empleado del «Fuad», y metiéndolo en un sobre, escribió en él la dirección del hotel donde se hospedaba Pop. Luego satisfizo el importe de su alojamiento, y salió a la calle.

Poco más tarde se encontraba en un confortable *sleeping-car* mirando por la ventanilla del vagón, y el tren se ponía en marcha tras los preliminares pitidos.

CAPÍTULO IV

Las mil cuarenta y tantas millas de distancia que separan El Cairo de Kartum, las realizó Kenny en el tren que le llevó al Sudán, a través de un monótono y desértico paisaje, alterado de vez en vez por la fascinadora visión del Nilo.

Al salir de la estación mandó parar un *taxi*, dándole al conductor la dirección del «Gordon», y se acomodó en el asiento llevado de los diablos por haber tenido que hacer algo que le repugnaba. Esto es: desdecirse. Se imaginaba ver la cara de la pelirroja cuando le echara la vista encima y la sonrisa burlona con que le acogería de nuevo. Indudablemente la chavala aquélla sabía del asunto bastante más de lo que él había supuesto, y no tendrías más remedio que reconocerlo así. Por otra parte, maldecía en su fuero interno a Clement y al Departamento a cargo del citado individuo, diciéndose que bien le podían haber aclarado en la carta que terminaban de enviarle, qué clase de acciones eran las que había ido a buscar.

Releyó ambas cartas por cuarta o quinta vez en el interior del vehículo, terminando por hacerlas pedazos y dejarlos ir por la abierta ventanilla. Su situación no había mejorado. Podía, en verdad, decir que se encontraba más cerca del final que antes pero, no obstante, le parecía que corría en círculo y que, de no surgir algún indicio que le guiara, terminaría por caer reventado en la carrera sin pisar la cinta.

Mordiendo el cigarrillo como si quisiera convencerse de que conservaba el teclado intacto a pesar de los golpes recibidos, penetró en el *hall* del hotel que llevaba el nombre del militar cuya original estatua vio cuando iba en el taxi, y que se hizo célebre por haber armado la marimorena con los dervicres para dejarse finalmente la piel entre las uñas de éstos.

Aproximóse al *comptoir* pidiendo habitación, y su asombro rayó en los límites de la imbecilidad cuando el cara de betún que se

hallaba a la otra parte enseñando los incisivos, le preguntó en un inglés de academia mala, «si no sería, por casualidad, Míster Cullie K. Pyle».

Dijo que sí con la cabeza, lo que le recordó al hacerlo que tenía necesidad de tratársela como consecuencia de los golpes que aguantó al choque de ella con la pistola de Carlin, y se dejó conducir al cuarto que le habían reservado, preguntándose, una vez que se encontró en él, si volvería a repetirse en el «Gordon» el juego de…: «¿A qué no sabes que es esto? ¿Una habitación o una cacharrería?».

Examinó la cerradura de la puerta, terminando por admitir que se parecían todas las que había visto en los demás hoteles del mundo, a la que tenía ante los ojos, y que si se diferenciaban en algo era, simplemente, en que unas se abrían con un mondadientes cualquiera y, otras, con el primer paraguas viejo que se encontrase.

Colocó las persianas en condiciones de que entrase por ellas algo más que el calor, y contempló un segundo las dos filas de álamos gigantescos que cubrían la amplia avenida donde se hallaba situado el hotel, el muelle que tenía enfrente, donde se agrupaban algunas barcas alargadas y estrechas, y los vaporcitos que hacían la navegación por la ancha faja del río.

Allá, a lo lejos, en la otra orilla y al oeste, se divisaba Omdurmán, la ciudad del Madhí, el gachó que se encargó de amargar la existencia a Gordon y hacerles perder la flema a los suyos.

Puso el ventilador en marcha, y al tiempo que se metía en el lecho dispuesto a tomarse un merecido descanso, se dijo Kenny que de allí en adelante todas las precauciones serían pocas, y que le convendría dormir con los ojos abiertos como las liebres. Se persuadió de que colocaba la pistola al alcance de la mano, y clavó la mirada en la puerta esperando dispensar un caluroso recibimiento al primer tipo que osara quitarle los pantalones sin haberle él autorizado antes a que le despojara de los zapatos.

Cuando se levantó, el sol había perdido su fuerza. Por la entreabierta persiana llegaba hasta él un coro de voces y el sordo rumor del río. Colgó la pistola de su hombro con un gesto de cansancio, y se puso la chaqueta, abrochándosela. Salió del hotel encaminando sus pasos a lo largo de la avenida, contemplando

fascinado los negros rostros de los habitantes de Kartum, el templo copto que se hallaba cerca, y el lento girar de los cangilones de las norias movidas por asnos o por pequeñuelos de largas camisas blancas que canturreaban sin cesar, guturalmente.

En uno de los múltiples bares, bajo la arcada de una casa hecha de adobes, tomó asiento junto a una mesa, espantando la nube de moscas que parecían haberse reunido allí en plebiscito para determinar cuál de ellas sería la encargada de darle la bienvenida. Por lo visto no se pusieron de acuerdo, y Kenny tuvo necesidad de llamarlas al orden repetidas veces, resolviendo por fin dejarlas en paz, fatigado por el ejercicio, aun a trueque de salir malparado con sus picotazos.

Pidió al gorila con camisón que se aproximó al verle, que le sirviera algo para aplacar la sed, y se lió con el vaso de «tedj»[7] que le pusieron delante, haciendo muecas por el sabor dulzón que tenía el líquido. Mientras bebía, iba dándole vueltas en la cabeza a la extraña misiva de Percy, tratando de descifrar lo que aquél había querido decir. De todo el texto, lo que no se le iba de la memoria eran las frases: «Busquen en Kartum. Kartum; Allí están las acciones».

¿Qué habría querido indicar el amigo, con ello? Kenny terminó de apurar el brebaje del vaso haciendo un último gesto de repugnancia, y se dijo que le habría gustado ver en su lugar a Clement. Seguro que el irónico jefe del «Departamento de Imposibles» se habría rascado como él, sin saber dónde le picaba en aquel momento.

Prendió fuego a un cigarrillo, y se quedó contemplando a un derviche con negro manto y turbante verde que pasó leyendo el Corán, seguido por una multitud que se apiñaba junto a él. Sin saber por qué, pensó que Clement, al igual que el derviche, quizá estuviese a aquellas horas leyendo y releyendo, pero no el Corán, sino copia de la carta de Percy, y se apostó consigo mismo veinte libras egipcias a que el sabueso del Departamento de Washington se quedaba al final sin saber, por muchas vueltas que le diera, en qué parte de la trompa[8] escondería el elefante nilótico las acciones mencionadas.

Solicitó, del simio en camisa, que le sirviera un vaso de *gin*, para quitarse el mal gusto de boca que le había dejado la anterior

bebida, y se abstrajo de nuevo, por breves segundos, en una lucha a brazo partido por sacudirse de encima a los componentes del plebiscito que parecían haberse reagrupado para el ataque.

Cansado por último, se levantó. Al hacerlo, le pareció ver que unos ojos se fijaban en los suyos, y, volviéndose ligeramente, contempló al tipo que le miraba: un gigante con más pelos que un oso y la cabeza de un tití. Echó a andar. Haciéndose el distraído miró por encima del hombro, y sonrió al comprobar que el tipo aquel le seguía a prudencial distancia. Cambió el rumbo, dirigiéndose por entre unas casuchas hacia la parte baja de la ciudad, diciéndose que no le sentaría mal un poco de trajín para matar el tedio. La noche se había echado encima. Se metió por un oscuro callejón andando por el centro del blando piso, y cuando consideró llegado el momento, se volvió con rapidez.

El gigante estaba ya sobre él, y Kenny le frenó por medio de uno de tantos trucos como tuvo necesidad de aprender en la Escuela, antes de que le dieran nota de sobresaliente. Repitió con un truco distinto empleándose a fondo, y el rugido de dolor que lanzó el gigante, le hizo comprender que las lecciones aprendidas no las había olvidado del todo. Por lo menos en la medida necesaria para deshacerse de aquella mole. Cuando consideró que había progresado bastante practicando las lecciones del primer curso, inició el segundo con energía, prometiéndose quedar mejor, pero tuvo necesidad de suprimir lo más interesante de él ya que, su antagonista, se cansó de seguirle el juego, y ni fuerzas le quedaron para golpear en tierra, al caer, con la mano abierta, como es costumbre hacerlo en la lona de un gimnasio.

Desanduvo el trayecto recorrido sin inquietarse lo más mínimo por la suerte que pudiera correr el montón de carne que dejó tirado en el arroyo, y saliendo de nuevo a la amplia avenida, aceleró el paso deseando llegar al hotel para reparar fuerzas. Los bultos que pasaban junto a él le miraban de una manera que a Kenny no le gustó, y en más de dos ocasiones se llevó disimuladamente la mano a la pistola.

Faltaban pocas yardas para llegar, cuando, al pararse para encender un cigarrillo, creyó oír unos pasos a sus espaldas. Miró de reojo, y divisó el bulto de un hombre que se escondía huyendo de la luz bajo las arcadas de una casa vecina. Intuyendo que les seguían,

y pensando que pudiera ser el mismo tipo al que derribó que volvía, para que le enseñara la segunda parte completa del curso, volvió sobre sus pasos con rapidez, como si recordara en aquel momento haber equivocado la dirección.

De un salto, al pasar junto a la arcada donde se escondió el bulto, se echó encima de éste, cogiéndole por el cuello. Sonrió tranquilizado, al tiempo que le zarandeaba. La faz grasa y brillante de sudor del zambo griego, le contempló. Uno de los ojos de Popadopulus continuaba con la bandera a media asta, en recuerdo de cierta noche, y el otro se abría más de lo que Kenny hubiera podido esperar en una circunstancia como aquélla.

—¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? ¿No sabes que no necesito nodriza? —Le zarandeó nuevamente—. Me parece, amigo, que estás haciendo opción a ingresar en la clínica de un oculista de los más afamados que se encuentren en África; y… yo de ti, lo pensaría mucho. No harías muy buena facha, por supuesto, con dos toldos a lo largo de las narices.

Popadopulus quiso decir algo, pero la presión que ejercía en su cuello la mano de Kenny, impidió que lo hiciera. Comprendiéndolo así el joven, aflojó lo suficiente para que el griego pudiera respirar. Al propio tiempo volvió la cabeza para ver si sus movimientos habían llamado la atención a alguno de los transeúntes, pero aquello estaba bastante oscuro, y le pareció que no había sido observado.

Fijó la mirada en el tipo, y esperó a que éste se repusiera.

—Bueno, ¿qué me dices? Te advierto que no tengo ganas de hablar, y mi paciencia cabe en el hueco de un cañamón, conque… desembucha pronto y dime lo que estás pensando, antes de que pierda los estribos.

Tartajeó un segundo Popadopulus. Kenny le atizó de revés, más con el propósito de asustarle que de hacerle daño, y esperó de nuevo, sonriente.

—La señorita Farr… —comenzó el zambo.

—¡Ah, vamos! Ha sido la señorita Farr, ¿eh? ¿Y cuándo habéis llegado la señorita Farr y tú, compadre? ¿Porque no irás a decirme que lo hiciste en el mismo tren donde yo viajaba?

—Exactamente, señor.

—¡Ajá! Bueno, quedamos en que lo hicisteis en el mismo tren.

¿Qué otra cosa?

El zambo le miró como si no entendiera, pero Kenny se lo aclaró enseguida con una leve presión de dedos.

—La señorita Farr me ordenó que viniera al hotel para enterarme de si se había usted en él alojado.

—Otra vez la señorita Farr en danza. Por lo que veo, esa señorita se ha propuesto ser mi sombra, y yo sin enterarme. Bueno, amigo del nombre milisílabo, ¿qué encargo te dio la señorita Farr en el caso de que yo estuviera en el hotel?

—Ya se lo he dicho antes: que no le perdiera de vista.

—Conforme. Veo que, efectivamente, lo has hecho. Bien, pues ahora soy yo quien no quiere perderte a ti. Conque… echa para adelante, y no trates de escabullirte. Podría írseme la mano —le soltó, no sin antes empujarle delante de él—. ¡Vamos! Llévame a dónde se encuentra la señorita Farr. ¡Y no me vengas ahora con que no sabes dónde vive, si quieres conservar la piel intacta! Me va cansando el juego.

Popadopulus refunfuñó algo, pero al darse cuenta de que Kenny no le quitaba ojo y parecía estar dispuesto a cumplir su amenaza, echó a andar por la avenida, siguiendo la dirección que habían llevado. Torció por una bocacalle antes de alcanzar el hotel, y se metió por un dédalo de callejuelas apartándose del centro de la ciudad, hasta llegar a una de no mejor aspecto que las que habían recorrido.

Detúvose ante la puerta de una casa de alegre aspecto, y llamó a ella de una forma convenida. Kenny se llevó la mano a la pistola, desenfundándola, y con ella amartillada, esperó. Se oyeron pasos dentro, y en el momento que la puerta empezaba a abrirse, Kenny empujó rudamente al griego, haciéndole entrar de una manera brusca.

La figura de Carol apareció en el hueco. Kenny, de pie en el umbral, la contempló un segundo, encañonándola con el arma. Sonrió al ver la expresión de ella y, sin perder de vista al zambo ni a la muchacha, entró cerrando tras él.

—Bueno, nena; ya estoy aquí. ¿No dirás que me he hecho esperar mucho?

Carol cambió una mirada con Popadopulus, y empezó a decirle algo en la endiablada jerga que ellos conocían. Kenny la cortó al

instante.

—Escucha, guapa: Si quieres hablar, puedes hacerlo conmigo. No he venido a presenciar una sesión de idiomas.

Ella fue quien sonrió ahora, divertida.

—Lo que trataba de decir a Popadopulus, Kenny, era si se había fijado en que no eran seguidos. —Hizo un gracioso gesto, y continuó—: Me alegro de que haya venido tan pronto. Eso quiere decir que ha recibido órdenes; ¿no es así? —Antes de que él pudiera contestarla, le indicó con un ademán que la siguiera—: ¡Pero no se quede ahí, Kenny! Sígame, por favor; ya que mi padre no pudo, le haré yo los honores de la casa.

Echó a andar. El joven, con el cañón de la pistola, indicó al zambo que fuera delante, y les siguió a los dos hasta llegar a una salita donde se juntaban los muebles de Oriente con los de Occidente en una terrible confusión. Biombos y lacas se mezclaban con jarrones de chillones colorines, estatuillas, alfombras, cuadros, escudos de piel de hipopótamo, y un caballete con un lienzo pintado de azul y negro, con ligeras pinceladas de blanco y bermellón. Desde luego, resultaba imposible averiguar lo que el artista había querido plasmar allí, y Kenny no se entretuvo en dedicar al lienzo más de una mirada. Buscó con la vista los pinceles y los tubos de color, y los halló metidos, en uno de los jarrones. La paleta estaba colgada de la pared, rodeada de armas de distintas formas y tamaños. Desde el puñal con cadena para ajustarla a la muñeca y tener el arma a punto, hasta la espada de punta ancha y redonda. Dardos y venablos, yataganes, cimitarras, alfanjes morunos y dagas árabes.

Kenny miró todo aquello rápidamente, y se dijo que en su vida había visto nada que se le pareciera. Desde luego estaba seguro de una cosa: el tipo que había reunido aquel arsenal y aquella variedad de cosas raras, no se había contentado con ver el mundo por un agujero: lo había, ensanchado a su capricho, y se había colado por él de rondón.

—¿No quiere tomar asiento, Kenny?

Contempló a Carol un segundo, y jugueteó con la pistola que tenía en la mano. La pelirroja se había dejado caer en la cama turca, y le invitaba a que él lo hiciera en un sillón de cuero que parecía llegado allí como consecuencia de un naufragio. Kenny volvió la

pistola a la funda, y tomó asiento.

—Te advierto, nena —dijo—, que el hecho de que acepte la invitación y me guarde la ferretería, no quiere decir que vaya a dormirme. Como vea algo que no me guste, vamos a bailar todos, y te garantizo que no fallará la música.

—Puede estar tranquilo, Kenny; ya veo que me ha hecho caso y no se confía. Por mi parte tampoco lo hago desde que mataron a mi padre, y puede decirse que no voy sola nunca: Popadopulus se encarga de guardarme las espaldas.

—¿Y también de ejecutar tus órdenes o hacer que las ejecuten?, ¿no?

—Así es, Kenny.

—Y… ¿Puedo saber por qué tienes tanto interés en deshacerte de mí?

Carol le miró a los ojos, asombrada, y volvió a sonreír.

—¿Por qué lo dice? De haberlo querido, no le hubiera dicho que viniera a Kartum.

—Oye, preciosa: Si he venido aquí, lo he hecho no porque tú me lo dijeras, sino porque tenía ganas de pasear; y, en cuanto a lo otro, el fulano que se encargó de examinarme, se convenció bien pronto de que yo llevaba la lección bastante bien aprendidita.

—¿El fulano? ¿De qué fulano habla, Kenny? ¿Se refiere a Popadopulus?

—Me refiero al *Sha* de Persia, guapa; ¿o es que vas a decirme que no estás enterada de ello?

—¿Enterada de qué? Ya le he dicho que Popadopulus…

—Sí, ya lo he oído; pero tu Popanosecuantos me largó a un tipo detrás, y no creo que lo hiciera para preguntarme la hora.

Carol enarcó las cejas y miró al griego consultándole con la vista. Kenny se echó hacia atrás en el sillón, enfocándoles con los ojos, dispuesto a saltar al menor síntoma que observara.

—¿Qué ha ocurrido?

La pregunta de Carol, dirigida al griego en inglés, hizo que éste hablara como si hubiera estado esperando hasta aquel momento para hacerlo. Las palabras salieron de su boca, precipitadamente.

—Kotschei, señorita Farr; estaba esperándole a la puerta del «Gordon» y le siguió luego. No me dio tiempo a advertir al señor Pyle, y cuando quise acudir en su ayuda, no hacía falta. Se deshizo

del ruso así, así —y manoteó en el aire durante un segundo, como si estuviera cazando moscas.

—¿Dices que fue Kotschei?

Afirmó Popadopulus con la cabeza. Carol se volvió a Kenny.

—No tengo nada que ver con ese ruso. Es uno de los hombres de Ismail, y eso quiere significar que ya están enterados de que usted se encuentra en Kartum. Posiblemente le vieron salir de El Cairo, y le han seguido.

—Como no haya sido en avión, nena, lo veo un poco difícil. Tuve el tiempo justo para coger el tren.

Calló ella durante unos instantes, como si meditara. Kenny se dijo que si la chica fingía, lo hacía mejor que una profesional de la escena, y, aunque no tenía cara de párvula, tampoco podía considerarla como a la rival de Greta Garbo. Decidió esperar, pues, antes de concederle el Oscar.

—¿Sabe lo que pienso, Kenny?

—Tú dirás, guapa; pero abrevia un poco, si puedes. No voy a estar aquí toda la noche.

—Le verían a usted salir del hotel, y le siguieron hasta la estación; luego, al ver que se les escapaba, telegrafiarían a Kotschei, poniéndole en antecedentes de todo.

—No está mal urdido. ¿Puedes decirme algo más?

—Sí; que seguramente dijeron al ruso que se apoderase de usted, y trató de hacerlo.

—¿Para qué? ¿Para que me hiciese compañía hasta que llegase ese birria del *fez*, con Carlin y tu hermana? Se podían haber ahorrado la molestia. De sobra sabías tú que no tardaría en venir a verte.

Popadopulus quiso decir algo, pero se quedó con la boca abierta sin pronunciar palabra. Kenny le lanzó una mirada de través y el griego sacó el enorme pañuelo que llevaba oculto, para limpiarse el sudor del rostro seguido por la vigilante mirada del joven. Éste se incorporó en la butaca, haciendo un ademán para impedir que Carol contestase a su gesto.

—Fíjate en lo que voy a decirte, encanto: me disgusta todo esto, y no ha nacido el hijo de mi madre para andarse con rodeos pudiendo saltar el obstáculo sin tomar impulso. Tú sabes, o crees saber, quién soy yo; y yo, en cambio, voy aprendiendo a conocerte

mejor de lo que te figuras. Terminemos de una vez, y sepamos qué palo es el triunfo.

Carol se levantó de la cama turca. Su rostro expresaba cierta gravedad, y había algo de resquemor en sus ojos. Contempló un segundo a Kenny, y éste se dijo que le faltaba en aquel momento a la chica un tanto así para clavarle las uñas. Se preparó por si tenía que cortárselas al vuelo.

—Óigame usted ahora a mí, Kenny —dijo la pelirroja—. Desde el primer momento estoy tratando de hacerle ver que quiero ayudarle, y aún no lo he conseguido. Fui a El Cairo, como le dije, por orden expresa de mi padre Percy Farr, el hombre que tenía que entregarle a usted unas acciones que consiguió al fin dos días antes de su muerte. No sé qué clase de acciones son ésas, pero sí que su adquisición le costó la vida. Tanto Popadopulus como yo, sospechamos quién fue el que le mató por la espalda en el momento que se dirigía hacia aquí. Al oír los disparos, salimos a su encuentro, logrando dar con él y meterle en casa, moribundo. Antes de que expirara, me dijo su nombre, Kenny, haciéndomelo repetir de igual modo que la contraseña convenida entre ustedes, para que llegaran a reconocerse mutuamente. Luego me habló de que había cursado una carta, y que en ella decía dónde encontrarían las acciones citadas, añadiendo que usted, Cullie K. Pyle, vendría a recogerlas. Repitió varias veces Kartum, y le vi mirar algo por encima de mi hombro. Creí que se trataba de las visiones de un moribundo y no hice caso, pero al levantarme después de cerrarle los ojos, me encontré con que mi hermana Nagada había entrado sin que yo me diera cuenta, y parecía mirar con odio a mi padre. Salió conforme había entrado, sin que se cruzara una palabra entre las dos, y no la he vuelto a ver ni quiero encontrarme con ella. Ya sabe la historia, Kenny; ahora piense lo que quiera de mí, pero no asocie los actos de mi hermana con los míos. Lo que nos unía a ambas era mi padre, y éste ha muerto ya. Nagada es tan extraña para mí como lo puede ser Kartum para un yanqui.

Kenny se alzó despacio. La explicación que terminaba de darle Carol tenía visos de verosimilitud, mas se dijo que, la parte principal de su historia encerraba un fallo, y éste era lo que concernía a las acciones. Que iba adelantando cada vez más no le cabía duda, pero… de idéntica manera, no le cabía duda tampoco

de que se encontraba tan lejos de ellas como antes de salir de los Estados para Egipto.

Diciéndose que tendría tiempo para volver a pensar detenidamente en lo que acababa de oír, y también en el contenido de la carta que Percy envió a Washington y que le fue remitida a él por Clement, se aproximó a la muchacha. Chasqueó la lengua, y la contempló un segundo. Luego, con un gesto que hubiera envidiado Humphrey Bogart, dijo, arrastrando las palabras:

—Lo siento, cariño, me he emocionado; si no tienes nada más que decir, me iré a casita. De continuar contigo, podrían saltárseme las lágrimas.

Dio unos pasos para salir, y, al ver que tanto ella como el zambo griego hacían intención de seguirle, les atajó con un nuevo gesto.

—No es preciso, rica; sé el camino; di a ese que está a tu lado, que no se mueva, y todo saldrá bien. Cuando necesite guía, te lo mandaré a decir por si puedes proporcionármelo, pero… hasta tanto, convendría que tu «Popopopu» no se me pusiera por delante. Reconozco que la he tomado con cierta parte de su persona.

Retrocedió de espaldas, con la mano cerca de la pistola, y al llegar a la puerta, la abrió con rapidez. Cerró apenas salir, y echó por el centro de la calle caminando aprisa, dispuesto a alejarse cuanto antes de aquellos sitios que se le antojaron una ratonera. Lo único que le faltaba, díjose Kenny, era el queso. Pensando en quién lo pondría, apretó la marcha, confesándose que, el tipo que lo hiciera, no tardaría en ver los resultados.

Entró en el hotel, asegurándose antes de que no era seguido. Para hacer boca, se dirigió al bar, solicitando que le sirvieran un *brandy*, y paseó la mirada por entre las personas que vio, temiendo y deseando a la vez contemplar alguna cara conocida. Indudablemente, las que vio cerca de él no le dijeron nada. Lo mismo podían pertenecer a curiosos turistas que a individuos menos turistas y más curiosos. Pidió un nuevo *brandy*, y cuando se convenció de que el segundo era igual que el primero, y por lo tanto no le habían hecho trampas, decidió probar con un tercero y último de la misma fabricación. Lo paladeó despacio. Exprimió parte de sus células grises, y jugó durante unos minutos a poner en orden sus ideas.

No lo consiguió, pese a la calidad del *brandy*, y cansado de

marearse inútilmente sin sacar nada en limpio, se dirigió al comedor. Mientras daba cuenta de los platos que le sirvieron, se dijo que iba perdiendo facultades desde el momento que no había conseguido averiguar nada que le pudiera servir de ayuda en el lío en que se hallaba, y maldijo a Clement y a la hora que se le ocurrió a aquel embarcarle en el asunto de las acciones.

Pensó si le convendría insertar en la sección de anuncios uno que dijera algo parecido a esto: «Se buscan acciones desaparecidas. Gratificaré al que las encuentre y me las devuelva. Kenny». O, por el contrario, visitar a las autoridades británicas y contarles el motivo de su viaje a Egipto, solicitando ayuda. Por espacio de media hora se entretuvo en pensar cuál de las dos cosas le daría mayor resultado, haciendo montoncitos de probabilidades a favor y en contra de cada una de ellas, para terminar con un empate que le disgustó. Puso el marcador a cero, y se alzó de la mesa dirigiéndose a sus habitaciones.

En el pasillo se cruzó con una chica que le miró con cierta insistencia y le sonrió al abrir la puerta del cuarto, pero Kenny recordó a tiempo que ya había tropezado con dos desde que llegó a Egipto, y no quiso complicarse más de lo que estaba. Cerró por dentro, y comenzó a desnudarse. Obsesionado por el misterioso contenido de la carta de Percy, se quedó dormido bailoteándole una frase en el cerebro: «Busquen en Kartum».

CAPÍTULO V

El tipo que estaba acodado junto a él en la barra del bar le miró de una forma que se le antojó rara, y Kenny se dijo mentalmente que iba a tener necesidad de repasar un nuevo curso de la Escuela. Se hizo a un lado con el fin de tener espacio suficiente para mover los brazos en el caso de que se encontrara en la precisión de dar explicaciones prácticas con ilustraciones y todo, y abonó el importe de lo consumido.

El fulano se le aproximó en aquel instante, quedándosele mirando frente a frente.

—Nos conocemos, ¿no?

Kenny estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo.

—¿Usted cree, amigo? Por mi parte, no le recuerdo.

—¡Qué raro! Yo diría que su cara la he visto más de una vez.

—No me extraña; soy tan popular, que mi efigie la han impreso en cromitos y repartidos éstos por el mundo entero. Quizá me haya visto en el cine.

Le volvió la espalda. Se hallaba en el «Gordon Bar» del muelle, y el socio que tenía al lado, menudo y con una cicatriz que le cruzaba el rostro, le había ido siguiendo desde que salió aquella mañana del hotel.

Le tocaron en la espalda, y Kenny giró, con el entrecejo fruncido.

—¿Qué le ocurre ahora?

El de la cicatriz le sonrió por un ángulo de la boca.

—Me ha hecho gracia lo que ha dicho de los cromitos. ¿No será usted Charles Boyer?

—Escuche, guapo: ¿Tiene mucho aprecio a sus dientes?

—Regular; los últimos los perdí hace tiempo, y me voy cansando de los que llevo ahora. ¿Los quiere?

Realizó una pequeña operación con la lengua, y Kenny se dijo

que había visto dentaduras postizas pero ninguna que se le pudiera comparar a aquélla. El de la cicatriz volvió a encajarla en su lugar, y le sonrió de nuevo.

—Veo que no le ha gustado. ¿Hace una copa?

—No, no hace.

—Lo siento. Son tan pocas las veces que bebo acompañado por alguien que no sea de aquí, que ya me había hecho a la idea. Si llevara usted en Kartum el tiempo que llevo yo, comprendería lo que digo.

—Es posible. De todas maneras no pienso estar mucho, y me quedaré con las ganas de poder apreciar eso que termina de decir. Si alguna vez se me ocurre volver al Sudán, tendré en cuenta su observación, y hasta es fácil que se la recuerde enviándole mi tarjeta. ¡Hasta más ver, amigo!

Giró de nuevo, dirigiéndose hacia la salida con tiempo de oír a aquél a espaldas suyas:

—Hasta pronto, diría yo.

Kenny hizo un leve movimiento de hombros, y salió del bar. Un bulto se le echó encima, y la cabeza de tití de Kotschei apareció ante sus ojos, al tiempo que el cañón de una pistola se le hundía en el costado y la voz de L.
S. Carlin
sonaba tras él con la suavidad de costumbre:

—Sea buen chico, Cullie, y no haga porque me ponga nervioso. Lo podría sentir luego.

El ruso se le había colocado al lado, y antes de que Kenny pudiera pensar en nada, se sintió arrastrar hasta un auto que había cerca. Kotschei abrió la portezuela empujándole dentro, y Carlin entró tras él cerrando de golpe, a la vez que sacaba la pistola apuntándole con ella.

—¡Vaya, vaya con el amigo Cullie! No dirá que pensaba encontrarse conmigo, ¿eh?

Kenny contempló al hombrecillo y al silenciador de la pistola. Kotschei se había acomodado en el volante, y el auto se puso en movimiento. Había sucedido todo tan rápidamente que, a cualquiera que hubiese presenciado la escena, le habría parecido natural. No había habido lucha ni gritos. La risita de Carlin le crispó, y rechinó los dientes.

—Ríe ahora que puedes, comadreja; aún no he olvidado lo que hiciste conmigo, y como llegue a ponerte las manos encima, verás lo que es bueno. Vas a quedar como si te hubieran metido en un barril de clavos.

Carlin le atizó con el cañón del arma en la boca.

—¡Cállate! Conque jugando a darnos esquinazo, ¿verdad? Me parece que aún no he terminado contigo, poli, y que Ismail se alegrará bastante de verte. Hasta es posible que tenga pensada alguna diversión para que tomes parte en ella, y puedas lucir tus habilidades. Quedó bastante satisfecho con la sesión que nos ofreciste en El Cairo, y la tendrás que repetir. Posiblemente, ahora resulte mejor y no te falle tanto la memoria.

Kenny se echó hacia atrás en el asiento, y le miró de reojo. El hombrecillo no le quitaba la vista de encima, y el cañón de su pistola apuntaba justamente al vientre del joven. Éste pensó un momento en la posibilidad de servirse de las piernas, pero Carlin pareció que le adivinaba los pensamientos. Se retiró un poco, y jugó la mano.

—Prueba si quieres, poli; estoy rabiando por ver hasta dónde llegas con una bala en la tripa. —Volvió a reír, y descargó un metido en la cara de Kenny—. ¿Qué, no te haces el ánimo?

Cullie calló. Se daba cuenta de que Carlin era un asesino nato, y juzgó prudente no desafiar al hombrecillo. Por lo menos, teniendo todas las probabilidades en contra. Hizo un movimiento con el codo para asegurarse de que conservaba la pistola en la funda sobaquera, y aquel movimiento fue suficiente para que Carlin extendiera el brazo y le desposeyera del arma. Le dio con ella en los hocicos y lanzó una carcajada.

—Es lo que os ocurre a la mayoría de vosotros, poli; os creéis unos chicos listos, hasta que alguien os demuestra lo contrario. Tipos así son buenos para hacer el coco en Chicago, pero aquí no sirven. Creí que lo sabías ya.

—Tampoco tú eres muy listo, Carlin; hay muchas formas de matar al lobo, y no es precisamente la mejor privándole de los dientes. Eso lleva tiempo y se te puede escapar de entre las manos.

—¡Bah! Cuando termine contigo, daré tu piel para que me hagan un zurrido con ella. Me servirá para golpearme las botas cuando monte a caballo.

Kenny se abstuvo de responder. El auto había dejado atrás el centro de Kartum, y corría ahora por un camino entre casuchas de adobes con dirección al río. Los transeúntes eran cada vez más escasos y la vegetación más exuberante. Carlin dijo unas cuantas palabras a Kotschei en «grippy», y el ruso emitió un gruñido y movió la cabeza. Aminoró la marcha del auto, cambiando la dirección para internarse por lo que difícilmente podría tomarse por una callejucha y, en el momento de hacerlo, sonó un claxon cerca, y la atención de Carlin se distrajo. Kenny le zumbó a modo con la derecha, al tiempo que le retorcía la mano que empuñaba la pistola, y antes de que el ruso hubiera podido volverse, abrió la portezuela, saltando fuera del vehículo.

Echó a correr. En el momento que ganaba unas matas, zumbó una bala por encima de su cabeza y oyó una voz que le gritaba:

—¡Tírese al suelo, Kenny! ¡Tírese al suelo!

Se lanzó sin pensarlo dos veces, como un avezado jugador de *foot-ball* que fuera a quitar la pelota de los pies de su enemigo, y giró varias veces en el suelo hasta encontrar protección en el tronco de un árbol. Mientras estuvo dando tumbos, le pareció escuchar nuevos disparos y alguna que otra bala picó cerca, buscándole. Luego, y en el instante que se incorporaba, oyó una maldición y el poderoso rugido del motor de un auto.

Alzó la cabeza, mirando por entre las matas. El coche conducido por Kotschei se alejaba a toda velocidad, y el fulano de la cicatriz se dirigía hacia el sitio donde él se hallaba oculto, empuñando una pistola que al parecer manejaba como si no hubiera hecho otra cosa en la vida.

Kenny se puso en pie de un salto y le salió al encuentro.

—Gracias, amigo; no sé por qué me parece que vamos a beber esa copa de que me habló antes, sin esperar a que vuelva otra vez a África.

—Tendré mucho gusto, Kenny —replicó el de la cicatriz, sonriéndole con los ojos—. Por lo que veo no llegaron a acertarle, ¿verdad?

—¡Bah! El tipo que disparó no sabe hacerlo. —Se había aproximado a él, y se le quedó mirando fijo—. Oiga: ¿quiere decirme qué significa esto? ¿No irá a hacerme creer que sabe mi nombre y que me ha seguido porque le he sido simpático? A veces,

resulto más molesto que una chica guapa y creo saber de una de esas veces.

—No se preocupe, Kenny; mi nombre es Mardo, Torchy Mardo; lo demás… ¡Bueno! Larguémonos cuanto antes, si no queremos que la policía inglesa se nos eche encima. Veo por allí asomar la cabeza de un nubio, y creo recordar que no estaba solo al empezar la cosa.

Se dirigieron hacia el auto de que se había apeado Torchy, y el chofer le hizo dar la vuelta a una indicación de aquél. Kenny sacó un pitillo y se lo llevó a la boca, brindando el paquete a Torchy para que se sirviera. Al hacerlo, se fijó detenidamente en el tipo y se dijo que parecía, duro como el pedernal y con más aristas que un diamante. No cabía duda de que, Mardo, si llegaba el momento, empezaría a contar mucho antes de que otros hubieran visto las bolas.

Sonrió a Kenny, y expelió una bocanada de humo.

—Efectivamente —dijo— tenía usted razón en eso de que le he seguido y demás. La culpa no es sólo mía. Recibí un cable de un cierto amigo a quién usted, sin duda, conoce, grande él, fuerte él y listo él, que se dedica desde hace tierno a enviar a cierto periódico de Nueva York noticias, sobre el petróleo y como…

—¡Al diablo con Pop! —exclamó Kenny—. ¿De modo que éste ha sido el granuja…?

Torchy volvió a dar una nueva chupada al cigarrillo y se arrellanó en el asiento.

—Él ha sido, Kenny; me dijo que le vigilara a usted hasta que él pudiera hacerlo por su cuenta y, como sé positivamente que Pop no es de los que se duermen en un surco pudiendo hacerlo en un colchón, me puse a la faena y no creo que lo haya hecho mal del todo. Al principio, me desconcertó verle a usted en unión del grande y del pequeño nada más salir del bar, máxime llevando al gorila cogido de su brazo pero… cuando me fijé un poco, comprendí que no iba usted por su gusto. El grande me dio la impresión de que le arrastraba y el pequeño iba detrás de una forma que no me agradó. Aquello daba la sensación de un rapto y ése es un feo vicio. Decidí, pues, seguirles y, cuando me devanaba los sesos pensando en la manera de rescatarle, le vi a usted salir del auto como lanzado por un muelle y empezaron los fuegos artificiales. Gracias a que desde hace tiempo, desde la guerra para

ser más exactos, tengo la manía por las armas de fuego, y llevo conmigo la pistola, que si no…

—Escuche esto, Torchy: ¿esa cicatriz y lo de la boca?…

—Dio en el clavo, amigo; fue una pequeña caricia que recibí en Guana, cuando pasamos a la ofensiva. Bien es verdad que perdí los dientes, y que a punto estuve de quedarme allí con las botas puestas, pero… les atizamos de lo lindo a los nipones y para mi resultó un consuelo el abrir los ojos después del sopapo. ¡Creo que les di qué hacer a los sanitarios para consentir que me evacuaran!

Kenny asintió sin hablar. Estaba seguro de que habría sucedido tal y como Torchy lo decía y ¡lo que son las cosas! le iba gustando el tipo. Recordó a este respecto que durante toda la mañana desde que salió del hotel para zascandilear por todos los bares de Kartum, se había encontrado con Torchy, y hasta le pareció recordar también que éste había sonreído más de una vez al oírle preguntar, de una manera velada, en cuantos tugurios y cafetines entró, si… «iba por allí su amigo Percy Farr».

Fumó en silencio, durante unos segundos. La conclusión a que había llegado después de sus investigaciones de aquella mañana, era la de que Percy Farr debió ser un tipo algo raro, conocido naturalmente, pero sin que se le recordara punto fijo habitual donde matar las horas. Cerró los párpados, y se dijo que no tendría más remedio que ir a hacer una visita de cumplido a Carol y husmear, si ella se lo permitía, entre las cosas del difunto padre de la muchacha.

—¿No tiene nada que preguntarme, Kenny?

Abrió los ojos. Torchy Mardo le sonreía, enseñándole lo mejor de su dentadura postiza. Se encogió ligeramente de hombros.

—No —dijo.

—¿Está seguro? ¿Ni del «amigo» Percy, tampoco?

Kenny correspondió a la sonrisa de Torchy, aunque se puso en guardia dispuesto a no resbalar sin llevar puestos los patines.

—Lo había olvidado ya —repuso—. ¿Sabe algo de él?

Torchy volvió a sonreír.

—Bastante —fue su contestación—. Percy Farr y yo nos veíamos a menudo en el «Gordon Bar» del muelle, y solíamos tomar alguna que otra copa. «Era» un «punto» más reservado que una caja de seguridad, y con el olfato de un *setter*. Recuerdo la última vez que le

vi antes de que le visasen el pasaporte para el otro barrio, que parecía más desconfiado que de costumbre, y el menor ruido le hacía volverse con rapidez. Por cierto que, una de tantas que lo hizo, se le cayó al suelo el caballete y la caja de pinturas. Le ayudé a recogerlo todo, y me mostró la tela que estaba pintando —hizo una pausa como para recordar, y continuó diciendo—: Puedo asegurarte, Kenny, que el hombre sabía pintar. Aquella vista de Kartum era lo mejorcito, y lo que no acierto a comprender era cómo vivía él ni en qué se ocupaba. Que yo sepa, no tenía ocupación alguna aparte de la que le proporcionaban sus pinceles, y nunca me enteré de que vendiera ninguno de sus cuadros. Este que le digo lo puede ver en su casa, si va usted por ella, colocado en la pared de su estudio-salita-despacho, todo a la vez, a la izquierda, al entrar, junto a un chato escudo de piel de los usados por los derviches en la guerra.

Kenny estuvo a punto de saltar en el asiento. Torchy terminaba de decir algo, y ese algo era Kartum. La palabreja le martilleó el cráneo. Percy había escrito en su lacónica carta que buscasen en Kartum, añadiendo que allí estaban las acciones. ¡Naturalmente que estarían!

Dio una furiosa chupada al cigarrillo, y preguntó a Torchy, al tiempo que éste mandaba parar el auto frente a un bar no mejor de los que ya había él visto y visitado:

—¿Conoce a las muchachas?

Mardo le sonrió por encima del hombro, mientras pagaba al chofer. Salieron del vehículo, y al tiempo que entraban en el establecimiento citado, dirigiéndose a la barra, replicó:

—¡Claro que las conozco, Kenny! Tanto Carol como Nagada son dos chicas que no necesitan anunciarse mucho para hacerse la propagada solas —hizo una indicación al mozo del bar para que se les acercara, y prosiguió—: ¿Supongo que no habrá venido usted a hacerse cargo de ellas?

Kenny negó en silencio. El de la túnica les puso sendos *brandis*, y les miró con malignos ojillos. Mando y Cullie se llevaron las copas a los labios, paladeando el licor.

—¿Cómo fue lo de Percy?

Torchy sonrió volviéndose a él.

—Esperaba que me preguntara eso, Kenny; las noticias que

puedo darle no son muchas, y le valdrán poco. No obstante… —Apuró el *brandy* de golpe, y chasqueó la lengua—. Todo lo que he podido averiguar, se reduce a dos palabras: le asesinaron. ¿Quién? Lo ignoro. Hay demasiada efervescencia en el país, y los nativos no miran con buenos ojos a los que hemos llegado aquí por una causa u otra. En particular, los ingleses se llevan la palma. Percy… ya le he dicho lo que hacía, poco más o menos, ya que sus verdaderas actividades en Sudán las conocía él solo. Lo que sí sé es que no era ningún blando, y de tonto tenía lo que usted y yo de monjes.

Cullie volvió a asentir otra vez. Era de la misma opinión que Torchy, por más que se callara. Indicó con su gesto al bereber que les volviera a llenar las copas, y abonó su importe no sin sostener una corta lucha con Mardo, quien alegaba que le correspondía a él hacerlo. Salieron a la calle encaminándose al hotel, y, al llegar a las proximidades de éste, Kenny se despidió de Torchy.

—¡Bueno, amigo! Supongo que nos volveremos a ver, ¿no?

—¡Reviente de una vez, Kenny! —exclamó Torchy, risueño—. Lo que a usted le preocupa no es eso precisamente, sino saber quién soy y dónde podrá encontrarme, ¿verdad? Pues se lo voy a decir: Pertenezco a la «South», y estoy aquí tratando de estudiar las posibilidades del terreno para la construcción de una refinería; me alojo en el hotel que hace esquina a la próxima calle, y allí me encontrará la mayor parte del tiempo que tengo libre. No obstante, lo más fácil será que tenga que ser yo quien le busque de nuevo, ya que no me parece usted de la clase de tipos que piden ayuda por más que el agua les llegue por encima de las narices. ¡En fin! usted sabrá dónde le duele y lo que tiene que hacer. Lo que sí le digo ¡y tómelo como quiera! es que, en las circunstancias actuales, todas las precauciones son pocas, y le conviene ir prevenido. Recuerdo que allá, en Guana, teníamos por axioma enseñar el casco, después que el enemigo no podía mover el suyo con la cabeza.

Se estrecharon las manos en silencio, y Kenny vio dirigirse a Torchy calle arriba. Esperó a que estuviera bastante alejado aquél para volver sobró sus pasos, después de mirar a un lado y a otro. Se orientó de la mejor manera posible, diciéndose que, por la callejuela donde acababa de meterse, saldría a dos yardas de la casa de Carpí, y marró por la friolera de un largo del Pricenton. No quiso seguir haciéndose cálculos improbables por si le fallaban de nuevo

como aquél, cuando divisó la casa, respecto a si estaría ella dentro o no, y golpeó en la puerta con el puño.

Tardaron unos minutos en, abrir, durante los cuales Kenny tuvo tiempo sobrado para pensar lo que iba a decir a la muchacha pero, cuando se abrió la puerta y ella apareció en el marco, se le olvidó todo. Quedósela mirando durante unos segundos, sin acertar a abrir la boca, diciéndose que tenía bastante que hacer con los ojos en aquel instante. Por lo menos, lo que tenía ante él, era un recreo para la vista.

—¿No va a pasar, Kenny?

Dijo que sí con la cabeza, y se metió dentro de la misma forma que lo hubiera hecho sin vacilar si, su jefe de la base del Pacífico, se lo hubiera ordenado. Claro que la guerra se había concluido, y su jefe, de encontrarse allí, lo más probable fuera que no le hubiera dado semejante orden. La habría ejecutado él, y mandado a Kenny que quedara en la puerta rascándose al sol.

Llegaron a la salita, y le faltó tiempo a Cullie para lanzar una mirada a los cuadros que adornaban las paredes. El corazón le golpeó con la fuerza de un proyectil. El que buscaba, estaba justamente en el sitio indicado por Torchy.

—¿Le gustan mis cuadros?

Se volvió. Carol le contemplaba con aquella luz juguetona en los ojos que sorprendió en ella cuando fue a despedirse de él en el «Fuad».

—¿Son tuyos, nena? —preguntó a su vez, por decir algo, sabiendo que es mejor hacer preguntas que contestarlas.

—No, Kenny; todos los que ve, los pintó mi padre. Era muy aficionado a esas cosas.

Le indicó que se sentara, mientras ella volvía a hacerlo, como la anterior vez, en la cama turca. Acto seguido dio una palmada, y la cara velazqueña de Popadopulus asomó por entre una cortina. Le dijo algo en «grippy» que el joven no entendió, y segundos después, mientras Kenny pensaba en la forma más fácil de hablar sin decir nada que pudiera comprometerle hasta estar seguro de Carol, aparecía el zambo de nuevo, con un servicio completo de café que dejó encima de una mesita enana al lado de la pelirroja. Ésta sirvió a Cullie, y despidió al griego con un ademán.

Bebieron en silencio, y Kenny se dijo que no serviría para

diplomático. Por lo menos, cuando se tratase de hacerlo en presencia de una chica como la que le había tocado en suerte.

—Verás, guapa —dijo, mientras le ofrecía un rubio y le prendía fuego—. He pensado bastante en lo que me dijiste ayer, y he sacado la conclusión de que esas acciones que según tú he venido a buscar y que, al parecer, tu padre había conseguido para entregarme, sería una lástima que se perdieran. Dándole vueltas a lo mismo, me dije que posiblemente las tuviera ocultas en algún lugar, y me inclino a creer que ese lugar se encuentra aquí. —Se alzó del sillón de cuero, dirigiéndose hacia donde estaba Carol—. Mira, monada; creo que ya me conoces lo suficiente, y no voy a estar discurseando como un metodista. Si mal no recuerdo, dijiste que tu padre, hallándose moribundo, dirigió la vista por encima de un hombro tuyo, como si mirase algo. ¿Quieres decirme dónde se encontraba tu padre, poco más o menos, y hacia qué lado volvió la vista?

Carol se echó hacia atrás en la cama turca, mirándole por entre las pestañas. Repuso, golpeando el cigarrillo con los dedos para desprender la ceniza:

—Creo comprenderle, Kenny; mi padre se encontraba donde yo estoy, y miraba hacia la pared de la izquierda. Hasta aseguraría que lo hizo mirando ese cuadro.

Su mano se elevó para señalar con el dedo en la dirección justa. Kenny se dirigió allí sin pensarlo dos veces, y descolgó el cuadro. De espaldas aún, preguntó mientras contemplaba la tela, sintiendo que las manos le temblaban:

—¿Me dejas que lo vea?

—¿Por qué no?

Kenny pasó la mano con rapidez a lo largo y ancho del cuadro, tanteando por encima. Lo volvió para mirar por la parte de atrás del marco, y al ver el grueso cartón que cubría la tela, le brillaron los ojos. Desprendió una de las puntas para ver lo que se ocultaba dentro, y, al hacerlo, se dijo que un flan resultaba una torre de hormigón comparado con él.

En aquel momento, alguien explotó a espaldas suyas:

—*Rukji wersch*! —(¡Manos arriba!).



...explotó a espaldas suyas: «¡Manos arriba!»

No se necesitaba ser políglota para entender aquello, y Kenny obedeció la orden, dejando caer el cuadro. Había reconocido la voz del ruso.

Miró de reojo a Carol. Ésta terminaba de levantarse violentamente. Sintió que una zarpa enorme le cogía por el cuello

de la chaqueta, tirando de él hacia atrás, a la vez que el cañón de una pistola se le incrustaba en los riñones y la ágil y escurridiza figura de Ismail Abdull apareció en su campo visual. Le hicieron dar media vuelta. L.
S. Carlin
entró en aquel momento en la salita, conduciendo a Popadopulus, y Nagada le sonrió a él sin apartar los ojos de Carol, en quien los tenía fijos como si fuera a hipnotizarla. Las miradas que se dirigieron las dos hermanas se parecían mucho a las de dos toros que fueran a embestirse. Ismail pasó por delante de Kenny, dirigiéndose hacia el lugar donde había caído el cuadro, y el joven hizo un irreprimible movimiento de avance.

La zarpa de Kotschei se lo impidió en el acto. El egipcio sonrió un segundo, y se inclinó. El cuadro de Percy Farr apareció en sus manos, y le brillaron los ojos como si se hubiera encendido fuego en ellos. Lo contempló un instante, y luego, volviéndolo del revés, hurgó en la esquina medio levantada por Kenny, arrancando el cartón que cubría la tela por la parte de atrás.

Por espacio de unos momentos, Kenny contuvo hasta la respiración. Luego, el brillo de fiebre que apareció en las pupilas de Ismail y la feroz expresión que reflejaba su rostro, tuvieron la virtud de normalizar la circulación en sus venas. El egipcio rasgó el cartón por los bordes, lo volvió a rasgar, destrozó materialmente el cuadro, buscando en él, hizo añicos el marco, desmenuzando pieza por pieza, y, al fin, arrojó todo al suelo, pateándolo furioso. Si las acciones habían estado ocultas allí, y era cosa que Kenny no ponía en duda, alguien se las había llevado.

Pensando en ello, miró a Carol y a Nagada. Iba a volverse para fijar la vista en Popadopulus, cuando le atizaron por detrás del oído derecho, y le pareció que todas las estrellas iban hacia él como si le hubieran tocado en una rifa.

CAPÍTULO VI

Abrió los ojos. Al principio no vio nada, y creyó que se había quedado ciego. Luego, al cabo de unos segundos, comprendió que la habitación donde se encontraba estaba a oscuras. Extendió una mano, tocando la pared. Entonces, reparó en que no le habían atado, y se preguntó las causas. Debían estar muy seguros de que no podría escapar y, desde luego, la idea no le gustó. Si le habían encerrado, lo habrían hecho a conciencia, y no le hacía ni pizca de gracia el pensar que pudieran dejarle allí hasta que se quedara más tieso que un arenque. Claro que eso era lo de menos, pero el hecho de que tuvieran que llegar a él por medio de un abrelatas, le producía calambres.

Al tratar de incorporarse sintió un agudo dolor detrás de la oreja donde recibió el golpe, y se dijo que el oso de Kotschei se había recuperado de la paliza o había aprendido parte de la asignatura que repasó con él días pasados.

Se puso en pie, recorriendo la estancia donde le habían metido. Conforme sospechó, no era muy grande. Lo suficiente para que un pez como él pudiera, nadar sin destrozarse las aletas. No había ventana alguna en el cuarto y, éste, apareció a los ojos de Kenny, cuando pudo acostumbrarse a la oscuridad tan candorosamente vestido como nuestros primeros padres, sólo que sin la hoja de parra.

Tanteando se acercó a la puerta, y no tuvo necesidad de esforzarse mucho para comprender que también podía probar a pasar a través de ella, pero no era Houdini, ni se había ejercitado nunca para la profesión de fantasma. Se retiró a un ángulo del cuarto, y probó a permanecer sentado sobre los pies, para derribarla, necesitaría por lo menos una alimentación a base de TNT, u otro producto similar, a estilo oriental. Rectificó al momento. El papel de Gandhi le iba, menos que una flauta a un

grillo.

Extendió los remos inferiores asentando las posaderas, y esperó a que, los que habían comenzado el juego, le dieran cartas. Para entretenerse, empezó a registrarse los bolsillos. Se los habían vaciado. Hasta el reloj faltaba de su muñeca izquierda, lo que le hizo pensar que, el fulano que se lo quitó quizá lo hiciera con el loable deseo de no amargarle la vida. Indudablemente, debía ser, el tal, un filósofo.

De pronto, sintió un estremecimiento, y se puso nuevamente de pie. Oyó o creyó oír pasos cerca, y aguzó el oído. Los pasos se acercaban. Le pareció escuchar un leve susurro detrás de la puerta, y antes de que hubiera podido moverse, se iluminó la habitación. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, la puerta estaba abierta, y Nagada, seguida de Kotschei, quien iba armado de una pistola, penetró en el cuarto.

Se aproximó a él sonriente, ondulante como una ola y tentadora como la Virtud salida del baño. Hizo un gesto significativo a Kotschei, y éste se detuvo, apoyándose contra la puerta. Allí se quedó como una estatua, con el pistolón en la mano y como si fuera a posar para la portada de una revista de la Sociedad de Naciones.

—He venido para hablar con usted, Cullie; quizá aun podamos entendernos.

Kenny sonrió. Era lo único que se le ocurrió hacer en aquel momento, ya que lo tenía ensayado muchas veces.

—¿Y para hablar conmigo, nena, has tenido necesidad de hacerte acompañar por esa foca? —indicó con la barbilla al ruso, y éste lanzó un rugido apagado—. Creí que ya te dejaban andar sola por el mundo.

Nagada entreabrió los labios para dejar escapar una risita, y continuó acercándosele. Se detuvo a dos pasos de él.

—Ya ve que sí, Cullie; puedo andar sola, y, si me he hecho acompañar por Kotschei, no ha sido por eso. —Le miró a los ojos—. ¿Le gustaría volver al hotel, Kenny?

—No sé qué decirte, guapa; la verdad es que ya me voy acostumbrando a estas comodidades, y me encontraré allí como un perro pastor en un banco de sardinas. No digo que te sientes, por si le tomas gusto al sitio.

Volvió ella a reír.

—Me va resultando simpático, Cullie; como le decía, podría volver al hotel si decidiera ser amable conmigo. —Esperó unos momentos, y en vista de que el joven no hablaba, prosiguió—: Lo único que tiene que hacer es decir simplemente, dónde están las acciones.

—Ya. Volvemos al cuento de siempre. Escucha, rica: ¿Por qué no me dejas en paz? Estoy de acciones, de simios con *fez* y de hermanas que son y no lo son, hasta más arriba del pelo. ¿Me has tomado por un coleccionista?

—No, Cullie; le he tomado por lo que es: por un agente yanqui. Si fuera usted un poco listo, se daría cuenta de que se ha metido en un mal paso. Esas acciones, para usted nada significan, y estoy dispuesta a darle por ellas más de lo que valen. Hasta es posible que me sintiera espléndida y… —se aproximó a él, le rodeó el cuerpo con los brazos, y le besó en la boca—. ¿Qué me dice?

Kenny estuvo a punto de decir lo que pensaba pero se violentó para no hacerlo. Nagada, en tanto, le volvió a besar, a la vez que le palpaba tratando de descubrir entre las ropas del joven algo que hubiera escapado al concienzudo cacheo a que fue sometido.

Cullie la apartó bruscamente.

—Oye, chata: Si no me equivoco, estás perdiendo el tiempo miserablemente: tengo menos dinero encima que un bañista.

Ella le arreó con la mano abierta, y Kenny, se dijo que la chica, en eso, se parecía a su hermana: sabía pegar. Entornó los párpados mirándola por entre ellos, al tiempo que se dejaba caer de espaldas contra la pared del cuarto.

—Cuando salgas, cierra la puerta; me molestan los ruidos.

Nagada no contestó. Le miró de nuevo, pero esta vez la mirada no le gustó a Kenny. Había en ella más veneno que en dos millas de cianuro.

Continuó, al ver que ella se retiraba, cubierta la salida por el pistolón del tití:

—Dile al *chef* que no haga extraordinarios; me basta con un plato, y puede prescindir del postre si quiere.

La contestación fue un portazo tremendo. La luz volvió a apagarse, y se oyó, perfectamente, el ruido producido por un cerrojo.

Kenny silbó, y comenzó a pasear. La situación en que se hallaba

no era nada risueña. Si habían pensado hacer algo con él, y no le cabía duda respecto a eso, volverían otra vez, aunque no fuera más que para tomarle la medida. Se preguntó dónde estaría Carol y lo que habrían hecho con ella, y crispó los puños de rabia al ver la impotencia en que se encontraba de ayudar a la joven. Al pensar en ésta, recordó la mirada burlona que le dirigió mientras él examinaba los cuadros, y rechinó los dientes. La chica había estado jugando con él, y se dijo que nadie, sino la pelirroja, sabía dónde estaban ocultas las acciones. Había sido un verdadero tonto al no darse cuenta. ¡Lo que se reiría Clement si pudiera verle por un agujero!

Decidió hacer algo por salir de allí, y empezó a dar vueltas en la cabeza a la cosa hasta que se convenció de no haber adelantado nada. Continuaba en el mismo sitio, y, lo que era peor, había agotado las ideas y chupado las raíces. Se dedicó por espacio de unos minutos a reflexionar, y terminó diciéndose que la reflexión no le serviría de nada ante una puerta que podía resistir el empuje de un tanque «Centurión».

Volvió a dejarse caer en el suelo, maldiciéndose. Le pareció oír un ruido lejano que se extinguía, y luego el silencio se hizo otra vez. Transcurrió tiempo. Kenny empezaba a pensar en la conveniencia de alborotar de lo lindo, con la esperanza de que pudieran oírle, cuando oyó unos pasos que se aproximaban. Se levantó, dirigiéndose a la puerta, dispuesto a atizar al primero que la franqueara, si le daban tiempo para ello. La luz le cegó, y entornó los ojos. Se produjo un chirrido, el roce de una llave en la cerradura, y Kenny se pegó a la pared pronto a saltar. La puerta se abrió de golpe, y extendió el brazo. Hizo presa, y tiró hacia adentro a la vez que elevaba la zurda.

El zurrido pegó de lleno en la barbilla del zambo, y éste quedó sentado en el suelo, contemplándole. La voz de Pop llegó a los oídos de Kenny.

—¡Atiza! Vaya recibimiento que me tenías preparado, si llego a ser yo quien abre.

Cullie miró al griego y a su amigo. Popadopulus trataba de incorporarse penosamente, y el reportero había hecho su aparición en el cuarto empuñando una pistola.

—¡Cómo demonios!… —exclamó.

—Ya te lo contaré, viejo —replicó Pop, ayudando al zambo a ponerse en pie—. La cosa no ha podido ser más simple.

Echaron a andar por un pasillo, y momentos después se encontraban en la salita. Al llegar a ésta, Kenny creyó que iba a desmayarse. Carol se hallaba sentada en los restos de la cama turca, Torchy Mardo vigilaba a Kotschei, quien estaba tirado en el suelo fregando el piso con las narices, y los cuadros, los muebles, los escudos, las estatuillas, el caballete y los jarrones aparecían hechos cisco. Aquello daba la impresión de que había pasado por allí una apisonadora.

Torchy sonrió a Cullie, y Carol elevó hacia él la mirada.

—¡Bueno! —exclamó el de la «South»—. Ya le dije, Kenny, que sería yo quien le buscase. —Indicó con un gesto—. Creo que el amigo Percy se volvería a morir, si viese el estado en que se encuentran sus cosas. —Movió el arma que tenía en la mano, apuntando con el cañón al ruso, y prosiguió—: ¿Qué hacemos con el tipo? Pesa demasiado para que nos lo llevemos con nosotros, ¿no?

Antes de que nadie pudiera contestar a su pregunta le arreó a Kotschei en el coco dos veces seguidas, como si quisiera abrirlo para ver lo que tenía dentro.

—Bueno —volvió a decir—. Me parece que tendrá sueño para una temporada.

Empujó al ruso con el pie, y se volvió a sus amigos. Carol se había levantado de lo que constituyó la cama turca, aproximándose a Kenny, y éste la miró de reojo. De haberse encontrado con ella a solas la habría zurrado.

Torchy alargó una pistola a Kenny, sin duda la que quitó a Kotschei, y abrió la marcha seguido de Pop. Llegaron a la calle. Era de noche, y no se veía más allá de dos pulgadas. El de la cicatriz y el reportero se abrieron en abanico, teniendo por vértice a Kenny, como si formaran patrulla en la selva, y avanzaron con el dedo en el gatillo. De pronto, Torchy se detuvo, y se le vio encogerse. Hizo una señal con la mano para que Pop y Kenny dejaran de avanzar, y se tiró a tierra. Cullie se volvió. Popadopulus y Carol habían visto también, y fueron a refugiarse en el hueco de una puerta próxima. El joven, tranquilizado en parte, fijó su atención en Mardo. Éste se arrastraba por el suelo como una serpiente. De pronto, surgió un

chispazo en la oscuridad, y una bala rebotó, zumbando como un abejorro. La pistola de Torchy hizo fuego, al tiempo que Pop y Kenny disparaban en la dirección donde vieron brillar el fogonazo. Una nueva bala pasó cerca, y Kenny la sintió silbar junto a su oído. Un poco mejor dirigida, y le habrían podido meter, por el agujero, el algodón a palas. Sonrió en la oscuridad, y se ladeó un poco. Le pareció ver un bulto agazapado que trataba de escurrirse a ras de una pared vecina, y vació el cargador de su pistola sobre él, a la vez que Torchy disparaba de igual modo. El bulto dio un salto en el aire, y se oyó un gemido ahogado. Golpeó la tierra, y se quedó quieto. Torchy se incorporó para acercársele, y Kenny corrió a su lado. Cuando llegaron al caído, ya Pop se encontraba junto a él. Le volvieron de cara para reconocerle. Era Carlin. Tenía varios impactos, y uno de ellos le había destrozado el cuello. Parecía, allí tirado, uno de esos muñequitos a los que se les ha roto la cuerda.

Torchy silbó mientras sonreía con los ojillos.

—¡Hola! Ya me parecía que el pájaro no era un volátil cualquiera. ¡Menudo cuervo! —Se incorporó—. Salgamos pronto de aquí; la policía no tardará en llegar, y los ingleses no se conforman con hacer preguntas: las disparan, sí, pero luego hurgan con ellas para ver lo que se oculta tras el blanco.

El zambo griego y Carol se les habían unido, y todos juntos echaron a correr dejando atrás la calle, en el momento que varias puertas y ventanas se abrían, y se encendían algunas luces. Lejos, por una callejucha, oíase rumor de pasos y las voces de una patrulla de ronda por los arrabales.

Kenny recordó lo que se le ocurrió pensar de la calle donde vivía Carol al compararla con una ratonera, y se dijo que ya sabía el nombre del fulano que puso el queso: se llamó en vida, Percy Farr.

Salieron al centro de Kartum, y aminoraron la marcha. Popadopulus y la pelirroja iban delante, con Kenny. Torchy y Pop les seguían, con las manos en las bolsillos donde llevaban las pistolas.

Cullie miró a Carol.

—Bueno, guapa, supongo que tendrás muchas cosas que explicarme, ¿no? Entre ellas, la referente al cuadrito.

La pelirroja no pudo ocultar una sonrisa, al tiempo que se volvía para mirarle.

—Fue listo, ¿eh, Kenny? ¿Cómo lo adivinó?

—Corazonadas, nena; ahora que otra persona fue más lista, y me ganó por dos cuerpos.

—¿Sí? —Volvió a sonreír—. ¿Qué piensa hacer?

—Te lo diré más adelante… cuando estemos solos.

—¿En el hotel?

El joven cerró los puños. La chica aquélla seguía jugando con fuego, y no pararía hasta que se le quemara el vestido. Silbó por entre los dientes:

—En el hotel o donde sea.

—¿Hace mucho que no ha ido por allí?

—Desde que salí por la mañana. ¿Te importa eso?

—Quizá. Ya le contestaré yo también más adelante, Kenny.

Se había detenido, y todos la imitaron.

—¡Bien! —exclamó él, clavando la vista en la muchacha—. ¿Dónde quieres que te dejemos?

—Aquí. Me voy con Popadopulus.

—¿No irás a tu casa, verdad? No es el sitio más adecuado en estos momentos, ya que el del *fez* y tu hermanita no tardarán en volver, y no creo que lo hagan solos.

—Desde luego, no iré a mi casa. Popadopulus es de fiar, y su casa no está lejos. Estaré mejor allí que en otro sitio cualquiera.

Se despidieron. Torchy se negó a acompañar a Kenny y a Pop, alegando que tenía algo urgente que hacer, y que iría a visitarles al día siguiente. Se alejó con el griego y con la muchacha, recomendando a Kenny que abriera bien los ojos. Éste y el reportero se encaminaron al «Gordon» cogidos del brazo, y, al llegar al *hall*. Pop se detuvo.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Esa chica será o no será la reina de Saba, pero, desde luego, vale más de lo que yo había podido imaginarme.

—¡No lo sabes bien aún! —suspiró Kenny—. Aunque, si continúas a mi lado, no tardarás mucho en enterarte de ello.

Se dirigieron al escritorio, pidiendo la llave al cara de betún que se encontraba al otro lado, y en el momento que daban la vuelta para ir hacia el ascensor, aquél gritó tras ellos:

—¡Señor Pyle! ¡Señor Pyle!

Kenny giró en redondo. La sonrisa del bereber se había abierto

del tamaño de una sandía, y por la rendija se le podían contar los dedos de los pies. Agitaba en el aire un cablegrama y un sobre.

—Trajeron esto para usted, señor —dijo, mientras se lo entregaba.

Cullie tomó el cablegrama y el sobre. Éste era bastante abultado y del ancho de un tetramotor. Miró la letra. La dirección y su nombre estaban escritos a máquina. Fijó la atención en el cable, y lo rasgó para enterarse de su contenido. Arqueó las cejas al ver la firma: «W. Carrigan y Stephen, Corporation». Leyó:

> «Inútil aclaraciones si no ha dado con lo que busca. Recuerde lo del avión y lo del Museo de El Cairo».

Estrujó el cable entre los dedos, y se volvió a Pop, quien le observaba detenidamente.

—¿Malas noticias? —preguntó aquél.

Se encogió de hombros, tratando de sonreír.

—No tan malas —contestó—. Me recuerdan que ya han pasado mis vacaciones.

Se puso el sobre debajo del brazo, diciéndose que ya tendría tiempo de abrirlo, y se metió en el ascensor acompañado del reportero. Segundos después se hallaban en su cuarto, y tras abrir un poco las persianas y hacer funcionar el ventilador, se quitó la chaqueta. Pop había dado ya con la botella de *whisky*, y se sirvió un vaso. Alargó otro a su amigo, y se dejó caer en uno de los sillones.

—¡Bueno! —empezó—. Como habrás visto, me olí que ibas a necesitar ayuda, y se me ocurrió ponerme en contacto con Torchy para que te echara una mano si la necesitabas. De no haber sido por él, a estas horas es fácil que estuvieras sudando, y no poco. ¿Puedo saber en qué jaleo estamos metidos?

—¿Qué te supones?

Pop hizo un gesto ambiguo, y se largó otro trago de *whisky*.

—Si he de juzgar por lo que he visto, me parece que andan tras de ti buscando algo, aunque no sé lo que es. Lo único que puedo asegurarte es que, donde tú vas, parece que te sigue la langosta.

Asintió Kenny, en silencio. Pop se llevó otra vez el vaso a la boca, y sacó un paquete de cigarrillos que alargó a aquél. Fumaron unos segundos sin dejar de mirarse. Por último, Kenny se decidió a

contar a su amigo cuánto sabía, terminando por alargarle el cable recibido. Pop lo leyó, y se echó otro trago de la botella.

—¿De modo que no sabes de qué acciones se trata?

—No. Lo más que sé es que esa chica, Carol, me ha estado tomando el pelo. Nagada, Ismail y todos los demás se suponen que deben estar en algún sitio, y por eso no dejan de mirar donde quiera que me hallo pero… ¡hasta la fecha marran todos los golpes!

—¿Y qué te hace suponer que Carol sabe dónde están las acciones?

—Todo. Indudablemente, debieron de estar ocultas en el cuadro que pintó su padre y de que me habló Torchy, pero… —Se dio una palmada en la frente, y miró a Pop—. ¡Oye!: ¡aún no me has dicho dónde estaba la pelirroja y el zambo cuando vosotros entrasteis en la casa!

—Puedes suponértelo, viejo: metidos en una habitación parecida a la que tú tenías.

—¿Hizo ella algo, cuando se vio libre?

—Sí; se sentó en lo que quedaba de la cama turca, y nos indicó aproximadamente dónde podríamos encontrarte.

Kenny se dijo que no era mucho aquello, pero que iba, al parecer, con el temperamento de la muchacha. Lanzó una mirada por el cuarto, y fijó la vista en el sobre que había dejado en la cama, junto a la chaqueta. Lo cogió, volviéndolo a examinar. Parecía uno de tantos de los que acostumbran enviar con propaganda las casas comerciales, y se figuró lo que contendría: guías de turismo. Maquinalmente desgarró el sobre, volcando su contenido en la cama, y lanzó una exclamación de sorpresa. Pop se puso en pie de un salto, aproximándose. Revolvieron juntos los papeles, tomando uno de ellos y los ojos se les desorbitaron al leer en grandes letras impresas:

COMPAGNIE UNIVERSELLE DU CANAL DE SUEZ.

Durante unos instantes, no supieron qué decirse. Se miraron como idiotizados. Luego, enfebrecidos por la emoción, empezaron a contar. Había veinticinco de aquellos papeles, acciones todas del famoso Canal discutido por las principales potencias del mundo. Aquello representaba una fortuna. El valor nominal de cada una de

ellas (doscientos cincuenta francos oro, en aquella época cincuenta dólares) había llegado a sobrepasar el de los doscientos mil francos franceses y no había forma de encontrarlas.

Pop lanzó un silbido, y Kenny se abalanzó sobre una pequeña hoja de papel que se había desprendido de la última de las acciones. Le bastó sólo una mirada para reconocer la escritura de Carol. Leyó, a la vez que lo hacía su amigo:

> «Apreciable Kenny: Ayer, a poco de marcharse usted de mi casa y como consecuencia de la charla que sostuvimos, empecé a recordar de nuevo sobre lo que me dijo mi padre antes de morir y sobre la mirada que lanzó a un punto determinado de la salita, y que en principio tomé por las alucinaciones de un moribundo. Kartum, la palabra que le oí por última vez, no se me iba de la memoria. Dándole vueltas, sospeché que pudiera ser la clave de todo y… al fijarme en el cuadro que él pintó de la ciudad, creí comprender lo que había tratado de decirme antes de su muerte. Indudablemente, en el cuadro tenían que estar ocultas las acciones. De ahí que me prometiera tantas veces que usted vendría a buscarlas y que, sin mí, usted nada conseguiría. Como verá cuando haya recibido ésta, no me equivoqué. Le remito las acciones que encontré en el cuadro y que costaron la vida a mi padre, teniendo en cuenta sus deseos de que llegaran a poder del hombre que vino por ellas desde los Estados: Cullie K. Pyle.
>
> »Si lo hago, es por estar convencida de que las hará llegar a su destino, o sea: al país a que usted pertenece y al que perteneció mi padre, Percy Farr.
>
> »Carol».

Pop volvió a silbar de nuevo.

—¿Con que te tomaba el pelo la chica, eh? ¿Qué me dices ahora?

Kenny se dejó caer en la cama, atontado. Le parecía que lo que estaba viendo no era verdad, y que todo continuaba como antes. Hasta le pareció que se encontraba en su avión, y que entraba en picado. El reportero se plantó ante él, con las piernas abiertas.

—¿Sabes lo que esas acciones significan, viejo? Que el Tío Sam tendrá las manos libres en el futuro que te dije se avecinaba para maniobrar a su antojo. Eso, sin contar que no tendremos que pagar los derechos para el paso de nuestros buques por el canal dichoso, y que el petróleo del Golfo Pérsico lo transportaremos por él, sin necesidad de construir nuevas *pipes-lines*. Además… el derecho de control ya no pertenecerá solamente a Inglaterra, Francia y Egipto. Si la Gran Bretaña posee el
43 ¾
por ciento de las acciones como consecuencia de la compra que hizo aquel primer ministro de la reina Victoria, nosotros, Estados Unidos, dispondremos de una cantidad de acciones que no es chica. ¡Digo! Veinticinco, acciones. ¿Te das cuenta, viejo? Esto es más de lo que yo esperaba. Con razón te dije que habías nacido para meterte en jaleos gordos. ¡Y tan gordos! ¡Como que si salimos bien de esta…! Oye, ¿qué piensas hacer con Carol? Esa chica es un cromo con ilustraciones y…

Kenny se había recobrado por completo de la impresión. Recogió las acciones, mientras Pop se llevaba la botella de *whisky* a la boca como si fuera a tragársela, y las contempló de nuevo antes de volverlas al sobre de donde las había sacado. En aquel momento se abrió la puerta y la cara de Ismail asomó por encima de una pistola.

—No se mueva, Cullie. ¡Kotschei! —dijo al ruso, quien había aparecido a su lado—. Coge eso pronto, y tráemelo. —Sonrió burlón al reportero—. Esas acciones no irán a parar a manos del Tío Sam como usted decía. Pertenecen a Egipto lo mismo que el Canal, lo mismo que el Sudán y la Nubia, lo mismo que Alejandría y Port Said, lo mismo que todo el territorio que nos arrebataron.

Se hizo a un lado para dejar entrar a Kotschei, cubriendo con la pistola que empuñaba a los dos amigos. Sus ojos brillaban fieramente, y se le veía gozar por la sorpresa.

Avanzó el ruso pasando junto a Pop, quien continuaba con la botella en alto y la boca abierta. Arrebató las acciones de las manos de Kenny, y, sin perder la cara, retrocedió para ir a reunirse con Ismail. En aquel momento la botella salió despedida, yendo a dar en la pistola del tipo del *fez* y tirándola al suelo. Lanzó éste un aullido, y Kotschei se llevó la mano libre en busca de un arma. Pop se le

adelantó, clavándole una bala en la frente, en tanto que Kenny, dando un salto, caía sobre Ismail impidiendo que éste pudiera apoderarse de nuevo de la pistola.

Forcejearon durante un segundo. Al cabo de él, Ismail salía lanzado hacia atrás como si hubiera recibido la descarga de un cable de alta tensión. Kenny terminaba de aplicarle el «no va más» del método de defensa aprendido en la Escuela, y el del *fez* se retorció durante unos segundos en el suelo, como si fuera una lagartija. Comprendió sin duda, que tenía bastante con aquella demostración, y cuando el joven quiso muy finamente darle gratis una segunda lección, ya había desaparecido.

Kenny entró en el cuarto. Algunas puertas se habían abierto, y alguien con voz de borracho, protestaba de que no le dejaran dormir tranquilo.

Recogió las acciones que se habían desparramado en la caída, al soltarlas el tití, y las metió precipitadamente en el sobre, guardándose éste en el bolsillo de la chaqueta. Cogió del suelo la pistola, jugueteando con ella unos instantes. De pronto, la miró detenidamente. Era la suya. La misma que le quitaron después de que Kotschei y Carlin le metieron a empujones en el auto, a la salida del «Gordon Bar». Examinó el cargador, y al convencerse de que estaba completo, lo encajó en la culata, colocándose el arma en la funda.

Ya era tiempo. La puerta volvió a abrirse, y la cara de estupor que puso el cara de betún que asomó por ella, al ver a Kotschei en el suelo haciendo de rana, se habría llevado un primer premio en la Bienal Hispanoamericana de Arte.

Las habitaciones de Kenny se vieron invadidas bien pronto por los empleados del hotel y por el agente de servicio. Tanto Pop como Kenny mostraron su desagrado por lo ocurrido, diciendo que harían responsable a la Dirección del hotel por el ataque de que terminaban de ser víctimas. Jurando y perjurando que se irían al día siguiente de un sitio donde podría entrar cualquier mulo a dar coces sin que le vieran, se largaron de allí a las habitaciones de Pop, dejando a los morenos discutir acaloradamente.

Cerraron la puerta por dentro, colocando un sillón detrás para impedir que pudieran abrirla fácilmente, y cuando se encontraron solos, lanzaron un suspiro que hizo vibrar los cristales del lejano

Cairo.

Kenny se palpó las acciones, y, sonriendo a su amigo, se acercó a la cama dejándose caer en ella. Pop amartilló la pistola, y se tumbó a su lado con la vista fija en la puerta de entrada. Así se quedaron dormidos.

CAPÍTULO VII

Les despertaron unos golpes dados en la puerta, y el intenso rumor que se oía en la ciudad parecido a un mosconeo prolongado.

Pop se tiró de la cama empuñando la pistola, y se acercó a abrir. Torchy penetró en la habitación, en tanto que Kenny se asomaba a mirar fuera, por entre la abierta persiana, a la calle. Lo que vio le gustó menos que una sesión de cine teniendo a un fulano al lado con una rubia de esas que parece que se desmayen en cuanto apagan las luces.

Dejó de mirar fuera para enfrentarse con el de la «South». Éste parecía excitado. Pop le alargó la botella de *whisky*, y esperó a que bebiera antes de hablar.

Aquél reventó al fin.

—Se lió la cosa, muchachos —dijo, mientras se limpiaba con la mano y les miraba fijo—. Acabo de tener una conferencia y, en El Cairo, está aquello que arde. El gobierno del rey Farouk ha denunciado el tratado del Canal, y se han promovido disturbios a lo largo de la zona. El consulado inglés se ha visto apedreado, y ha habido muertos. Se habla de la soberanía del Sudán, y de que el rey Farouk será proclamado rey igualmente de esto. Kartum se ha levantado como un solo hombre, y las tropas de la Gran Bretaña están en pie de guerra. ¿Oís? Esos gritos no significan nada bueno, y no tardaremos mucho en ver correr la sangre. No me extrañaría que hoy mismo empezaran las evacuaciones de las familias de los residentes británicos, como tampoco el que nos veamos nosotros danzando en el corro. —Bebió un nuevo sorbo de la botella, y continuó mirando a sus amigos—: ¿Qué pensáis hacer? Si no es muy importante lo que os trajo, os aconsejo que levantéis el vuelo. Olfateo que se prepara una de las de no te menees.

Pop cambió una mirada con Kenny.

—¿Crees que podremos salir hoy mismo? —preguntó.

—No me será difícil la cosa —declaró Torchy—. Hay un tren que va a Port Said, y lo podríais coger si no os entretenéis mucho. Desde allí no os faltaría un barco que os condujera a la costa mediterránea. —Hizo una pequeña pausa, y añadió—: Sé algo de lo ocurrido aquí anoche, y temo que tengáis complicaciones si no os largáis pronto. Kotschei y Carlin eran dos socios de cuidado pero detrás de ellos habrá alguien, y ese alguien no se dormirá para haceros la vida imposible —miró a Kenny a los ojos—. ¿Sabe quién es?

—Claro, Torchy: Ismail Abdull.

—Ya. Me lo suponía. Ese pájaro va con Nagada, y me equivocaría mucho si no son dos piezas de cuidado. Oiga, Kenny: ¿terminó lo suyo?

El joven sonrió sin responder, y, Pop abrió los ojos para mirar asombrado a Torchy. Éste prosiguió, brillándole los ojillos:

—También me lo suponía, Kenny; lo ocurrido ayer en casa de Carol, y anoche aquí, me dio qué pensar. Eran muchas las tentativas que efectuaba esa gente por apoderarse de algo que suponían guardaría usted en algún sitio. ¡Bueno, usted o quien fuera! El caso es que aún lo tiene, y que seremos los tres para defenderlo en caso de que hagan un nuevo, intento por quitárselo. —Les lanzó una mirada más, y se dirigió hacia la puerta—: ¿Qué, emprendemos la marcha? —Se detuvo con la mano en la manija de la puerta, y miró a Kenny, taladrándole con la vista—. Oiga, amigo: en una ocasión le pregunté si había usted venido a Kartum para hacerse cargo de las hijas de Percy. Pues, bien, ahora le voy a preguntar esto: ¿Dejará usted a Carol?

Kenny miró con simpatía a Torchy. Aquel tipo calaba hondo, y sabía más del mundo que un pilluelo de partir avellanas.

—Si puedo persuadirla, no.

—No le costará trabajo entonces, Kenny; si esa chica no ha puesto en usted los ojos, es que soy corto de vista. Le felicito, amigo; se va usted a llevar la crema de las mujeres con adornos de nata.

Abrió, dispuesto a salir. Pop y Kenny echaron una mirada por la habitación, pero pensaron lo mismo: debían salir sin demostrar que iban a hacerlo para siempre.

Cerraron la puerta una vez en el pasillo, y bajaron al *hall*. El cara

de betún del escritorio les miró como si fuera a decirles algo, pero se abstuvo al ver la expresión de la cara de Torchy. Algunos de los huéspedes del «Gordon» les aconsejaron que no salieran a la calle, pero no hicieron caso. Tenían ganas de abandonar aquello.

Kenny se tocó, con el codo disimuladamente, oprimiéndose las acciones que llevaba guardadas en el bolsillo, y, a la vez, para cerciorarse de que conservaba la pistola. Pop se le colocó al lado, y Torchy abría la marcha, de batidor, con la mano hundida en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto a repeler la primera agresión que se presentase de una forma violenta y rápida. La multitud que se había congregado en la avenida principal, iba engrosando numerosamente, y patrullas de soldados ingleses con pantalón corto y casco de campaña, empuñando todos ellos el subfusil último modelo, permanecían firmes y flemáticos en sus respectivos puestos. Daban la sensación de que estaban allí para la formación de una parada, y no para sacudir el polvo y hacérselo morder a los sudaneses.

Torchy siguió por la avenida, seguido de Kenny y Pop como si estuviera paseando por Broadway. El cielo estaba despejado, pero el ambiente que se respiraba no era el más adecuado para un neurótico. El primero que partiera el bacalao podría o no sacar tajada, más era un hecho que no iba a ser sin que se le atragantara alguna espina.

Llegaron a la casa del zambo, dejando tras ellos un creciente rumor de marea humana y más miradas asesinas que perdigones tiene un cartucho del 38. Torchy llamó a la puerta, y Popadopulus salió a abrir. Entraron a una invitación de éste, y a poco Carol se les unía. La pelirroja sonrió a Kenny y éste se dijo que la chica era lo que Torchy había dicho y algo más que se callaba, para decírselo a ella cuando estuvieran solos.

Se miraron un segundo sin hablar, y al fin fue Carol quien rompió el fuego. Como siempre, las mujeres son las primeras en el ataque, cuando de hombres se trata.

—¿Ha venido a pedirme explicaciones, Kenny?

Cullie tragó saliva. Si dejaba que la chica continuara corriendo, terminaría tirándole por encima de las orejas.

—Oye, guapa, he venido a eso y a algo más. Ya estás cogiendo tus cosas, si las tienes, y vámonos de aquí antes de que nos arda el

pelo. Kartum se está poniendo como para verlo en un mapa.

Ella acusó el golpe, pero no vio el acero.

—¿Qué me vaya con usted, Kenny? No comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Te lo explicaré despacio, nena, cuando tenga lugar; ¡vamos! el amigo Torchy ha prometido que nos facilitará el viaje hasta Port Said, y una vez allí ya nos las arreglaremos para seguir a los Estados. Tú te vienes conmigo.

—¿A los Estados?

Kenny entornó los ojos.

—Si seguimos con el examen, no terminaremos nunca. Cierra el libro, y no preguntes más. Ya tendrás tiempo de hacerlo cuando no haya gente. ¡Ah! Y llámame Ken; no soy tan viejo como para que no lo hagas.

Carol se ruborizó, y bajó los ojos. Torchy y Pop se hicieron un guiño, y Popadopulus emitió una tosecilla seca. Se veía bien claro que allí estaban sobrando los mirones.

Los preparativos de Carol fueron breves. En dos minutos estuvo dispuesta para la marcha, ya que todo lo que tenía lo llevaba con ella. Popadopulus dijo que les acompañaría a la estación, negándose a ir con Carol alegando que ya era muy viejo para aprender mañas nuevas, y que prefería quedarse allí donde había vivido siempre, encargándose a la vez de liquidar los intereses de la muchacha y remitir el efectivo a dónde ella le indicase cuando pudiera escribirle.

Salieron de la casa, dirigiéndose apresuradamente a la estación. La pelirroja se colocó al lado de Kenny, y caminaba mirándole de reojo. Se abrieron paso por entre la masa de gente que obstaculizaba su camino, como si llevaran entradas de primera fila. La actitud amenazadora de los sudaneses contrastaba de una manera notable con la de los soldados ingleses. Éstos, con sus pantalones cortos, parecía que se habían reunido allí para jugar un partido de balón, y que estaban esperando a que el árbitro tocara el pito. No obstante, pensó Kenny que la cosa no era para tomarla a juego y que, cuando se encendiera la lumbre, sería difícil saber quién sacaría las castañas.

De pronto, Torchy se volvió.

—¡Ojo, muchachos! —advirtió—. Me parece que tendremos

jaleo. Termino de ver a ese condenado Ismail, y Nagada va con él. Estoy seguro de que intentarán algo.

Habían llegado a la estación, y los fulanos que se encontraban allí contemplando el tren formado ya, y a punto de marcha, berreaban escandalosamente Los soldados esperaban que alguien pusiera la pelota en juego para empezar el reparto, y mientras tanto, vigilaban el bando enemigo. Aquello se estaba puniendo al rojo. Torchy se separó durante un momento para ir a hablar con uno de los oficiales ingleses y con el jefe de tren. Cuando volvió, le resplandecía la cara, y le brillaban alegremente los ojillos.

—Conforme todo, muchachos —dijo al llegar—. No tenéis otra cosa que hacer más que subir. Os cobrarán el billete durante el viaje.

En aquel momento se inició un movimiento de avance por parte de los fulanos que berreaban, y sin saber de dónde surgió un disparo. Alguien se había cansado de esperar y atizado un puntapié a la pelota. El lío que se armó fue mayúsculo. Los soldados dispararon algunas ráfagas para despejar el terreno a los jugadores, y parte de los que berreaban se abrieron por algunos puntos y por otros desbordaron a los ingleses. Estallaron gritos subversivos, y menudearon los disparos. Había dado comienzo la primera parte.

Kenny cogió a Carol de un brazo, empujándola hacia la entrada de uno de los coches, y la izó en vilo hasta la plataforma, dejándola allí. Con un pie en el estribo, se volvió al oír una exclamación de Torchy.

Ismail, empuñando una pistola al frente de un grupo donde figuraba Nagada, le apuntaba en aquel momento, dispuesto a disparar. El de la «South» se le anticipó por el grueso de un estornudo, y el egipcio cayó lanzando un grito más de rabia que de agonía. En el mismo instante, Nagada hizo fuego a su vez, alcanzando a Torchy. Kenny sintió que la sangre le cegaba, y se llevó la mano a la funda sobaquera, pero Pop se encargó de meter una bala en el cuerpo de la hermanita de Carol antes de que aquélla hubiera podido contraer de nuevo el dedo del gatillo.

Kenny se sacudió de encima a un tipo con turbante que manejaba un puñal parecido a una hoz, como si fuera a segar con él en un campo de avena, mientras el reportero se entretenía en atizar a éste y al otro por igual, demostrando que no era manco y que

tenía para todos sin necesidad de que se lo recordasen.

Cuando se aclaró el barullo, se aproximó a Popadopulus y a Carol, quienes se inclinaban sobre el caído cuerpo de Torchy. Éste había muerto, y en su postrer sonrisa mostraba la magnífica dentadura que ganó en Guana, luchando contra los japoneses.

El tren se puso lentamente en marcha, y Pop indicó con un gesto a Kenny que subieran a él. Dijeron adiós al zambo, y saltaron al estribo sujetando a Carol para que no cayera, con tiempo aún de ver cómo los ingleses finalizaban la primera parte del encuentro, llevando en el tanteador considerable ventaja.

Port Said se le antojó a Kenny un arenal inmenso donde tomaban el sol unas palmeras raquíticas, tan miserables como el poblado. Al despertar, en el hotel donde pasaron la noche, se enteró por el reportero de que tenían barco dispuesto para hacer la travesía, y, minutos después, tanto él como Pop y Carol se dirigían hacia el puerto para efectuar el embarque, a través de una calle formaba por tablas para impedir que los transeúntes hundieran los pies en la arena hasta el tobillo.

El barco que les acogió en su seno fue el «Campollion», y Cullie respiró a gusto al sentirse al amparo del pabellón blanco y rojo de «Mensajerías Marítimas», ansiando alejarse de aquellas tierras, por más que el nombre del barco le recordase el de aquel tipo estudiante del Liceo de Grenoble que, no sabiendo en qué entretenerse, creó la egiptología y se dejó los sesos en la confección de una gramática para el estudio de los jeroglíficos.

Una vez presentadas sus «cartas d’identité» y destinado camarote, se metió en él, dejando a Carol y a Pop en los suyos respectivos, y se dedicó, una vez cerrada la puerta, a ocultar convenientemente las acciones en un ancho cinturón que se ajustó a la cintura debajo de la ropa. Luego pensó era llegado el momento de contestar al cable de Clement, y puso manos a la obra recreándose en la confección de lo que se dijo haría saltar en su silla al jefe del «Departamento de Imposibles» tan pronto lo recibiera.

Durante la travesía, Carol y él mantuvieron una actitud de mutua reserva que en vano intentó Pop de romper, y cuando avistaron desde cubierta la ancha zona del Canal y el reportero, al llegar el barco a Ismailia, se despidió de ellos diciendo que tomaría

tierra para proseguir sus informaciones al periódico desde El Cairo. Carol dejó solos a los dos amigos para que pudieran continuar despidiéndose a sus anchas.

Kenny vio a Pop alejarse en la barca que le conducía a tierra, y cuando aquélla atracó al muelle y el reportero le hizo un último saludo con la mano, le entró cierta morriña, y, dando la vuelta, se dirigió a su camarote.

Pensando en Mohamed Said, el hombre que otorgó al ingeniero francés la concesión del Canal por noventa y nueve años, y cuyo plazo expira en 1968, y pensando igualmente, que para entonces los Estados Unidos ya habrían tenido tiempo de poner sus cartas sobre la mesa para tomar parte en el juego, empujó la puerta.

Al hacerlo, un sexto sentido le advirtió que alguien se encontraba dentro del camarote, y se llevó la mano hacia el revólver. El camarote estaba sumido en la oscuridad. Abrió la puerta del todo para que entrara luz, y lo que vio le obligó a volver a guardarse el arma. La pelirroja se hallaba tranquilamente tumbada en su litera, durmiendo, y Kenny sonrió al verla de la misma forma que lo hizo en el «Fuad» de El Cairo, cuando se tropezó con ella por primera vez.

Lentamente, como entonces, se acercó a Carol, preguntándose si, en efecto, sería un crío la pelirroja. Al no encontrar la respuesta adecuada se inclinó sobre ella, sentándose al hacerlo, y la besó en los labios. Se incorporó con rapidez. El bofetón le quemó la mejilla, y sonó en el camarote con estrépito. La cogió por los hombros, dispuesto a besarla nuevamente, pero la chica volvió a elevar la mano en el aire, y Kenny se dijo que no estaba el horno para bollos.

Decidido a cambiar de táctica, sonrió a Carol, preguntándole:

—¿Te estarás quieta? ¿O es que no quieres casarte conmigo?

La mano que continuaba en el aire cayó otra vez sobre la mejilla de Cullie, pero ahora para acariciársela. Los ojos de la pelirroja se abrieron sorprendidos, y murmuró, al tiempo que se abandonaba en los brazos del joven:

—¡Oh, Ken, esperaba que me lo pidieras!

FIN

NOTAS

[1] Egipcio. <<

[2] Octavo de milla. < <

[3] Pilotos suicidas, japoneses, de la pasada guerra. <<

[4] Velo. <<

[5] Velo negro de tul. <<

[6] Bar clandestino en tiempo de la prohibición. < <

[7] Bebida abisinia, hecha con miel fermentada y hojas de gesho.


[8] Kartum quiere decir, en árabe, trompa de elefante. <<